

FRANCISCO UMBRAL

Fábula del falo



El falo es fabuloso, en el arte, en la religión, pero nadie había escrito una fábula del falo, que se sepa.

El falo es una cosa de la que nunca se habla.

Falo ausente es el falo que la sociedad convencional, por tenerlo tan presente, decide ignorar.

(...)

Con la literatura (que no es exactamente la cultura, sino quizá todo lo contrario) el púber se reconoce en el falo/Baudelaire, como lo llamamos aquí. Porque es el falo de conducta irregular y porque, probablemente, era el falo del poeta.

(...)

El falo, falible o no falible, siempre compensa y remedia su falibilidad mediante la fantasía. El falo tiene imaginaciones que la imaginación (racional) ignora.

(...)

El falo de la postmodernidad es un falo azaroso, e incluso delincuente, no ya ritual, como durante siglos, según el rito fecundante y macho de tantas culturas, según el rito sabatino de los matrimonios burgueses.

(...)

Frente a tanta represión no institucionalizada (la institucionalizada es lo de menos), voy a erigir aquí el caso de la mujer fálica, que no es para nada la lesbiana, sino la hembra de conducta social/sexual agresiva, macho.

Y me serviré para ello, como para tantos otros temas por los que va viajando el falo en esta fábula, lo mismo de la noticia de prensa que del dato histórico o prehistórico.

(Fragmentos de la Introducción a Fábula del falo)

Con este ensayo lírico, alocado y postmachista —ejercicio de libertad intelectual sin precedentes—, alcanza Francisco Umbral una auténtica cima creadora/destructora.



Francisco Umbral

Fábula del falo

ePub r1.0
Titivillus 25.02.16

más libros en epubgratis.org

Título original: *Fábula del fallo*
Francisco Umbral, 1985
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Qué serafín de llamas busco y soy
Federico García Lorca

INTRODUCCIÓN

El falo es fabuloso, en la literatura, en el arte, en la religión, pero nadie había escrito una fábula del falo, que se sepa. «Qué serafín de llamas busco y soy», dice Federico García Lorca en uno de sus momentos líricos más exaltados. La llama que arde permanentemente (o intermitentemente, tampoco empecemos exagerando), en el alma del hombre, es el falo, que puede incendiar una familia del pajar a los cimientos.

Lo que pasa es que el hombre con falo comienza por no tener falo. El falo es una cosa de la que nunca se habla, ni siquiera en aquellos momentos en que ha tenido actuación decisiva —un embarazo, un parto. Es lo que llamo falo ausente, y que convierte el falo en el rayo de luz que atraviesa el cristal sin romperlo ni mancharlo. Falo ausente es el falo que la sociedad convencional, por tenerlo tan presente, decide ignorar. El niño, cuando comienza a reflexionar, encuentra que nadie tiene falo, puesto que nadie habla de eso, entre los adultos, excepto él, con lo que empieza a experimentar, a vivir su falo como monstruosidad y como culpa. La educación antisentimental tiene unos efectos contrarios a los previstos: el niño no ignora su falo —empresa imposible—, sino que lo vive como culpa, se vive culpable, y esto da lugar a los «vampirismos del falo», de que luego hablaremos.

Posteriormente, el niño descubre que lo suyo es un «falo sin filo», algo que no asusta ni engendra, lo cual ya supone una segunda castración. Quizá los adultos tienen un falo/daga, un falo con filo. El niño quiere ser adulto, sobre todo, por eso. Por entrar en posesión de un arma agresivo/sugestiva. En la pubertad descubrimos que el falo tiene carácter de icono. El falo ha sido un símbolo de la fecundidad, entre los paganos, y, a la inversa, todos los iconos cristianos y no cristianos tienen hechura y facultades de falo.

La cultura hace muy inculto al niño. Él no quiere tener un icono entre las piernas, ni un símbolo, que no sabe lo que es, sino una picha, palabra que ha aprendido en las tapias de los solares últimos de su ciudad. Con la literatura (que no es exactamente la cultura, sino quizá todo lo contrario), el púber se reconoce en el falo/Baudelaire, como lo llamamos aquí.

Porque es el falo de conducta irregular y porque, probablemente, era el falo del poeta. El falo/Baudelaire, más mental que original, dota al hombre de un falo fálico, de un arma con la que agredir a la sociedad, a las mujeres, y con la que ser él mismo, seguro/inseguro de su falo, que es ya el pivote de su personalidad. Pero el púber encuentra, en sus «ensayos de pubertad», que el falo —ignorado socialmente, difundido culturalmente—, tiene una leyenda o fábula que es difícil superar. Porque el falo fabula y porque casi todas las fábulas tienen como eje, implícito o explícito, al falo. Todo esto es lo que queremos desarrollar aquí.

Frente al tópico de la mujer felina —¿Lauren Bacall?—, encontramos que la felinidad del hombre está en el falo. El falo tiene una conducta silenciosa y traicionera, mucho más sutil que la de su propietario. (Traicionera incluso para el propietario.)

El hombre vive desgarrado entre las dos vías más profundas de conocimiento directo del mundo, la oral y la sexual, que la evolución ha situado, en él, a gran distancia la una de la otra.

Casi todos los mamíferos disfrutan o viven oralmente su falo, menos el hombre, por su posición erecta (casi todos los niños hemos intentado, mediante inútiles retorcimientos, alcanzar nuestro falo con la boca). De este distanciamiento trágico (uno de los precios que pagamos por la evolución), quizá vengan todas las homosexualidades: el hombre y la mujer disfrutan del sexo de otra persona como vicario del propio.

Lo que pasa es que el falo es falible. Esta falibilidad del falo —fiasco, lo llamaba Stendhal—, engendra toda la inseguridad del hombre y, por tanto, toda su seguridad; fascismos. Hitler era ciclón, que es como se llama en castellano al hombre de un solo testículo. El falo, falible o no falible, siempre compensa y remedia su falibilidad

mediante la fantasía. Las fantasías del falo, las fantasías eróticas de la adolescencia y el sueño, superan con mucho las necesidades y posibilidades del falo. El falo imagina por sí mismo. El falo tiene imaginaciones que la imaginación (racional) ignora.

El falo se rebela contra el mito cultural —Marañón fue su introductor en España— del falo unánime u orgasmo unánime, que es una idea religiosa, concepcional, que tiende a suprimir los juegos eróticos, a convertir la cópula en un Pan de los Ángeles —la mujer comulga castamente el falo engendrador por su bocal otra—, ya sacralizar el único acto no sacral de la especie: la copulación sin reproducción.

El falo de la postmodernidad es un falo azaroso, e incluso delincuente, no ya ritual, como durante siglos, según el rito fecundante y macho de tantas culturas, según el rito sabatino de los matrimonios burgueses.

El falo, por la larga deseducación recibida, ejerce sus vampirismos sobre el macho: vampirismo de la culpa (tengo algo que los demás no tienen o de lo que no hablan). Vampirismo del falocentrismo pubescente: tengo un falo/daga, un arma que me hace temible ante el mundo y las mujeres. Tengo un falo falible que origina mi inseguridad social, profesional, existencial, etc. A propósito de los vampirismos del falo, me propongo tratar el falo/Drácula, con alusión a aquella cita inolvidable de Olvido Alaska: —Drácula es un poco pendón.

Drácula sale de noche, vestido de smoking, a chuparles la sangre a señoritas ingenuas y blancas. Drácula es una encarnación viva y en muerto del falo ausente, pero, si invertimos los términos (y parece inevitable invertirlos), resulta que todo ligador nocturno (y diurno) desearía hacerle a la señorita blanca más cosas de las que le hace: por ejemplo, absorberle la sangre (algunos lo efectúan con la sangre menstrual).

Drácula somos nosotros.

Drácula es nuestra insatisfacción sexual.

Drácula es el «canibalismo primaveral» (Capuletti) que duerme o despierta en el fondo del sexo. He ahí lo que la cópula tiene de crimen, y que Baudelaire vivió tan lúcidamente (quizá porque no copulaba).

El falo, sagrado como símbolo en tantas culturas, hoy ya no vive una sacralidad simbólica, sino metafórica. La diferencia entre símbolo y metáfora es que el símbolo representa precariamente muchas cosas en una cosa precaria, en tanto que la metáfora, el momento metafórico de las cosas, más que el parecido de unas con otras, es el afán de parecerse. Literatura es sorprender las cosas en el momento en que son menos ellas, cuando están a punto de transformarse, por amor, en otra cosa.

El falo metafórico es el falo de la postmodernidad, el que alude a todo y por todo es aludido, incruentamente, desde el helado de tres gustos que chupa la adolescente hasta el diamante duro, helado y persistente que regala el ejecutivo a la mujer que ama, como signo (sin duda excesivo) de la fijeza/dureza de su amor. Todos quisiéramos un falo como un diamante, más que un diamante como un falo, aunque, digamos y soñemos (por imposibilidad) esto último.

El falo nocturno, de que algo hablaremos (espero) en el falo/Drácula, es hoy el de esos dráculas menores, dráculas del Ensanche, señores de los caramelos, etc., porque no es verdad que el falo tenga actuaciones preferentemente nocturnas, sino que, según la ciencia y la lógica, los grandes amores son los que llamé en otro libro «amores diurnos».

De día, el falo está más despierto. Aparte de que el falo debe desafiar la luz y no guarecerse en la nocturnidad, como un delincuente: éste es el sentido de las múltiples aventuras nocturnas de hombres y mujeres, que jamás harían lo mismo «de día».

Falo museal es el falo artístico, estético, que la sociedad cultural exhibe hipócritamente como objeto de arte.

Los museos son los grandes frigoríficos del arte. El falo egipcio, hindú, griego o romano, ya no es un falo, sino un objeto cultural. De ahí que los falos perdidos —otro

caso de falo ausente/presente— de dioses y atletas, mutilado por el tiempo o por la «eficacia» moral a escoplo de algunos obispos, como aquí se contará, venga a convertirse, paradójicamente, en el falo vivo que nunca fue —salvo el caso del modelo que sirvió de esquema a un dios—, pues la mutilación crea ausencia, la ausencia crea nostalgia o curiosidad, y todo esto, transferido al objeto añorado —en este caso el falo—, le devuelve la vida que quizá nunca tuvo.

El falo, icono vivo del subconsciente macho, nos permitirá hablar del falo surreal, con especial énfasis en Dalí y su imagen recurrente del Gran Masturbador. Casi toda la pintura surrealista, tan erótica, es un ejemplo máximo de falo ausente —uno de los temas/clave/llave de este libro—, pues que el surrealismo, que no es sino una lectura lírica de Freud, en literatura y pintura, ignora el falo —tema de sus temas— por inseguridad del falo falible, de que ya hemos hablado, tanto como por repudio de la falocracia: culto a la mujer única: Nadja de Bretón, Elsa de Aragon, Gala de Dalí (y siempre con un vago trasunto laico del culto mariano a la Virgen).

El postmarxismo nos lleva, en fin, a una consideración del falo/mercancía. Diremos, con permiso de las feministas, como Azorín «con permiso de los cervantistas», que en la educación que nos ha dado la vida (más decisiva que la de las monjas hipócritas), el falo, como mercadería, ha sido un desastre. En las casas de lenocinio donde debutó mi generación, el falo no valía nada y había que pagar por meterlo en algún sitio.

De aquellas casas salíamos con el convencimiento inverso de que toda la carga erótica del mundo estaba en la mujer, de que el hombre era un despojo sexual a quien la hembra sólo admitía en sí mediante compensación extrasexual. Luego, en sociedad, en nuestra sociedad, las bodas de conveniencia, donde siempre primaba un abogado del Estado por sobre un amor/amor, nos persuadían de que el hombre era una criatura desprovista de atractivos —más o menos «el hombre sin atributos» de Musil, a quien leíamos por entonces—, y que sólo el éxito social o económico podía proporcionarnos el triunfo/fracaso de tener mujeres. Y digo fracaso porque una mujer a ese precio, más que una mujer es un triste y sangriento trofeo. Es cuando nuestro falo se hace lumpen, como se explicará en este libro (que puede ser la biografía colectiva de una generación), y se remedia con mujeres, a su vez lumpen de la sexualidad, por distintos motivos, de la ninfomanía al enamoramiento tipo Bovary.

El falo/consumo podría ser la consideración opuesta y complementaria del falo/mercancía (aunque vaya usted a saber lo que sale a la hora de escribir). El macho se realiza mediante el gasto (ya lo vio Bataille), porque el falo mismo es derroche en todos los sentidos que, por obvios, no vamos a enumerar ahora. Lo que la era del consumo añade a esto es una tautología: el hecho de consumir ya es, en sí, fálico, el hecho de gastar —una mujer, un coche, un viaje—, pero la industria del consumo, (entendiendo por consumo, modernamente, lo innecesario y ocioso), subraya esto llegando hasta la obscenidad, porque en el acto fálico del gasto se ha de traficar, además, con cosas fálicas: porno, erotismo, regalos «íntimos», etc. El capitalismo subraya así, con la rudeza que le es propia, lo fálico del gasto mediante lo fálico del objeto compravendido.

De todo lo cual resulta, como vamos viendo, que el hombre, en su biografía estrictamente personal, tanto como en la colectiva, va verificando que la fábula del falo, que empieza en el catecismo colegial y sigue, en la cultura y los mass/media, hasta la muerte (cuando menos, hasta la muerte del falo, o impotencia), es una fábula falible y engañosa.

El hombre tuvo falo a partir del Renacimiento, como las mujeres tuvieron cuerpo y desnudo. Esto lo vamos a documentar suficientemente. Con la consagración de los órganos sexuales de Cristo —¿no somos el cuerpo de Cristo?—, que es renacentista, toda la humanidad macho vuelve a tener falo, desde la Antigüedad, y es cuando el mundo conoce las grandes hazañas fálicas: descubrimiento de América,

circunnavegación del planeta, surgimiento de las nacionalidades en Europa, como falos erectos de lo colectivo, del hecho diferencial, etc.

Eso es lo renacentista. Lo moderno es el cuerpo como conciencia. El cuerpo, oculto durante siglos, cuando se desnuda frente a una colectividad —resurgido nudismo—, equivale ya al alma. Repercute como una conciencia en el cuerpo oculto de los demás. Un desnudo en sociedad, mujer u hombre, es intolerable porque remite al propio cuerpo y sus traumas, «culpas» e incluso precariedades. (Esto sólo se hace soluble en el desnudo colectivo.)

Frente a tanta represión no institucionalizada (la institucionalizada es lo de menos), voy a erigir aquí el caso de la mujer fálica —Lola Flores, Sara Montiel, en nuestra sociedad—, que no es para nada la lesbiana, sino la hembra de conducta social/sexual agresiva, macho.

Y me serviré para ello, como para tantos otros temas por los que va viajando el falo en esta su fábula, lo mismo de la noticia de Prensa que del dato histórico o prehistórico. Identificaré falo pornográfico/falo irónico. Desde que el falo no engendra (anticonceptivos femeninos), desde que la mujer controla su cuerpo, el falo se ha tornado irónico/pornográfico. De la mujer como juguete del hombre hemos pasado al falo como juguete de la mujer. El falo hedonista supera simultáneamente al plaiboismo y el feminismo.

La guerra de los sexos, «la divina pelea», que decía Pemán, un escritor siempre tan mirado para estos temas de ingle, va camino de resolverse sin vencedores ni vencidos. Va camino de resolverse en juego. Por los hallazgos de la ciencia y por el escepticismo lúdico/cínico/irónico de las nuevas culturas y las nuevas mocedades.

Esto, quizá, es ya postmodernidad.

1. EL FALO AUSENTE

«No intentó quitar su hijo al padre.» Se trata de Carmen Martínez Bordiú, nieta de Franco, bella de blancor y melena, misteriosa de gafas negras. La Prensa de derechas dice que «en ningún momento quiso quitar su hijo a Don Alfonso de Borbón Dampierre». Un padre accidentado, *castrado*, «el falo ausente», va a ser víctima de una manipulación de la madre. Si la Prensa de derechas dice que no, es que sí.

Historia de la gente, de Mingote. Un matrimonio mundano se mira al espejo antes de salir para una fiesta. El espejo les devuelve una pareja prehistórica. Quien aparece *castrado* de gesto en ambas imágenes es el macho. El humorista sabe que, en la vida social, su hembra va a triunfar más que él, porque todo un torpedero de falos psíquicos, psicológicos, contenidos por el almidón de la ropa de gala, va a rodearla. Su falo matrimonial, burocrático, es el único que no cuenta. No hay fábula del falo desde el momento en que el falo se deja estampillar.

Egipcios, griegos y persas, mueren bajo un tampón de oficina.

Francisco Ayala, en tercera página de ABC, trata de redimir los *Sonetos del amor oscuro* (homosexual) del poeta, libro póstumo y escondido que sólo conocíamos los iniciados, no por la vía burda del periódico, que los da como amor a mujer, sino por la vía cultural y sublimadora. Sí, Federico era homosexual, y qué. Eso no afecta al arte. Pues claro que afecta.

Se escribe con todo el cuerpo, y no sólo la filosofía: también la metafísica pura. Si uno es homosexual, o beodo, eso se nota (y lo que más subraya la escritura es que se note). He aquí tres ejemplos, tomados de la Prensa diaria, de falo *ausente*.

La nieta de Franco, aprovechando la ausencia de falo (accidente, inconsciencia) de don Alfonso de Borbón, trata de arrebatarse al hijo que resta de la catástrofe y el matrimonio. Mingote, por experiencia biográfica y lucidez creadora, sabe que el falo matrimonial es un falo *ausente*, un falo que no cuenta, tanto por sus malas actuaciones conyugales (y no las de Mingote, naturalmente, please), como por la preponderancia sexual (concedida) que la esposa logra en sociedad, acosada por falos como misiles de cabeza atómico/prepucial, ya que la oferta masculina (cien por cien) siempre es superior o más explícita que la demanda femenina.

Falo *ausente*, el del marido, en sociedad, pues que un rebaño de falos embozados persigue a la «quizás bella», como dijera mi querido maestro Jorge Guillén, cuando las bellas eran *quizás*, cuando las honestas eran quizás, cuando las putas eran quizás. Hemos superado el *quizás*, todo es hoy explícito/implícito, y esto está muy bien sociológicamente, pero, en cuanto a la oficialidad del falo, que antes garantizaban/ereccionaban sellos y documentos, es un fracaso. El falo ha ganado prestigio lírico, mágico, sacral, pero ha perdido seguridades legales, burocráticas, oficiales, y esto lleva al gatillazo, que Stendhal llamaba «fiasco».

Como la beneficiaria de las audacias del falo es siempre una mujer (otros casos nos interesan aquí), no estoy cantando, pues, la falocracia, sino los infortunios de la virtud femenina.

Casos, ya digo, que no interesan pero que sí interesan, porque están aquí: Federico García Lorca era homosexual. Uno sabe, por fanático de la poesía, que los *Sonetos del amor oscuro* son lo último que escribió, y lo más declaradamente homosexual (no por liberaciones de censura, que no había, naturalmente, sino por liberaciones personales). Que si ese libro lo tenía en depósito Vicente Aleixandre. Que si ese libro andaba por ahí, rodando, perdido y encontrado.

Un día sale a la calle, en edición casi pirata, como mejor le conviene (cosa parecida le ha pasado a la última y más agresiva comedia de FGL, *El público*), y he aquí que un periódico de la derecha sepia nos da el libro en separata sabatina, como primicia para no iniciados (no iniciados en la poesía ni en el vicio griego), y se cuida muy mucho de enmascarar que son sonetos de hombre a hombre, como los versos de Leonardo,

Miguel Ángel o tantos otros (Shakespeare).

Por si fuera poco, Francisco Ayala sale, unos días más tarde, en la tercera (tardoprestigiosa) página de ese periódico, aclarando que Lorca era homosexual, pero que eso no importa. Decir que no importa es como decir que no era homosexual. Importa muchísimo. La derecha ha realizado una operación de prestigio literario, manipulando el falo ausente, que ellos han ausentado, y aún encuentran un «rojo» del exilio que les da la razón de otra forma:

Lorca era homosexual, pero no importa. Claro que importa. Es lo único que importa. Mi libro *Lorca, poeta maldito*, que despertó algún interés, desde la «Revista de Occidente» hasta las ediciones de quiosco, me costó la amistad de la familia Lorca (hoy casi todos muertos), porque los parientes nunca se conforman con glorificar al glorioso, sino que quieren beatificarle, o sea que se equivocan de vía.

¿Importa tanto, estéticamente, que Lorca o Proust fueran homosexuales? A mí me importa en la misma medida que me importa el machismo de Henry Miller, que no respeta esposa de amigo ni camarera de hotel. A lo que no se puede jugar es al falo *ausente*, por pudor sexual/homosexual. Y hasta Proust jugó a eso, en *Contra Saint Beauve*, rechazando la crítica biografista, porque lo que le espantaba era explicitar su biografía, tan explicitada por él mismo, mediante engaños pueriles, en su obra magna.

El falo ausente es el falo vergonzante. Todavía, en nuestra cultura de masas —fin de siglo—, las revistas que meten sus cámaras hasta lo más secreto, cálido y adorable de las famosas y las particulares, vía vaginal, se limitan a una dialéctica de falo ausente en cuanto al hombre, ni más ni menos que los honestos anuncios de slips/ocean. El falo es un paquete confuso debajo de un tejido confortable. Lo que está reprimido —*ausente*— es el falo, en fin, en nuestra sociedad falocrática, y uno no denuncia esto como reivindicación de su falo, con muecas de proezas, sino como reivindicación de la verdad de una sociedad hipócrita, que tiene el falo tan sacralizado como los griegos, pero jamás lo dice.

El falo ausente es una de las grandes conquistas puritanas de nuestra sociedad postindustrial y liberada, y, por lo tanto, una de sus grandes hipocresías, una de sus grandes frustraciones. Una de sus grandes neurosis.

El falo ausente cada día está más presente.

2. EL FALO SIN FILO

El falo, en la infancia, no tiene filo. No es aún la espada o el florete que va a ser luego en la vida del hombre. El falo infantil es tan reprimido como la vagina infantil (y no digamos el clítoris, absolutamente ignorado en nuestra ruda anatomía sexual).

El niño sabe que tiene un falo, y, quizá, instintivamente, se enorgullece de él, pero siempre contra lo establecido. Y lo establecido es una disciplina del *falo ausente*, como hemos dicho en el capítulo anterior. Las feministas, que tienen razón en todo, no la tienen en esto de la potenciación infantil del macho.

El falo, precisamente por visible, por ostensible, por *escandaloso*, es lo más reprimido de cualquier educación sentimental burguesa. El niño, pues, tarda mucho en saber que tiene un falo, o que tiene un falo sin filo, un falo sin capacidad de agresión o de conquista. Cuando lo sabe, ya no es un niño.

Incluso esas experiencias que se cuentan, poco significativas, de niñeras que juegan con el falo del niño, no resultan positivas respecto a la *positivación* del falo. El niño vive eso borrosamente, cobardemente, o sea que no lo vive.

La experiencia posterior, la prostitución, tampoco le resuelve mucho las cosas al respecto, ya que las meretrices se comportan con el falo como el mercader con la mercadería.

Lo cotizado, en una casa de lenocinio, es la vagina de la mujer. El falo es la inversión a fondo perdido. Y el adolescente sale de allí con la convicción de que su falo es una piltrafa que no vale nada. Ignora en absoluto la sacralización universal del falo, aun cuando haya leído en enciclopedias y otros textos lo referente a las religiones del falo.

Eso le parece sólo arqueología.

La sociedad patriarcalista quiere hacer del hombre un *macho*, del macho un *hombre*, pero, por retenciones religiosas, no le explica lo fundamental: que tiene en su anatomía un puñal damasquinado, una daga de sangre y deseo que puede («serafín de llamas») incendiar el mundo. Hay una religión femenina universal del falo, pero el hombre tarda en enterarse de eso, porque los otros hombres no lo saben o no se lo dicen, y, sobre todo, porque las mujeres lo callan. Viven el falo, las mujeres, como icono único de sus vidas, pero apenas lo expresan y raramente lo han escrito (se dice que porque no las han dejado), así que le es difícil, a un adolescente, establecer la dualidad falo/filo, saber que su falo corta el mundo en dos, como un filo, que su arma secreta mueve el mundo. Asusta al mundo. (Las armas del mundo, de la espada al misil, no son sino sublimaciones bélicas de un falo frustrado como tal.)

Si Reagan (que es el que manda al momento de escribir) no fuera un sordo total que ni siquiera oye el estruendo del *day after* provocado por él, y cuyo *timing* público no dura más de diez minutos, sus proyectiles falo/nucleares no estarían tan impacientes por entrar en fuego. Reagan se realiza fálicamente, gracias a la guerra o sus preparativos. Y Chernenko, otro anciano, lo mismo. La guerra planetaria no es mucho más que la exasperación fálica de dos ancianos.

Por eso siempre es viciosa y siniestra la gerontocracia, desde los Consejos de ancianos de la tribu hasta los pentágonos/politburós matinales, presididos por ancianos que la noche anterior han fracasado en la cama.

Las feministas se han quejado mucho, y con razón, de la represión infantil en favor del macho. El macho podría quejarse igualmente de la represión infantil en favor de la hembra.

La niña era *pura* porque su cuerpecillo aparecía exento de ese puñalito de sangre y empuje que es el falo infantil, *falo-sin-filo*. Lo que había que ocultar era lo evidente, y lo evidente era y es el falo. El insobornable falo de todos los veranos y veraneos infantiles: «Lentos veranos de la infancia / horas tendidas sobre playas», dice Jorge Guillén. El niño tiene algo que ocultar, un pequeño bulto, y el que tiene algo que ocultar es obviamente culpable. (En otro momento hablaremos, quizá, del falo culpable.)

Así, el niño vive un falo sin filo. Lo naturalmente bello, sugestivo, encantador, nacido para gustar, es la niña. El niño, estando en posesión de un arma blanca, no lo sabe hasta muy tarde o no lo sabe nunca. Familia/sociedad se lo ocultan, no por móviles inmediatos, como le ocultan su sexo a la niña, sino por un terror inercial, ancestral, tribal, a los desencadenamientos del falo.

Falo sin filo, el falo infantil, y no sólo porque aún no se ha templado en aguas sexuales, como la «recia espada toledana» de la zarzuela o lo que sea, sino porque hay una conspiración universal, implícita, callada, de las mujeres, para ocultarle al niño (y al hombre) que la religión del falo es la más antigua y más vigente entre todas las religiones de la tierra.

Ay si el niño supiera, si supiera. Toda la inseguridad adolescente, todas las crisis de identidad salen de que el hombre joven ignora su centro (alguien habló de «la pérdida del centro»), e ignora, sobre todo, que la fábula del falo, vigente a través de los tiempos, es la que se impone en la vida, los negocios, la imaginación y el amor.

La fábula del falo ha sido forjada por las mujeres, naturalmente, mediante tradición oral, mucho más que por los hombres, que, con sus baladronadas fálicas, más bien habrían contribuido a destruir esa fábula. La fábula del falo, en su versión infantil, que es la que a todos nos ha llegado cuando niños, tiene, en principio, incómodas connotaciones homosexuales (el niño carece de mujeres a su alcance), de modo que, cuando racionaliza todo esto, encuentra su falo culpable de alguna venial transgresión homosexual, y lo rechaza. (A no ser que se trate de un auténtico homosexual.)

Dos maneras muy masculinas de rechazar el propio falo: hacerlo soluble en mil vaginas de mil mujeres o castrarse *espiritualmente* para siempre, mediante la castidad. Sin duda, el primer procedimiento resulta más usual que el segundo. En el donjuanismo asumido hay mucho rechazo del falo, mucho autorrechazo.

Se trata de devolver el falo a su escondrijo natural y *nauseabundo*: la vagina de la mujer. Se trata de no ver el propio falo *culpable*. El donjuanismo, en este sentido, sería una castración voluntaria y reiterada que practica Don Juan, católico al fin, por librarse de su *inmundicia* en la *inmundicia* natural que es la mujer.

Se tarda mucho en asumir el falo.

3. EL FALO/ICONO

Me lo preguntan unas periodistas catalanas (y sospecho que feministas), al explicitarles mi proyecto de un libro sobre el falo:

—¿El falo como qué?

—El falo como icono.

Estoy improvisando, pero me parece que la improvisación vale, que eso hay que desarrollarlo. El falo irónico. Se me acaba de ocurrir en el hotel donde me entrevistan. Nunca se me hubiera ocurrido en casa. ¿Se le ocurren a uno más cosas en los hoteles que en casa?

Antes de resolver esta profunda cuestión, deduzco que la dicha improvisación no es tal: si yo he dicho «el falo/icono», sin reflexionar, es porque tenía ya una idea icónica del falo. Una idea cultural, personal, qué más da.

El falo ha sido icónico, en casi todas las culturas primitivas, y no por iniciativa de la mujer, sino del hombre, claro, que era quien llevaba las iniciativas. Pero si el falo icónico se ha impuesto, se ha desarrollado, ha llegado hasta nuestros días, es porque la mujer remota lo aceptó en principio, porque la mujer *lo esperaba*.

No sólo el falo es el primer icono de la humanidad, la primera figura erecta que se le aparece al hombre/mujer, con su eréctil misterio, sino que toda la iconografía posterior (y hablo obviamente de la religiosa) tiene calidad/cualidad de falo.

Los iconos rusos, naturalmente, son el mejor ejemplo. Cristos, Vírgenes y santos que, en madera u otras materias, no están muy lejos, por su tamaño, de las dimensiones del falo, y están muy cerca, por su disponibilidad, del miembro sexual masculino.

El icono es un falo para penetrar a Dios. El falo es un icono natural que atenta contra Dios (contra casi todas las morales religiosas establecidas). De modo que el falo sería el icono/contraicono, el icono blasfematorio, lo cual le hace, naturalmente, más sagrado.

La sacralización del falo, mediante el ocultismo/oscurantismo de las culturas/inculturas tradicionales, deviene sacralización laica (valga la contradicción, que es muy fecunda, como todas las contradicciones conceptuales) en nuestro tiempo. La mujer decidida a «saberlo todo», a «gustarlo todo», busca directamente el falo irónico, en cada hombre (en cada hombre que elige o le interesa), quizá porque, más allá de la franela gris y el portafolios, más allá de las subidas de éxito y dominio macho, lo único sagrado que aún puede encontrar en el hombre de hoy es el falo.

El hombre ha perdido misterio desde que se quitó la armadura medieval. Su mano ha perdido magia desde que olvidó el guantelete donde se posaba un halcón cazador. El hombre se ha desacralizado a sí mismo, y la mujer, que evidentemente quiere tener un orgasmo, pero *un orgasmo sagrado*, busca directamente el falo, no por impaciencia, sino porque el falo es lo único puro, exento, impuro, mágico, mitológico, icónico, que le queda al hombre en su alma y en su cuerpo.

El falo icónico es, naturalmente, el falo erecto. Un falo renuente puede desmentir por sí solo toda la mitología machista/feminista sobre el falo. El falo renuncia con frecuencia. El falo no es una bandera que se iza cuando la autoridad lo dispone. Y precisamente esta cualidad misteriosa de la erección (toda la fisiología moderna no ha llegado a explicarla, ya que en condiciones óptimas puede no producirse, y a la inversa), es lo que le confiere ante la hembra su cualidad sagrada.

El falo es misterioso porque ni siquiera la ciencia ha conseguido controlar sus erecciones. El falo y la imaginación son los últimos reductos de la libertad del hombre. Dicen que los decía Luckács: «He reducido a dialéctica la literatura universal, pero no sé qué hacer con Baudelaire». Del mismo modo, el falo/Baudelaire se rebela contra las precisiones de Masters y Johnson, de Reich, de Freud, de Margaret Mead, de María Bonaparte.

El falo tiene una conducta irracional, como que está regido por el más profundo

irracionalismo cerebral, y eso es lo que le torna mítico y mágico: icónico. Los iconos hacen milagros ajenos a sí mismos: aumentan la cosecha o curan a un niño. Los milagros del falo icónico se restringen a él: se inerva (no enerva, que es todo lo contrario), cuando quiere y contra toda lógica. Su conducta es un milagro no controlado.

Se hace los milagros a sí mismo. Es lo que tiene/no tiene de icono. Es, como el icono, el arma para agredir a Dios: una petición religiosa es una exigencia, y una exigencia es una agresión. El falo icónico es agresivo como icono (eréctil) y reverente como falo.

Cualquier lector/escritor dotado del «don de la obviedad», me diría: «El falo es sagrado porque es fecundo, porque es engendrador». No.

La adolescente que aún no piensa en descendencia, la menopáusica que ya ha sobrepasado los procesos de la maternidad, siguen teniendo una idea icónica —y obsérvese que no digo «sagrada», por moderación— del falo. Tampoco es que el prestigio fecundador del falo se haya hecho extensible hacia atrás y hacia adelante. La fecundidad (de la que el falo sólo es vehículo, pero que está depositada en los testículos), le confiere al falo un prestigio menor, secundario, fáctico, doméstico. El prestigio mágico del falo comienza, precisamente, allí donde se prescinde de su capacidad de engendrar.

El falo es la aguja que cose el cuerpo de la mujer a sí misma, a su identidad errante, la puntada/punzada fundamental que la mujer necesita para respuntar su alma con su cuerpo. Eso que llamamos el alma y eso que llamamos el cuerpo, que no tienen mucha más realidad lo uno que lo otro. Ni mucha menos. El falo es aguja que cose vida a la vida.

Desde Freud, la mujer necesita llenar un hueco con el falo o con el hijo. Todo el psicoanálisis, o gran parte del psicoanálisis, tiende a la identificación hijo/falo. Habría que intentar una desidentificación. Contra la idea reaccionaria del hijo fálico, o del falo como anticipación del hijo, propondríamos la idea de que la mujer, de pronto, ha encontrado la manera de resolver su *vacío* mediante el falo. El falo icónico es todo lo contrario del falo fecundante, aunque se trate del mismo falo. El falo funda una religión en cuanto que no procrea (y a esto ha contribuido la esterilidad artificial de la mujer: píldora, etc.). El falo icónico, del que sólo se espera placer, juego e identidad *asimilable* de un macho, es el falo sacral de nuestro tiempo.

La mujer se ha salvado de la fecundación, pero se ha consagrado involuntariamente, encadenadamente, a un falo tanto más fascinante por no/funcional, por meramente lujoso. El falo es el icono, hoy, de las vagas religiones que tienen por dios el placer y el juego. El falo es el icono de la religión de los cuerpos.

4. EL FALO/BAUDELAIRE

Hemos aludido en el capítulo anterior al falo/Baudelaire. Baudelaire se resiste a ser codificado en la historia de la literatura como el falo se resiste a ser codificado en la historia (y la práctica) de la biología. Lévi-Strauss y Jakobson hicieron el mayor esfuerzo crítico que se recuerda para someter a análisis estructural uno de los sonetos de Baudelaire dedicados a los gatos en *Las flores del mal*. Este ensayo estructuralista generó, a su vez, docenas de ensayos en el mundo entero, a favor o en contra de las tesis Strauss/Jakobson: a saber, la fascinación de un soneto de Baudelaire nace de una combinación sabia de elementos armónicos, lingüísticos, temáticos, contratemáticos. Uno de los detractores del famoso ensayo cambia *chat* por *rat*, gato por rata, que en francés suena casi igual, pero denomina al animal justamente opuesto al gato. Y el soneto, naturalmente, ya no funciona.

Otro ensayista nos cuenta la eficacia y popularidad de este soneto entre los japoneses, que, como es obvio, lo conocen en japonés. Aparte el civilizado amor del japonés por el gato y otros animales, ¿qué queda ahí de las suntuosas sonoridades del idioma francés?

Baudelaire, en fin, no ha hecho sino comunicarnos el enigma/gato, enigma que adquiere particulares encantos en francés y, sobre todo, en el francés de Baudelaire. Enigma, empero, que es trasladable a otros idiomas, por su propia eficacia y por la eficacia conceptual con que Baudelaire lo expresó/inexpresó.

Del mismo modo, la fábula del falo es traducible a todos los idiomas científicos y a ninguno. Todas las ciencias expresan esta fábula, pero ninguna la explica. Su fascinación es *más y menos* que científica. El falo, como evidencia final y extremada de una conducta cerebral, como *palabra última* del cuerpo, o primera, como la expresión más visual y plástica de lo que un cerebro fabula, resulta un ente difícilmente codificable o con gran facultad de descodificarse. Si Sartre dijo que el poeta-Baudelaire es «el parásito del parásito» (el príncipe), he aquí que el falo es el parásito de todos los ciclos zoológicos, hoy más que nunca, ya que se ha llegado a la reproducción sin penetración, a la penetración sin reproducción, etc. Ahora (y ya ha quedado dicho) es cuando el falo resulta lujoso, ocioso, como Baudelaire y como sus gatos, incluso, belleza inútil, referencia icónica, signo intolerable del erotismo y el juego, alusión directa al erotismo bucal de la mujer. El semen, que ya no engendra *fatalmente*, es degustado lúdicamente.

En la medida en que el falo ya no está destinado exclusivamente a la vagina, queda *predestinado* a cualquier otro orificio femenino: una oreja, la boca, el ano. Plena disponibilidad y absoluta *infuncionalidad*: eso podría llamarse Baudelaire.

Según todos los datos disponibles, Baudelaire era impotente.

Baudelaire, impotente, llena o suple la sexualidad de lujo: la judía leprosa, la negra sifilítica. La belleza asimétrica que él propugna como modernidad y que Bretón plagiará diciendo:

—La belleza moderna será convulsa o no será.

Se ha limitado a cambiar «asimétrica» por «convulsa», exagerando como exagera siempre el plagario.

Baudelaire, impotente. Esto nos permite hablar, aún con mayor coherencia, del falo/Baudelaire. Baudelaire resuelve/no resuelve su impotencia mediante la imaginación, desde el opio al alejandrino.

¿Y el hombre de hoy, impotente de *stress*? No tiene imaginación, no ha leído a Baudelaire, no ha conocido a Louchette, la judía leprosa, ni a Juana Duval, la negra sifilítica (cuarterona).

No puede hacer de su impotencia una obra de arte, como Wilde de su homosexualidad. El falo de hoy, innecesario para la reproducción, es un lujo de la fisiología, como Baudelaire, innecesario para todo, es un lujo para la Historia. La condición lujosa de

Baudelaire es su condición ociosa. Este ocio, hoy, nos fascina, y ha sido definido británicamente como *spleen*. A Baudelaire le atormentaba.

Él hubiera querido ser práctico, fáctico, por demostrarles algo inteligible a su madre y a Aupick, el militar. (Y habría que estudiar, aquí, el complejo de inferioridad/inutilidad del genio frente al burgués, complejo del que sólo se salva —o huye— Rimbaud en las Ardenas.)

El falo/Baudelaire es en alguna medida el falo *de* Baudelaire, inútil y frustrado, o quizá es todo lo contrario, que viene a ser lo mismo: un objeto de juego erótico, un lujo inútil de la fisiología que por eso mismo fascina a las mujeres. El falo/Baudelaire, en todo caso, es el falo suntuoso, imaginativo e inútil.

Un caso previo de falo/Baudelaire, en el XVIII, es el caballero Casanova, que corre mil aventuras y nunca engendra, o no habla de ello, o ni siquiera da placer a la hembra (su insistencia en la condición ardiente y fácil de todas las mujeres que ha conocido —incluso de algunas que no ha conocido, porque ni siquiera existieron, según datos—, le hace sospechoso de mentira continua en sus *Memorias*).

El que habla demasiado bien de las mujeres —todas fáciles y ardientes—, es tan sospechoso como el que habla demasiado mal: o mienten o se descubren demasiado. Las mujeres no son tan malas ni tan *insaciables*. Estos profesionales de la mujer, con más experiencia fáctica que malicia literaria, están inventándose una hembra mitológica a la que piensan que los demás no tenemos acceso.

Lo que pasa es que las hembras no son mitológicas y todos tenemos acceso a ellas. El falo/Baudelaire es, por excelencia, el falo lujoso, inútil, el falo para jugar. Baudelaire, que nunca pensó en procrear, ni parecía muy dotado para ello, es por eso mismo el hombre/falo, ya que su falo no se *realiza*. Él lo realiza en los restaurantes diciendo cosas que asombran a los camareros y a los clientes burgueses.

Su impotencia le permite a Baudelaire, irónicamente, conocer mujeres que de otra forma no habría conocido: sobre todo, la judía Louchette.

Un macho *normal* jamás habría perdido el tiempo con judías sifilíticas y calvas, con cuarteronas alcohólicas y putas. La impotencia de Baudelaire le pone en contacto con otras *potencias*. Baudelaire, por su prosa, su verso, su biografía y su rebeldía, por su condición enhiesta, es el hombre/falo (él, tan poco *enhiesto*) de todo el Romanticismo/post Romanticismo europeo.

5. EL FALO FÁLICO

Parece que Freud tuvo una paciente inutilizada de la mano derecha. La averiguación final de Freud fue que la paciente, en la infancia, había masturbado a su propio padre con esa mano.

El falo fálico, el falo como metáfora de sí mismo, el falo sacralizado, para bien o para mal, puede ser, en efecto, un contacto electrocutante. Pero uno diría algo más: todos los falos, para la mujer, *son el falo del padre*.

Y no quiere uno con esto, naturalmente, resolver mediante el fácil expediente psicoanalítico la cuestión del falo fálico o falo tabú.

Se trata, por el contrario, no de que el falo remita al pasado, sino de que todo, en el pasado, el presente y el futuro, *remite al falo*. La mujer, ya en la adolescencia, comienza a racionalizar este punto final, de llegada o partida, a que conduce su vida, a que conduce la vida. A la paciente de Freud se le quedó la mano derecha psíquicamente paralizada. Toda mujer, entre la pubertad y la adolescencia, o entre la adolescencia y la juventud, tiene una crisis de identidad, se quiere meter monja, desaparece del mundo, desea *desaparecerse*, cambia de novio con frecuencia (quizá busca uno que no tenga falo). Ha tocado, en fin, *el falo del padre*.

Ha tocado fondo.

Freud se queda corto, naturalmente, restringiendo los tabús sexuales al ámbito familiar o de clan. El incesto no es sólo una cosa de familia. El gran incesto cósmico es que la humanidad está partida en dos y la mujer —no sólo para procrear, sino incluso para *ser*— haya de tocar falo de hombre. Dios es el padre, Adán es el padre, el padre es *el padre*. La humanidad, como casi todas las especies, está montada sobre un equívoco. Sólo que la humanidad, por su desarrollo cerebral, ha hecho de ese equívoco una cultura y del falo una fábula.

Cuando la adolescente, lectora de cuentos de hadas y novelas de amor sub/platónico, toca falo de hombre, *toca tierra*, tiene la doble sensación de haber profanado el tabú y de haber descendido, como diría Neruda, «a lo más genital de lo telúrico». Dos sensaciones en una. Y contradictorias entre sí. La adolescente se encuentra profanadora y profanada al mismo tiempo.

Ha tocado lo *intocable* (en este sentido, el falo del padre), y ha sido profanada en su sueño y en su carne. No se trataba de un tabú, sino de una realidad fisiológica que su cuerpo, oscuramente, estaba dando *por supuesta*. Cuando muere el tabú, nace la fábula. El falo no era lo prohibido. El falo era lo predestinado. Si fábula viene de *habla*, el falo era aquello de lo que tanto se había hablado entre mujeres, directamente o en silencio. El habla/*fabla*, la fabla/fábula hila ahora su copo de palabras en torno del huso (fálico) de la realidad. El verbo se ha hecho carne. El incesto, que Freud remite domésticamente a los primeros clanes, es en realidad la expresión cósmica de un *mal* original, muy anterior al famoso pecado. Las especies han de copular entre sí, para reproducirse. La especie ha de *desearse a sí misma*, bajo figura contraria. El incesto se comete, no ya dentro de la propia familia, sino dentro de la inmensa familia de la especie. Todos los falos son el falo del padre.

La especie es un multicuerpo que se desea a sí mismo. Toda copulación es una masturbación. A la enferma de Freud se le paraliza la mano derecha por masturbar al padre.

6. EL FALO/FÁBULA

Todo el paso de las culturas tradicionales a la cultura moderna está en el paso del falo/tabú al falo/fábula. El falo/tabú supone una prohibición, un castigo y un mito. El falo/tabú es algo sagrado/maldito, a nivel de tribu, algo que no se toca, a nivel humano (ni el propio poseedor del falo debe tocar el suyo, según varias religiones, por supuesto las cristianas), algo que no se piensa, a nivel divino: ¿Dios tiene falo, qué dios?

El falo/tabú es un castigo en cuanto que paraliza la mano de la joven que masturbó a su padre o sirve para penetrar a la virgen de la tribu, a la virgen sacrificial (falo humano o de piedra), sirve para arrebatarse algo, para cambiar a la muchacha de identidad, contra su deseo, o a favor de otros deseos más oscuros. El falo sólo tiene, durante muchos siglos, una conducta volitiva. Castiga/premia, desvirga/fecunda, condena/distingue. El falo/tabú, en cuanto prohibitivo, es Dios, la imagen de Dios (falo icónico) o un dios en sí mismo. El primer oficio de Dios ha sido castigar.

Del machihembrado premio/castigo nace el mito. El falo es algo que tienen los hombres para premiar o castigar (con el placer, la fecundación o la sangre y la humillación) a las mujeres, a los niños, incluso a otros hombres (según los casos: los homosexuales de Malaparte fingen embarazos). No sabemos en qué medida preocupa esto, realmente, a las mujeres, pero, desde luego, preocupa mucho a los hombres: y no hagamos una fácil enumeración de objetos que, según se nos enseña, prolongan la mano humana (la espada), pero que en realidad prolongan el falo.

Entre el falo/tabú, primitivo (de un primitivismo que llega hasta hace poco), ominoso siempre, y el falo/fábula, que es el de nuestro tiempo, está el falo/símbolo. El falo símbolo es la reconversión pacífica y benéfica del falo/tabú. Es el prepucio de Cristo que se encuentra o se pierde en una iglesia italiana, es el pene del arcángel san Gabriel que se conserva en una aldea española. El falo/símbolo es, asimismo, curativo, es lo que salva al hombre de la histeria femenina. *Hysteria*, en griego, viene a significar útero, y los hombres no tienen útero, sino la réplica exacta y triunfante de un útero.

El falo simbólico y mitológico, el falo benefactor, que con la cultura va perdiendo su carácter ominoso, es el falo del Arcángel que engendra, sólo con palabras fálicas, en la Virgen María, ante la pasividad del falo de san José (modelo máximo del *falo ausente*, de que se ha hablado ya aquí).

Falos ausentes de los mártires del Greco. Falos de las anatomías de Miguel Ángel, desproporcionadamente diminutos (desproporción que sólo se explica por la censura de la Iglesia). Falos de los mitos, de los dioses. Luego, cuando las mitologías caen, lo que queda es el falo mitológico, todo el mito reducido a falo. El falo, primero, como mito restante (y operante) del mundo antiguo. Falo/signo, más tarde, falo/señal para turistas, más o menos. Donde hubo todo un dios, hoy queda un falo.

O falta un falo, que viene a ser lo mismo. El falo que le falta al dios (tan fácil de desprenderse como la nariz de las diosas), es lo que le hace más dios. El dios y el falo vuelven a ser mitológicos, por esa ausencia. En el strip/tease de la Mitología, el falo desprendido, el *falo ausente*, hace las veces de esa braguita final o ese vello postizo que la «estrella» nunca se quita.

El falo, pues, de atributo del mito (los mortales no andaban por ahí con el falo fuera), pasa a ser mitológico él mismo, cuando la legión de los mitos es ya polvo. Y luego se queda, como hemos dicho, entre señalización para turistas («aquí hubo un dios», o «este dios tuvo un falo», *viene a ser lo mismo*) y símbolo de todo lo que los dioses fueron. Fecundidad, abundancia, poder, agresividad, masculinidad, sexualidad, fertilidad, muerte, incluso. Caídos los símbolos, el falo restante comienza a simbolizar cosas. Pero ya no es más que un apócope, un pictograma, una coma en la escritura de la antigüedad.

Una de las tareas más obstinadas y calladas de Freud (nadie ha hablado de ella, o casi) consiste en restituirle al falo toda la mitología y todo el simbolismo de la

antigüedad. Un empeño más literario que científico, está claro. Freud cree que la mitología/simbología del falo está tan vigente como hace veinticinco siglos, o quiere creerlo. Y de aquí nace todo el error de su sistema: atribuye al falo poderes que perdió hace muchos siglos. No ya mágicos, naturalmente, sino psíquicos: las señoritas que masturban a su padre, se quedan luego con una mano tiesa.

Digamos, en cierto modo, que Freud se inventa un enemigo maniqueo, para destruirlo fácilmente. Toda enfermedad psíquica procede del falo (el subconsciente de Freud es la última forma religiosa del alma). Antes o después, Freud diagnosticará al falo como culpable, en su psicoanálisis policíaco. Y cura o no cura al enfermo/enferma. Pero consigue, eso sí, algo que le importa mucho más: desenmascarar al falo, Anticristo que él mismo ha plantado en mitad de la Historia.

Del falo/tabú al falo/fábula, decíamos al principio de este capítulo. De la mitología a la metáfora. Es nada menos que el paso de la antigüedad a la modernidad. Se da en todos los órdenes. Las constelaciones, las fechas, los animales, dejan de ser un mito, un símbolo platónico, una sombra, para ser una metáfora (objeto de múltiples lecturas, muchos significados en uno, laconismo fecundísimo de Quevedo). A Platón lo mata el estilete de oro ardiente del querubín de santa Teresa, según Bernini.

Ese estilete ya no es mitológico, sino metafórico: moderno. La transverberación de Teresa es la primera metáfora en acto de la modernidad. A Bernini sólo le faltó dejar, a los pies de la santa, el cadáver de Platón, tan dado a querubines

*A las que sepas, mueras:
y sabía hacer saetas.*

La saeta o saetilla que mete en trance místico/romántico a la santa es ya metáfora, o sea objeto múltiple: puñal, falo, dolor, amor, fuego, oro, incluso puede que una angina de pecho. La Edad Media termina en un convento español o en una capilla romana. Nace el falo/fábula.

El falo/fábula o falo/metáfora es, naturalmente, el falo que genera fábulas, *fablas*, hablas. El falo de que se habla y el falo que habla al mundo, como tantos otros objetos verbalizados por el sistema metafórico. La metáfora, tan ignorada por los antiguos, que no habían pasado de la «comparación» de una cosa con otra, es el hallazgo y el sistema del mundo moderno, que hace de cada cosa una estrella irradiante: *ready/meade* de Marcel Duchamp, sueños de Freud, personajes de Kafka, ecuaciones de Einstein.

Metáfora es decir muchas cosas en una. O, por el contrario, hacer que todos los objetos del mundo converjan en uno solo, en uno mismo. Pudiera pensarse que los antiguos se aproximaron a esto con el panteísmo. Nunca estuvieron más lejos. El panteísmo es una forma superior del animismo primitivo. La metáfora nace del relativismo moderno, del conocimiento científico y sensorial de que todas las cosas se comunican o, lo que es más importante, están *anhelando* comunicarse.

El objeto metafórico, pues, permite múltiples lecturas, la metáfora es un móvil como los de Calder, pero hecho con palabras, y mucho antes de Calder. Crear es sorprender las cosas en su momento metafórico, cuando son menos ellas porque están a punto de ser ya otra cosa. El mundo en continua transformación y entropía, no es sino una constelación de metáforas. Dentro de esto, el falo resulta un objeto singularmente metafórico, por oscuro, por escondido/exhibido, por *gratuito*, por cambiante, porque tiene múltiples usos y no tiene ninguno (según nos va explicando la ciencia), por «parecido» a otros objetos (hemos hablado poco más arriba de que los antiguos funcionaban literariamente por comparaciones).

Si le hemos dedicado un capítulo de este libro al falo *ausente*, se trataba, sin duda, de subrayar el falo *presente*, omnipresente en nuestra sociedad. Las metáforas del falo se multiplican en abundancia y calidad poética o erótica, desde el automóvil deportivo de morro fálico al perrito caliente.

El falo metafórico, sí, es el falo de nuestro tiempo. Objeto simbólico es el que alude a muchas cosas en una. Objeto metafórico es una cosa en la que confluyen otras muchas. La cultura sexual y la mercancía sexual han hecho que el modelo fálico sea persistente y claro en nuestros días. El otro aspecto metafórico, *poético*, del falo en la cultura actual (la novela, el cine, la calle) es su carácter gratuito, como, de otra forma, queda dicho en este libro. La píldora liberó a la mujer socialmente y liberó al falo genitualmente, lo convirtió en un objeto para jugar.

Lo inútil es más bello.

Mientras escribo, llega la Prensa con la noticia de que se han concedido los Oscars de Hollywood. El Oscar/estatuilla, aparte de ser la síntesis de un hombre desnudo, tiene en sí algo de falo de oro, que queda casi obsceno en manos de las actrices ganadoras. El triunfo, para Hollywood, sigue siendo fálico. Masculino. Veamos la película premiada: el último filme de Bergman, que nos cuenta los amores de un obispo con una bella madre de dos niños. La Iglesia no católica es una Iglesia fálica. Claro que el falo está presente en la Iglesia y la leyenda católica, y aquí hemos contado algunas anécdotas al respecto, pero el falo protestante o calvinista, el falo del pastor, es real, engendrador. El falo católico, por elusivo o vagamente alusivo es, en tanto que falo *ausente*, falo metafórico. Nada le nombra y todo le alude. Vara florida de san José, personaje que hemos puesto como claro ejemplo de falo ausente. De ahí la obsesión católica por el falo.

7. EL FALO/FELINO

Observo la conducta fálica de mis gatos. El gato, aparte la masturbación (contra cualquier objeto adecuado, contra la manga de mi bata, incluso), o después de la fornicación, se separa, se aísla para lamer, chupar, aliviar, disfrutar su propio y diminuto falo rojo.

Esto es común a casi todas las especies mamíferas, excepto a la humana. Aquí hay una tragedia: el hombre pertenece a la única especie mamífera que no disfruta bucalmente —«oralmente», dirían, quizá, los yanquis— de su propio falo. Esto, en principio, no parece grave. ¿Qué niño no ha jugado a cogerse el falo con la boca, en retorcimientos imposibles? Pero esto, que no parece grave, da lugar a innumerables situaciones de homosexualidad. Lo único que no se ha dicho de la homosexualidad, quizá, es que el hombre disfruta oralmente del falo de otro hombre *porque no tiene a su alcance el propio*.

Es uno de los privilegios que el homo erectus perdió con su verticalidad: la flexibilidad suficiente para llegar con la boca a su falo, para *conocer* el sabor de su falo, que conocen otros hombres o mujeres, pero no él. La homosexualidad, en este sentido, tiene mucho de auto-sexualidad: se verifica un falo extraño porque no se puede verificar el propio. Y esto que digo queda confirmado, a niveles más gratos, por la facilidad con que besamos la boca de la mujer que ha degustado nuestro falo.

La señorita de Serrano detesta el que uno eyacule en su boca. La acratilla experimentada recoge el semen con fruición, e incluso remata la operación aprovechando el sobrante con la lengua. Científicamente, tenemos que decir (aunque no seamos nadie para hablar científicamente) que tiene razón, y adopta una actitud más higiénica, la joven acratilla.

El riego espermático, vía vaginal, nutre a la mujer y embellece su cutis (aparte los beneficios neurológicos de las descargas electroquímicas del orgasmo). El semen obtenido por la mujer directamente, mediante felación, también nutre y no daña (a más de la unificación de dos placeres, el sexual y el bucal, en uno solo, más el lirismo —lirismo es sorpresa— de esta forma de asimilación del semen masculino).

La felación, llevada hasta la eyaculación, justifica plenamente el injustificable falo/Baudelaire, de que ya se ha hablado aquí, y le proporciona a la mujer un conocimiento más completo del hombre, y no diré más profundo, porque no creo en la *profundidad*, que es el pseudónimo moderno del alma medieval. La mayor y mejor interpenetración *intelectual* de una pareja no es la penetración fálica (tan recomendable, por otra parte), sino el conocimiento gustativo de felaciones y cunnilingus, que pueden tener una funcionalidad excitativa y previa, pero que también son fines en sí mismos, maneras de obtener el sabor final y más recoleto de un cuerpo/alma, de un cuerpo *almizado*, de un alma corporalizada (ya que nos es tan difícil, por inercia, renunciar a estas nociones).

El falo/felino es, sí, en primer lugar, el de todo mamífero que disfruta oralmente de su falo. En una novela de Kerouac, el protagonista se lo dice a una chica itinerante que siempre está comiendo cosas:

—Eres tan bucal...

El hombre no puede disfrutar bucalmente de su falo, y quizá éste sea el primer castigo que se cumple contra la verticalidad forzada de la especie. El problema se ha resuelto mediante la otra mitad humana, la hembra, que sí disfruta del falo del macho. (Hemos dicho en otro momento que la especie es un multicuerpo que se desea a sí mismo.) Que disfruta bucalmente, quiero decir.

De modo que el hombre necesita a la mujer, no sólo para disfrutar de ella corporalmente, sino para disfrutar de sí mismo. La mujer completa el narcisismo del cuerpo masculino. Como el hombre completa el narcisismo del cuerpo femenino. La mujer, por iguales razones anatómicas, no disfruta bucalmente de su sexo.

Ha de hacerlo a través del hombre (o de otra mujer, o de un animal). Los dos sexos se necesitan uno al otro, no para disfrutar uno del otro, como establecía ingenuamente Kant, aludiendo al contrato matrimonial, sino *para disfrutar del sexo propio*. Eso que los animales hacen con tanta naturalidad, a efectos aparentemente higiénicos, pero sólo aparentemente. La mujer, que rige toda la vida natural (el hombre sólo rige la Historia), puede resolver el trámite del orgasmo mediante la masturbación, pero sólo se conocerá *profundamente* a sí misma mediante la penetración, y a estos efectos de penetración resultan cómicas y lamentables todas las ortopedias de lesbianas, corazones solitarios y supuestas autosuficientes.

El ser humano, para conocerse a sí mismo, necesita de otro ser humano. Esto es lo que torna casi metafísica la relación. El hombre sólo puede agotar su cuerpo a través de una mujer. La mujer sólo puede agotar su feminidad a través de un hombre.

Despejada la tensión corporal, el hombre y la mujer piensan más claro. Pero vuelven a pensar, finalmente, en su dependencia de una figura del sexo contrario para ser ellos mismos. Nunca nos conocemos tanto a nosotros mismos como cuando alguien nos saca de nosotros. El amor, como dijo el humorista, es cosa de tres. El hombre, la mujer y (esto no lo dijo el humorista) el resultado sexual hombre/mujer.

Dependemos, pues, no de los otros —generalización vaga—, sino de *otro*. Somos incompletos. Sólo nos completaremos gracias a un adversario sexual. El falo/felino es ese adversario, para la mujer, ya que el falo tiene muchas características felinas: es una cosa eréctil y retráctil, silenciosa y paciente, traicionera y rampante.

Mi gato, como casi todos los mamíferos, tiene comercio directo entre su boca y su pequeño falo triangular. El hombre, al adoptar la posición vertical (o lo que resultó del animal que adoptaba esa posición), se distanció para siempre de su falo.

La mano, a estos efectos, resulta *extranjera*. «Vivía amancebado con su mano», dice Quevedo de un masturbador. Amancebado, no legítimamente unido. El cerebro de la mujer queda muy lejos de su sexo. Aquí sí que hay una dualidad, y no en la teología. La unidad sexo/cerebro, en la mujer, sólo la realiza el falo. (Se habrá observado que todas las maquinaciones masturbatorias, más que reunimos con nosotros, nos dispersan extrañamente de nosotros mismos, nos «desdoblan».) La mujer necesita el falo como la única puntada que la cose férreamente, dulcemente, consigo misma.

8. EL MULTIFALO

El hombre vive desgarrado por la excesiva distancia que la evolución ha establecido entre sus dos vías más profundas de conocimiento directo del mundo: la oral y la sexual. Sólo los erotismos orales funden ambos conocimientos en uno.

Esa distancia, sí, ha sido suturada por persona interpuesta, pero la unidad cognoscitiva del ser sigue desgarrada durante la mayor parte de su vida. El hombre *es multifálico*, tiene el falo para conocer lo más profundo que puede conocerse —la intimidad de la mujer—, y, por extensión, todas sus vías de conocimiento se tornan fálicas, en cierto modo, o se transforman en *vías de conquista*: la pistola, la espada, el coche o el caballo.

El hombre es multifálico, sí, porque sus experiencias cognoscitivas más profundas las ha realizado con el falo, desde el hecho diferencial respecto de la niña, en la infancia, hasta los límites de grito de la hembra adulta. Para Freud, el falo era el gran pecador, el Anticristo, ya lo hemos dicho. Para nuestro tiempo, el falo es el gran concededor.

Y el gran conocido/desconocido de las mujeres.

Se ha hablado aquí del falo ausente y el falo sin filo, de la ignorancia en que la sociedad mantiene al niño y al púber respecto de los poderes sexuales y sociales de su falo.

Cuando el hombre llega al conocimiento pleno de esos poderes, se convierte, por reacción, en multifálico.

Cree, piensa o siente que todo él es un gran falo y que todo lo que hace, sobre todo lo que hace ante los ojos de las mujeres, tiene una liturgia fálica: arrancar un coche, pilotar un avión, tomar cualquier decisión doméstica, pagar una cuenta, dar unas órdenes.

De la ignorancia absoluta de los poderes sociales del falo y sus prestigios, el hombre actual ha pasado a ser multifálico, a creer que un dedo suyo, recorriendo una piel femenina, o indicando un camino, tiene poder fálico.

Es el freudismo exacerbado por sus beneficiarios.

Freud tuvo un paciente que había sido operado de un testículo: cáncer. Como consecuencia, había perdido psíquicamente toda facultad copulativa. Freud le convenció de que podía ser un hombre normal con lo que le quedaba. Años más tarde, le informaron a Freud de que el cáncer de aquel hombre se había extendido, desde el otro testículo, al hígado y los riñones:

—Bueno, pero no ha muerto de una neurosis de impotencia.

Frivolidad freudiana.

Machismo, diría una feminista de hoy.

El machismo larvado del freudismo persuade al individuo de que sigue siendo multifálico incluso con un solo testículo.

En estos días, llega una folklórica española a su tercer o cuarto matrimonio. La mujer cree en el multifalo en cuanto que la humanidad masculina no es sino un manojito de falos. El hombre, para la mujer ninfómana, es el Siva de los falos, en cuanto que, por cada orgasmo de su vagina, ella imagina un nuevo falo creciendo de la raíz del anterior, quizá ya mustiado. El hombre de erecciones repetidas (nunca demasiado) es el sueño multifálico e inconfesado de muchas mujeres, que, curiosamente, relacionan cada nuevo orgasmo propio con un nuevo falo que le ha crecido al amante. Es una idea vagamente poética. Precariamente. La utopía femenina multifálica, ya queda dicho, sólo la realiza la mujer lábil, ardiente, de múltiples orgasmos encadenados, pues que el propio orgasmo se transforma inconscientemente en el falo ajeno (falo metafórico, de que ya se ha hablado aquí). Pero, generalmente, la boca y el sexo hacen descubrimientos por su cuenta, independientemente. Estos descubrimientos sólo se unifican en el erotismo oral, como se ha dicho. El hombre multifálico vuelve a no tener más que un falo. Y prisionero.

El hombre, sí, vive desgarrado entre su sexo y su boca, entre los dos grandes penetrales de conocimiento sensual de su cuerpo, tan distanciados por la evolución y la postura erecta. El hombre se reúne gracias a la mujer y la mujer gracias al hombre.

Aparte esta fusión de ambos conocimientos, hombres y mujeres viven dispersos de sí, pues que no tienen un sólo ámbito receptivo de conocimiento corporal, *ciego*, sino dos. Del distanciamiento oral/sexual nacen muchas neurosis que, me parece, no han sido estudiadas. El hombre —y la mujer, obviamente—, distanciándose intelectualmente de su sexo, han *intelectualizado* a tope su sexo, precisamente por reacción y respuesta.

La intelectualización del sexo *progre*, libre, ácrata, no supone sino una respuesta desesperada a la distancia sexo/boca, sexo/cerebro.

Una respuesta y una llamada.

Ya que el sexo es una tierra incógnita, para nosotros como para el camionero, razonemos el sexo, codifiquemos el sexo, reflexionemos el sexo, atraigamos el sexo como quien atrae una serpiente mediante música. Música de palabras, en este caso.

En eso hemos perdido varios años y miles de libros.

Dice el neurólogo doctor Portera que el hombre empieza de los ojos para arriba y que menos potencia sexual, a cierta edad, supone, sencillamente, «menos deseo», y no a la inversa. Sea como fuere, emprendiendo la caminata desde el cerebro o desde el sexo, la distancia es la misma. Distancia —grande— que tienen que recorrer nuestros sistemas interiores. El animal está más en convivencia con su sexo. Esto nunca lo he visto escrito, aunque estará escrito, naturalmente, como todo (uno sólo aspira ya a escribir sobre lo escrito, como el que hace pintadas sobre las pintadas).

Entendidas así las cosas, casi todas las actividades intelectuales del hombre son aproximaciones al sexo: la filosofía, la religión, la política, puede que hasta la economía.

Hay un vacío corporal entre la boca y el sexo. (No tanto entre el cerebro y el sexo, claro, sino todo lo contrario: el cerebro y el sexo se interfieren constantemente, para bien y para mal.)

Este vacío, esta distancia corporal entre la boca sexual y el sexo *bucal*, la mujer la tiene mejor resuelta que el hombre por razones meramente anatómicas. Los pechos y otras zonas erógenas ayudan a salvar, en la mujer, la referida distancia, de modo que, como han dicho todos los tratadistas, de Ortega a Simone de Beauvoir, «la mujer está más trenzada con su cuerpo».

La mujer tiene más posibilidades de reunir el conocimiento bucal y el conocimiento sexual mediante el placer oral, consigo misma, con su mismo sexo o con el otro. Los animales mamíferos, los niños y las mujeres, por este orden, aparecen «reunidos» sexualmente consigo mismos, en cierta medida. El macho es el gran disperso.

El macho humano, quiero decir. Un freudiano vería (aunque me parece que los freudianos nunca se han planteado esto) los hábitos masculinos del tabaco, el alcohol y hasta la forma de mascar, no ya como una suplantación del pene (tópico), sino *del propio pene*, tan distante.

El macho, desgarrado por la separación entre sus dos grandes vías más profundas de conocimiento sensorial, la oral y la sexual, ha dado, quizá, la técnica, el deporte, el arte incluso, como superestructuras con que cubrir y amenizar la superficie plana, lisa y sosa que va de su boca a su pene.

La mujer, como hemos dicho, víctima de la misma distancia, cuenta con una orografía «más amenizada».

9. EL FALO FALIBLE

El juez ordena la reconstrucción del asesinato

El forense discrepa con la fecha de la muerte de Teresa Mestre dada por Mayayo

El titular del Juzgado de Instrucción número 2 de Reus (Tarragona), Mariano Muñoz, ha ordenado la reconstrucción, el próximo día 25, del asesinato de María Teresa Mestre, esposa del industrial Enrique Salomó. Uno de los objetivos de la reconstrucción es confirmar si Ángel Emilio Mayayo, el presunto asesino, actuó solo, tal como ha declarado en las diligencias policiales y judiciales, o fue auxiliado por un cómplice.

Con esta reconstrucción se intentará también aclarar la contradicción planteada entre el in-

forme del médico forense y las declaraciones de Mayayo. Según el dictamen pericial, María Teresa Mestre fue asesinada pocos días antes de localizarse el cadáver, pero esta tesis se contradice con la de Mayayo, según la cual asesinó a la mujer el mismo día de su desaparición. Hace pocos días el forense se reafirmó oficialmente en su dictamen y aseguró que el cuerpo de María Teresa Mestre habría estado más deteriorado si la confesión de Mayayo fuera cierta.

Página 19

Parece, en principio, un caso de delincuencia común y criminosa. Seguramente lo es. Pero este tipo de delincuencia, aparte sus móviles lucrativos, sirve para motivar, manifestar, despertar o poner en marcha una modalidad del «falo con filo», del falo adulto, agresivo y posesivo (no necesariamente de cuerpos), en contraposición al falo sin filo que en este libro se ha tratado como falo infantil.

El juez ordena la reconstrucción del asesinato. Hay un hombre culpable y orgulloso (fálico) de que su avilantez sea noticia. «El forense discrepa con la fecha de la muerte de Teresa Mestre dada por Mayayo». No se discrepa *con*, sino que se discrepa *de*, o sea que el redactor de sucesos quizá *sólo* es redactor de sucesos porque su *falo falible* le ha varado, incluso, en la ignorancia de la gramática. Y como a él, a todos los que previamente filtran la noticia en un periódico, hasta que sale a la calle.

El simple seguimiento de esta noticia, o su redacción, nos permite detectar una cadena de falos falibles, o *falos sin filo*, que en el adulto perduran, como residuo infantil, en forma de ignorancia. El *falofalible*, escrito así, como una sola palabra, es una de las angustias sexuales masculinas de nuestro tiempo, en todo Occidente, ya que, a diferencia de la mujer, todo hombre experimenta un fallo profesional como repercusión en el falo. De ahí, luego, la impotencia, la inseguridad o la eyaculación prematura.

Lo primero, para irse a la cama con una mujer, es la satisfacción del trabajo profesional realizado durante la jornada.

Murió María Teresa Mestre, esposa del industrial Enrique Salomó. La mujer, en estos casos de la crónica negra, vuelve a ser la criatura sacrificial de que ya hemos hablado anteriormente. Es la mujer *valorada* como un bien del hombre, y *tasada* al máximo por el crimen. Lo que más y mejor *tasa* a una mujer es matarla. Inmediatamente se pone en marcha el proceso de autobeatificación de la *santa* —¿de la virgen?— que toda mujer lleva dentro, latente, desde tiempos prehistóricos.

Angel Emilio Mayayo, el presunto asesino de Teresa Mestre, no se sabe si actuó solo o ayudado por un cómplice. Esto es importante a efectos penales, claro, pero a nosotros nos interesa a efectos *sexuales*, diríamos. Matar una mujer a solas es casi como hacer el amor con ella, hasta el límite. Matarla en complicidad con otros no es más que una vulgar conspiración. Por el mismo motivo que hacer el amor a solas, con una mujer, es *hacer el amor*, y hacerlo en una orgía colectiva es poco más o poco menos que masturbarse o hacer gimnasia.

La soledad hombre/mujer es tan inquietante en el crimen como en el sexo. El falo falible, se hace infalible matando, mediante cuchillo o pistola. Armas que son el falo *infalible* del hombre, siempre amenazado de falibilidad. Matar a una mujer indefensa, ayudado de otro, es como tener que avisar al ayuda de cámara para que remate el orgasmo de la lady. Mayayo asegura que asesinó a Teresa el mismo día de su desaparición. El forense le contradice. Siguiendo el paralelismo con un rapto sexual (rapto en los dos sentidos de la palabra: robo y arrebató), Mayayo parece vanagloriarse de una *penetración* inmediata. No soporta la idea forense de haber convivido con la víctima *sin matarla*.

El falo falible es la angustia secreta de casi todos los hombres y lo que les lleva a corroborarse mediante *falos infalibles*: el cuchillo, la pistola, el talonario de cheques, la moto, el automóvil, la pluma o el pincel (estos últimos cuando, por la obra hecha, alcanzan «infalibilidad»).

No es posible matar a una mujer sin que reste del hecho una suerte de experiencia erótica. El que crimen y violación (por este orden o a la inversa) vayan unidos en muchos casos, es lo que menos debe importarnos al respecto.

Lo que nos importa es el crimen como metáfora de la violación. La violación como metáfora del crimen. Lo otro, las dos cosas a la vez, es redundante, y, por lo tanto, vulgar.

Quizá sólo haya un crimen, un asesinato de mujer sin connotaciones sexuales, en la Historia: el de Raskolnikov. Pero el asesinato de viejas, tan frecuente en la crónica negra, no es sino el revés del sacrificio de vírgenes. En la India, como sabemos, la viuda estaba obligada, hasta hace poco, a arrojarse *voluntariamente* en la pira funeraria del marido.

Del crimen como violación y de la violación como crimen (hechos de paralelismo tan obvio), nace una imagen poética que no tiene realidad más que en nuestra imaginación, y que por eso es *poética*. Como la «rosa de sangre» de los poetas, que no es ya una herida en un cuerpo ni una flor color sangre, sino un nuevo objeto poético: poético por mental, por imposible, por meramente asociativo.

El falo, cuando se manifiesta falible por primera vez, da lugar al desencadenamiento de una serie de mecanismos de defensa, por parte del hombre, y de esos mecanismos nacen las armas, las conductas agresivas, la competitividad industrial y hasta deportiva. El falo falible supone una escisión más en el hombre: la divergencia entre deseo y órgano. Eso no se da en los animales. Se ha escrito mucho que el erotismo es una creación cultural.

El *gatillazo* también es una creación cultural.

Dice Max Frisch que «los cuerpos son honrados» y dice Anthony Burgess que «el perro es sincero». El cuerpo es asno o jaca que no siempre responde a las fantasías de la mente. La mente sabe engañarse a sí misma. La mente *nunca es honrada*. La mente vive de mentirse. Pero los cuerpos —todavía— son honrados en cierta medida, y no siempre se prestan al engaño. O nunca. Un deseo *mental* no siempre es un *deseo* para el cuerpo. También la carne fantasea, claro, y a veces por su cuenta (luego hablaremos del falo fantástico), pero no siempre responde la carne, el falo/fábula, a las fabulaciones y *cerebraciones* más o menos inconscientes.

El perro es sincero, como mis gatos, como todos los animales. Dice Neruda de los

animales que «fornican directamente». Este *directamente*, quizá, es lo que hace su falo infalible (aunque muy pocas hembras de muy pocas especies animales, por el contrario, llegan al orgasmo). Incluso los animales con leyenda de astutos o crueles, son *sinceros*, naturales, directos en su astucia o su crueldad, como es obvio. Si el hombre no hubiese perdido la *sinceridad* del perro, no se vería afligido de un falo falible. Somos falibles, en el sexo y en la vida, porque somos insinceros: sobre todo, insinceros con nosotros mismos. El cerebro le miente al falo, por defecto o por exceso. A esa mentira *por exceso*, con el consiguiente fracaso del falo, es a lo que llamamos, como acabo de escribir, «gatillazo». Es a lo que Stendhal, en *Del amor*, llama «fiasco». Teresa Mestre murió a consecuencia de un falo falible, aunque los móviles exponenciales fueran psicológicos u otros. Teresa Mestre fue víctima de un falo falible. Rosa Keller, también. El falo falible que mató a Rosa Keller derramándole cera ardiente en las llagas del cuerpo (tantos sexos como llagas, tantas llagas como sexos) se llamaba Donato Alfonso Francisco, marqués de Sade.

10. EL FALO FANTÁSTICO

Los tiburones navegan emparejados, en cópula de meses, por los mares, y este emparejamiento largo y deslizante es la mejor y mayor imagen que nos ofrece la naturaleza en cuanto a copulaciones fantásticas (también está el amor de las ballenas, claro).

La cultura ha producido muchas fantasías sexuales, muchas fantasías fálicas, pero uno entiende, por falo fantástico, antes que aquél que ha sido objeto de fantasía, este otro que fantasea por sí mismo, y que suele ser ni más ni menos que —ay lo siento— el falo cotidiano.

Nuestras fantasías sexuales son, más o menos, nuestros sueños diurnos, para los psicoanalistas. Pero Shakespeare dijo de una vez para siempre, a la inversa, que «estamos hechos de la materia de nuestros sueños». Esto quiere decir, en cierta medida, que nuestros sueños son *materiales*, tan materiales que con frecuencia se desenlazan en orgasmo. Tarzán, en las novelas de Edgar Rice, no consigue distinguir la realidad del sueño, hasta el punto de que llega a dejarse comer, o casi, por un león, suponiendo que sueña. No hemos progresado mucho respecto de Tarzán.

Quiero decir, en fin, que lo inquietante del falo fantástico o fantaseante no es que nos proporcione mujeres de sueño en la vigilia (casi siempre muy identificables en una vecina o una meretriz habitual), sino que hace un sueño de cada cópula con mujer real, con vecina o meretriz real —«la mejor musa es la de carne y hueso», dijo el poeta—, por defecto o por exceso.

Por dispersión sexual del macho, en fin.

Hay un ejemplo habitual, costumbrista y nauseabundo: el marido que monta a su santa esposa a oscuras, o con los ojos cerrados, pensando en Bo Derek, a la que acaban de ver juntos en el cine de los sábados. Pero hay algo menos banal que todo eso: la cópula perfecta, ideal, lograda, con la muchacha elegida, cópula que, sin embargo, nos deja algo así como la nostalgia de otra cópula más feliz, en el pasado o en el futuro, en un futuro/pasado sin determinar.

Juan Ramón Jiménez lo dijo en un verso en punta:

Nostalgia aguda, infinita, de lo que tengo.

Insatisfacción radical, esencial, del hombre/falo. No hay que confundir esta insatisfacción, este sueño de oro, ni con ningún «fallo técnico», por una parte, ni con ningún platonismo, por otra. Es, sencillamente, que, como hemos dicho en el capítulo anterior, la carne fantasea por su cuenta, a veces, independizada de la fantasía mental. Y no hablo de picnics carnales o rubensianos (ni siquiera rubenianos), sino que puedo ilustrarlo con otros versos del *espiritualísimo* Juan Ramón:

*La carne, en otoño, dice,
transparente, que no había
más en ella, que ella puede
ser el más que ella se quita.*

Difícil encontrar en la poesía universal una mayor estilización de la carne a costa de sí misma, una mayor *espiritualización* del cuerpo. Una espiritualización que para nada recurre al llamado espíritu, y de ahí su modernidad. La carne, ya sin más reservas ni deseo, dice y decide hacer un último esfuerzo, un último alarde —¿en bien de qué, de quién: de sí misma?— y «ser el *más* que ella se quita». Juan Ramón, poeta místico/erótico, explica bien, en estos versos tardíos, ese afán de la carne por su *masallá* (Juan Ramón también lo habría escrito todo junto).

Un más allá que no tiene nada que ver con la espiritualidad, con la espiritualización del sexo ni con la erotización del espíritu. Es la carne, el deseo, la lujuria, la libido, queriendo llegar más allá de sí misma por sus propias fuerzas.

A esto es a lo que, con cierta pobreza, llamo «falo fantástico». A unas fantasías sexuales que no suponen «orgía», sino armonía. Identidad de la carne consigo misma.

Bienestar. Esto tampoco tiene nada que ver con el «orgasmo simultáneo» que, en tiempos, propugnaron para la pareja los científicos europeos, empezando por nuestro doctor Marañón, y que suponía un último misticismo del sexo: acordar el placer sexual con la coincidencia de los astros.

Falo fantástico es el falo fantaseante. Los tiburones humanos, en una larga y suave cópula, deslizándose entre las dos aguas del tiempo, indefinidamente.

Los más exagerados lo han llamado *amor*.

11. EL FALO UNÁNIME

Nos hemos referido en el capítulo anterior a aquellos primeros tiempos de la cultura sexual en que los físicos y organicistas propugnaban el orgasmo unánime, el orgasmo simultáneo de la pareja como plenitud y perfección.

Era el último intento religioso de la religión —cualquier religión: religiosa o científica— por redimir al «monstruo de dos espaldas», a «la bestia rosa». Parece que la pareja unida en un *sublime-transporte* ascendía a no sé qué cielos, se redimía a sí misma de lo puramente zoológico. El orgasmo simultáneo venía a ser algo así como la Comunión de los Santos. Y naturalmente que el orgasmo simultáneo es bueno, pero, contando científicamente con la irregularidad humana, como ideal erótico, ya que la mayoría no lo van a conseguir.

Es un ideal *religioso*, ya digo, como todo proyecto que pretenda recordar de alguna forma *la-armonía-de-las-esferas*. Según ambos Ellis, la tragedia sexual norteamericana (y de la mujer civilizada en general), está en la frigidez. La frigidez se resuelve siempre, naturalmente, con paciencia, dedicación y sabiduría. La mujer tiene que tener un orgasmo, o muchos, unánimes o no con los del macho. Por afán platónico de unanimidad, se frustran muchos orgasmos en gloriosa precariedad. El falo *unánime* (que quiere serlo, en su eyaculación, respecto del orgasmo femenino) es un falo pretencioso, condenado al fracaso, ya que la mujer frígida responderá mucho más tarde, y la mujer lábil (de orgasmo fácil y múltiple) responderá constantemente, al margen de la pobre provocación masculina.

EMPIEZA CORRIENDO

Este slogan, naturalmente, tomado de la publicidad diaria y referido a otra cosa, contiene una riqueza subliminal, deliberada.

Hay que empezar «corriéndose». Pero la mujer, en un setenta por ciento estadístico, cuando menos, *tarda en correrse*. Mal consejo para los machos, empezar *corriéndose*. El hombre, después de que se ha *corrido*, a lo mejor se duerme. Y mal consejo para las hembras, porque sólo un diez o quince por ciento de privilegiadas se *corre* ya en los primeros trancos del amor.

Quede esto claro: en la fiesta del orgasmo, el orgasmo es lo único que no importa. Importa la autodroga sexual, libidinal, que puede perfumar una existencia, o una noche, pero el orgasmo es fugaz y defectivo.

Si alguien no lo tiene, durante la orgía, lo remediará con la masturbación, porque, como ya viera Quevedo en el XVII (y se ha citado en este eruditísimo tratado), media humanidad vive «amancebada con su mano».

Lo que importa, en la fiesta orgásmica (y por aquí volvemos, curiosamente, a las «buenas maneras» versallescas), es *la conducta*.

La conducta del falo, claro.

El falo unánime, o con aspiraciones de tal, es un falo que se cree un cisne rubeniano y quiere cantar al mismo tiempo que él muere y la hembra grita. El falo *posmoderno*, civilizado, experimentado, espera como la espada del matador, embozado en lo rojo de la sangre que llena sus cuerpos cavernosos, como en lo rojo del capote, para actuar triunfalmente ya sobre seguro, como un fin de fiesta que la hembra no se esperaba.

Es la única manera de quedar «a tope».

El falo unánime sólo lo recomiendan los curas y algunos médicos sacerdotales que son, naturalmente, otra clase de curas.

Quiere decirse que la fiesta sexual (de dos, preferentemente, ojo), es una fiesta libre, irregular, «con la alegre irregularidad de la vida», natural y sabia al mismo tiempo, donde cada uno, el hombre y la mujer, llegan a deslizarse hasta los límites de sí mismos, descubriendo, a su vez, que esos límites también son *deslizantes*.

12. EL FALO AZAROSO

EL PAIS, viernes 20 y sábado 21 de abril de 1984

La belleza convulsa

Lo que viene, sin remedio, es el *prêt-à-porter*, en París como en Madrid. Hay un retorno sensacional del pantalón femenino, ancho o estrecho, y una vuelta del terciopelo y los zapatos planos. La moda es una *belleza convulsa* en cuanto que cambiante y pendiente del gusto, la oportunidad y la economía de los tiempos. ¿Y la antimoda?

La antimoda

FRANCISCO UMBRAL

La moda, no lo olvidemos, la democratizaron Cardin y Chanel. El español Balenciaga fue el último fastuoso de la gran moda. El *prêt-à-porter*, lo que está presto para llevar, es el eco último y acordado de la Revolución Francesa. Los paños y entrepaños acallan un poco la verdad, casi dos siglos más tarde la moda se ha democratizado, y todas las mujeres, no sólo no van a la moda, sino que *pasan de moda*.

El pantalón femenino vuelve con desdenes orientalistas, ancho, bajo una fúmica de lo mismo. La democratización natural de los tiempos; ampero, hace que triunfe el tejido ceñido, barato y practicable. El pantalón oriental es para una vez al año. Si es cierto que incluso la firma Dior impone ropas amplias para la mujer, pero esto, que tiende a difuminarla como individualidad, no conseguirá abolirla como clase, como estamento vindicativo / reivindicativo.

La mujer, hoy, se viste como le da la gana

La vuelta del terciopelo si supone un gran retorno a la condición felina de la mujer —¿cuántos gatos latentes en una cazadora de terciopelo?—, y los zapitos planos son una moda selectiva, porque no se trata de ser alta o baja, sino de estar proporcionada; la proporción es siempre más armónica que la armonía. Sólo la mujer físicamente descompensada (sobrada o sobrada por alguna parte) tiene estéricamente prohibido el zapato bajo. La moda es una "belleza convulsa", no sólo porque está sometida a todos los cambios y variaciones del tiempo, la economía y la historia, sino por-
se hace

co por su parte más inocua, por la vestimenta. Algo así como un Moscú afrancesado.

Esto, en cualquier psicoanálisis de multitudes, nos da el rechazo / atracción de lo soviético por la sociedades occidentales. (El fenómeno se produce igualmente en dirección contraria). Grandes chaquetones en rojo o azul. Medias negras. Sobriedad convencional. Uno se asusta un poco, porque así fue la moda de los treinta, cuando nacían los fascismos en Europa. Y ahora estamos en pleno ensayo general, con todo de una guerra planetaria, mientras que Anthony Burgess anuncia la aparición del planeta Lince, *maléfico*, que chocará con el nuestro, destruyéndolo, en su último libro, *Fín de las solitudes del mundo*, que es una frase, dada la vuelta, con que la BBC termina diariamente sus informaciones internacionales.

Contra esta moda tradicional / convencional, que quiere arropar sus convulsiones en la solemnidad ritual de los grandes desfiles, con estrellas invitadas como Lauren Bacall o Michèle Morgan, hay colores populares que atraviesan el cielo, estilos marciales para tierra adentro, o para las vacaciones estivales, rayas, barras, color cielo intenso y color cielo pálido, color claro día y color noche roja, pantalones desenfundados / desenfundados. La moda se responde a sí misma, en esta primavera, con vistas al verano. Oferta / contraoferta. Dior es más caro, pero un modelo popular vende más, muchos millones más de piezas.

El lanzamiento de una moda equivale a unas elecciones generales. Y resulta que el voto masivo, el voto útil de la moda, es el más verdadero, llevadero y costumbriero. La gente quiere ir como la gente. Cortas que no responden a ninguna manera de llevar la guerra, guerritos marciales, ribes perdidos sin collar dentro de sus inmensos buches, tuzinetas de futbolista, pantalones que se atan con un trenzado sobre la rubadilla femenina, ancladoras cortas, nikys de rayas, guantes blancos, escrupulosos, completando un conjunto vacuero. La convulsión de la moda y sus bellezas está en guerra de trapos establos todos los años; todas las veces, entre la moda ficticia para mostrar para nada, que al final y al año, entre los grandes

de la tierra, si es que los grandes de la tierra se dignan invitarle a uno una vez al año. La moda, la manera que tiene la gente de vestirse a su aire, la *antimoda*, es lo que más pone de relieve, antes o después de los conflictos sociales, la voluntad libre y consciente del personal, que ha estado ya en el palmetismo de lo maravilloso y así que el pueblo desvestido jamás será más. Se lo hacen como le da la gana.

La belleza convulsa de la moda todavía nos influye a unos cuantos. Pero la convulsión secreta de los tiempos está en la antimoda, en si

se casta cual a su aire y su camiseta, ahora que viene el buen tiempo. Cada hombre, un voto, y cada mujer, una moda, que es otra manera de votar. Cada una se pone lo que le da la gana —el suéter del hermano mayor, los malditos de la hermana pequeña— y así se lo hacen y se lo muestran. Eso es creatividad. Eso es libertad. Eso es libertad. Todo gran desfile de modas (por esta época hay muchos) acaba ya como un poco arqueológico. La gente ha aprendido a vestirse / desvestirse a su aire y a su gusto / mal gusto. Todo esto tiene una colación de libertad.

Esta crónica mía, que doy así, fragmentada, incompleta y rota, sobre la moda, me parece que recoge, a nivel de trapos, todo lo que quiero decir. La moda no es sino un rito pre/sexual, y la *antimoda* también. La chica que se viste *antimoda* está estableciendo, entre ella y el hombre, un contra/ritual.

El caso es no entregarse en seguida, o entregarse *demasiado* rápidamente. Ambas conductas son la misma, ya que ambas contradicen el sueño religioso y platónico del falo unánime. La mujer suele estar persuadida de que el hombre disfruta de una

palanca que puede funcionar en cualquier momento. El que la palanca no funcione o funcione sin resultados para ella, no es sino un incidente a anotar a favor de la superioridad femenina.

La antimoda, como el antisexo, hay que vivirlos en respuesta a la convencionalidad *progre* de los orgasmos liberados y los trapos contestatarios. Sólo una experiencia sexual profunda y un gusto por lo bello que ha llegado a ser *disgusto*, pueden hacernos renunciar al «falo unánime» y a la *antimoda* radical. Se *contesta* mejor con una túnica negra que con unos trapos que son caricatura de los trapos caros y lujosos. Se vive la sexualidad *azarosa*, siempre recompensada, mejor que la sexualidad de los libros, por muy postmodernos que sean los libros.

El falo unánime es un cisne que no existe y que, si existiese, habría que castrarlo. La unanimidad es otra forma —la más *sublime*— de la alienación.

13. EL FALO DELINCUENTE

ALFRED HITCHCOCK **presenta en pags. 96-97,** **LA OTRA MUJER** **un apasionante** **relato de suspense**

Eva Braun se queja, en sus *Diarios*, de que Hitler sólo la utiliza para el sexo. AH, el maestro del suspense, raramente mete amor, sexo, falo, en sus filmes. Aquí damos la presentación (publicitaria) de un relato, por una revista (mucho después de muerto), con el aval de AH. El falo delincuente es el que delinque contra la mujer, claro, y no como *falo falible*, sobre el que ya hemos reflexionado, sino como falo criminoso.

La musa de AH es una mujer fría/frígida, Grace Kelly. Cuando en alguna ocasión —*De entre los muertos*—, utiliza una mujer más cálida, como Kim Novak, la *enfría* mediante la ausencia y la muerte.

Hitler no ha encontrado un sitio para la mujer en su proyecto planetario. Eva Braun sólo le sirve para sus desahogos de ciclán (el que tiene un solo testículo, en castellano). AH opera, a lo largo de su poderosa obra cinematográfica, una sustitución del sexo por el terror. Una sustitución de la excitación sexual por la excitación mortal (suspense). Una sustitución del orgasmo por el crimen.

Sabemos, desde el psicoanálisis (y sobre todo ahora, cuando ya hemos olvidado el psicoanálisis), que el instinto de vida y el instinto de muerte, Eros y Tánatos, chocan entre sí. Hasta se dice que Freud quiso vencer su cáncer de mandíbula reerotizando su vida de hombre maduro.

Si estos instintos son opuestos, quiere decirse que son el mismo instinto. La anciana inválida de AH que oye aproximarse los pasos masculinos, pesados y sutiles, ominosos, en la escalera, vive una expectación de sangre sólo comparable, quizá, con la misma expectación de sangre que vivió de doncella, cuando sus bodas o antes.

El falo delincuente no es sólo el *falo del delincuente* (entonces no valdría la pena ocuparse de él), sino el falo que delinque porque se convierte en ganzúa o puñal, porque sustituye el estremecimiento de la inminencia sexual por el estremecimiento de la inminencia mortal.

Y esta sustitución, claro, no es inocente.

AH (Adolfo Hitler) viola más a Eva Braun con el terror que con el falo. Se trata, en todo caso, de un falo delincuente. El otro AH, el gordo del cine, es un hombre que, somáticamente, no parece muy vocado al sexo (véase al respecto el interesante libro de Truffaut sobre él). Asimismo, quiere hacer un cine «para todos los públicos», meter mucha gente en las salas, ganar mucho dinero, y sabe que la sexualidad y la censura estorban todo eso.

Bajo la fascinación de tantas mujeres asesinadas (y hombres), lo que hay en AH es un falo *delincuente* por manipulado, un falo representado por una pistola vicaria. La víctima, aunque sea masculina, es siempre un poco *la mujer*, en esa cópula que supone el crimen. Ya decía Baudelaire que el acto sexual «tiene algo de operación quirúrgica». Baudelaire ve el acto sexual con su objetividad hostil de impotente.

La gran manipulación del terror es sustituir el instinto de vida por el instinto de muerte. Los grandes manipuladores de la guerra (Hitler, que tenía aterrorizada a Eva Braun), son los que han operado sobre el subconsciente colectivo (Jung: prefascista), hasta

trocar un instinto por el otro, hasta convertir la insatisfacción sexual en una necesidad de satisfacción por la sangre.

Esto, con toda su ironía, con toda su elegancia, con toda su inteligencia, es lo que hace AH en sus películas. Educar a la humanidad en la voluptuosidad de la muerte, evitando que se eduque en la voluptuosidad de lo voluptuoso. Me parece nocivo, AH, como todos los apóstoles de la muerte. Sabía lo que hacía, AH, eligiendo como musa de sus filmes a Grace Kelly. Empalidecía el sexo, lo encarnaba en una frígida desencarnada, a quien Elsa Maxwell llamó «capitana de la brigada de los bustos lisos».

El sexo no es nada. La muerte lo es todo. Una cultura que tópicamente llamaríamos medieval, si no supiéramos ya que la Edad Media fue una cosa entre Rabelais y Boccaccio. Un falo delincuente/ausente que sólo se manifiesta como cuchillo o pistola.

Falo delincuente (lo que vulgarmente se ha llamado «machismo») es el que prefiere asustar y dominar a fascinar. Es el de AH. El de los dos mortíferos AH de nuestro siglo.

14. LOS VAMPIRISMOS DEL FALO

El niño, ya queda dicho al principio de este libro, tiene una primera experiencia del falo como falo ausente o falo sin filo. Cuando cobra conciencia de su falo, conciencia efectiva o defectiva, su falo comienza a vampirizarle.

Vive pendiente de su falo. Hace presente, con el pensamiento, su falo ausente (aún inútil o inexperto), su falo sin filo. Encuentra, por otra parte, que el falo está *ausente* de la sociedad, que es aquello de lo que nunca se habla, incluso en los temas que más le atañen: el nacimiento de un niño, por ejemplo, como si la madre hubiese autoengendrado.

La ausencia social del falo lleva al niño a avergonzarse del suyo, tan presente en él, en su intimidad, o en la de sus primeros amigos. El falo le vampiriza, como falo infantil, en cuanto hay que *pensarle* constantemente, por miedo a perderle. Y en cuanto que, cuando se deja de pensarle, de recrearle con la memoria inmediata, es el propio falo, o uno ajeno (el solo juguete de los niños) el que se impone a otros pensamientos y a otras realidades. Falo sin filo, mellado de pensamiento, los vampirismos del falo no cesan con la infancia, naturalmente.

Entre la adolescencia y la pubertad, el falo se torna icónico, y no sólo por las nociones religiosas —celestiales e infernales— que de él vamos teniendo, sino por la iconografía laica, o directamente obscena, con que preside nuestras vidas.

El falo icónico nos vampiriza como icono del diablo, como imagen de la culpa. Sólo las primeras lecturas prohibidas, malditas (malditas por sí mismas o simplemente por prohibidas) nos reconcilian con nuestro falo. Decía el poeta que al adolescente sólo le forman los libros que lee a escondidas, «subido en la copa de los árboles». Es cuando el adolescente ha llegado al falo/Baudelaire, aun cuando entre sus autores no llegue a figurar Baudelaire jamás.

Estas lecturas secretas, prohibidas, malditas, en uno o en todos los sentidos de la expresión, resultan las más edificantes durante los *ensayos de pubertad*, ya que sólo ellas reconcilian al joven lector con su falo.

Sólo ellas hacen presente, con la presencia decisiva de lo tipográfico, el falo socialmente ausente. Por estas lecturas, al margen de su calidad literaria, nos reconciamos, ya digo, con nuestro falo. Contra la idea general de derecha/izquierda de que se trata de lecturas nocivas, son las únicas lecturas que nos libran de los vampirismos del falo, ya que nos evitan *pensar* el falo a todas horas (basta con *leerlo*), y borran la noción confusa de falo ausente, pues que la escritura y la imprenta son instituciones suficientemente añosas y respetables como para garantizarnos la realidad del falo. Y su legitimidad.

El falo nos vampiriza, asimismo, porque es vampírico, porque actúa de noche y la noche es el ámbito de los vampiros. Masturbaciones y poluciones nocturnas.

Sobre todo las poluciones durante el sueño, que tienen el carácter de una posesión vampírica y que luego nos dejan como perdidos y culpables en el centro de una ausencia.

Incluso el sueño erótico previo a la polución puede emparentarse (un poco banalmente) con el carácter onírico del cine en general y del cine de vampiros en particular. No la muchacha de nuestros sueños, sino Drácula es quien ha estado entre nosotros.

En todo caso, el falo/Baudelaire vampiriza al adolescente en sentido positivo, por cuanto le lanza a la vida como armado ya con una daga secreta, le provee de falo con filo. Es cuando el falo se vuelve fálico, absoluto y absorbente. El macho queda vampirizado de otro modo.

Nuevas caídas, sermones y moradas. Del falo/Baudelaire (maldito, pero confortativo), se pasa, por las lecturas (siquiera sea por la *lectura* involuntaria del mundo), al falo lírico, al falo/fábula, a experimentar el propio falo como un lirio de agua o el fruto de un magnolio. Falo metafórico del que tenemos conciencia, sobre todo, por los poetas y las

mujeres. La primera novia, la primera amante, la primera puta, nos transmiten la experiencia femenina del falo, que es la que no habíamos tenido nunca, o que viene a emparentarse blandamente con la experiencia primerísima del falo del bebé, atendido por mujeres.

El propio falo, visto ahora a través de una mujer, es ya otro falo, es ya *otra cosa*. Nos ha crecido el falo/fábula, el falo metafórico, el falo que transforma el mundo o, más eficazmente, nos transforma a nosotros. La varita mágica de los cuentos es, claro, una cosa fálica.

El falo/felino tiene mucho que ver con los vampirismos del falo. Frente a la felinidad ya tónica de la mujer, el hombre no tiene otra felinidad que la de su falo. En posesión, por fin, de un falo que ya no hay que pensar constantemente, para que *exista*, el hombre es él y su falo, y entonces es cuando, por un proceso positivo o defectivo, según los casos, el hombre llega al multifalo, siente multiplicarse su falo, que es el icono repleto de sus victorias y sus fracasos interiores. Por presencia o por ausencia, el falo *está/no está* en todo lo que el hombre *hace/nohace*.

Uno ha llegado a la fase multifálica. Uno quisiera ser muy fálico en todo o encuentra que no es fálico en nada. Viene a ser lo mismo. El falo falible lleva, como hemos visto, a las múltiples suplencias del falo. Sea como fuere, con la plenitud del falo viene la insatisfacción del falo (*falo* vale aquí por *hombre*, y a la inversa, obviamente). La insatisfacción, cosa *mentale*, transfigura otra vez el falo, y ahora como falo fantástico, fantaseante. La nostalgia de una mujer de oro nunca penetrada. ¿Es una fantasía del falo o una fantasía de la fantasía? Nunca lo sabremos.

Contra las fantasías del falo fantástico, las concreciones «morales» del falo unánime, tan predicadas como en su momento hemos dicho. El falo unánime quiere ser el arco que haga sonar el instrumento musical que es la mujer.

Una cosa entre filarmónica y piadosa. El unanimismo sexual es saludable, ya está dicho, pero tampoco se debe torturar a las parejas proponiéndoles como finalidad cerrada el orgasmo unánime. Entre otras cosas, porque esta proposición casi siempre es *conservadora*: tiende a hacer del orgasmo común algo así como la Comunión de los Santos, ya lo hemos anotado.

Y tiende, sobre todo, a limitar la libertad sexual, el juego de la pareja, las variantes y las improvisaciones. El orgasmo unánime es una invariante, como proyecto utópico u óptimo, que limita la riqueza erótica en favor de un pseudoplatonismo mal formulado, encima.

Sólo la madurez, digamos (y a cada cual le llega su madurez cuando él se la gana) es la edad del falo azaroso, como algo que oponer al falo unánime. El falo es siempre azaroso, claro, dada la labilidad felina de su conducta, pero sólo cabe hablar de falo azaroso cuando el hombre se ha abandonado al azar de su vida, al azar de su falo, cuando ha dejado de considerar su cuerpo —su falo— como algo ajeno, distante y distinto. Es el ideal de Salvador Pániker, que nos lo tiene dicho muchas veces:

—Quiero no ser distinto de mi cuerpo. Quiero no tenerle miedo a mi cuerpo y sus enfermedades.

No tenerle miedo al falo y sus azares, le faltó decir.

¿Es esto —el abandono al devenir— una enseñanza de la filosofía oriental? Heráclito, padre de Occidente, dice que nadie se baña dos veces en el mismo río. Identifica el azar de los hombres con el azar de los ríos. El poeta catalán Pere Gimferrer dice que «el agua siempre tiene algo de recuerdo». Resulta excesivo, pues, concederles la filosofía del azar a los pensadores orientales. Aunque los occidentales, es cierto, han pecado mucho en nombre de la *necesidad*.

El falo azaroso puede dar, claro, en falo delincuente. ¿Por qué, cuándo y cómo delinque el falo? Precisamente cuando se le omite —Hitchcock—, cuando se sustituye el vértigo sexual por el vértigo criminal. (Los exhibidores españoles llamaron *Vértigo* a

la película de AH *De entre los muertos*, con Cary Grant y Kim Novak: acertaron, en su tosquedad, poéticamente.) Nada más fácil, en una manipulación del infrahombre, que cambiarle los impulsos de vida por los impulsos de muerte (es lo que hacen todos los fascismos). Es lo que hacía, bondadosamente, el obeso AH. El gran teleobjetivo de James Stewart en *La ventana indiscreta* es el falo gigante y ortopédico de un lisiado.

15. EL FALO/DRÁCULA

Drácula es un poco pendón.

Olvido Alaska

Después de haber repasado someramente los vampirismos del falo (que generalmente son autovampirismos, como se ha visto), no hay sino divagar un poco sobre el falo/Drácula, que no es ya el falo vampírico/genérico, sino el falo concreto de un señor concreto —un vampiro famoso—, o la conducta vampírica, en el sentido estricto de la expresión, de un falo. «Drácula es un poco pendón», dice Olvido Alaska, la musa de la movida madrileña. Efectivamente, el señor que sale todas las noches, de frac o de smoking, a la busca de señoritas solitarias y tiernas, para chuparles la sangre, es lo más parecido al «seductor protervo» de los folletines o, sencillamente, a Don Juan.

Es tan obvia la sustitución de la ceremonia sexual por la ceremonia vampírica, en los episodios de Drácula, que apenas admite glosa. Habría que glosar, en cambio, lo que todo violador o fornicador «profesional» tiene de Drácula en cuanto que, como el vampiro dandy y famoso, prefiere gustar de la mujer por otros conductos que no son los ortodoxamente sexuales.

En eso sí que somos todos un poco Drácula.

El draculismo, claro, es una larga tarea, como dijera Sartre del ateísmo. Sólo cuando uno ha llegado a la saciedad insaciable de la mujer, comienza a ensayar otras formas de posesión —o simple *degustación* (y perdón por la comercialidad de la palabra, que es deliberada)— del cuerpo femenino.

Se supone, aunque no se haya dicho nunca (a mí no me consta) que Drácula fue en vida un caballero galante, un elegante seductor. Drácula, de muerto (un muerto es, por definición, un *falo ausente*,) ha de recurrir a otras artes para seguir disfrutando de las señoritas.

Les chupa la sangre.

En el sadomasoquismo, claro, está previsto todo esto, y a la inversa. La única novedad es que el caballero que despieza jovencitas es un muerto. Novedad relativa, ya que en las depravaciones tradicionales (hay una tradición del mal, muy honorable, faltaría más), la muerta es generalmente la jovencita (profanación de cadáveres, que hemos sugerido en el caso de la señora Salomó), y, en el caso Drácula, el muerto es el que actúa y la vida la que se está quieta (de terror).

Drácula nos ofrece, por una parte, el comercio carnal vivos/muertos, cosa que nos había ofrecido Gilles de Rais muchos siglos antes. Drácula nos ofrece por otra parte, la degustación no penetrativa de las señoritas.

También Onán se le había adelantado en esto. El comercio vivos/muertos está en el antiguo Egipto y los despiezadores y embalsamadores que fornicaban con los jóvenes cadáveres de las muchachas recién muertas que les llegaban al depósito. Un tema bárbaro/romántico que, efectivamente, recoge el Romanticismo: hay un cuento de Guy de Maupassant en que una muchacha de la nobleza, fornicando con su joven amante, hijo de un servidor de la casa, descubre que el chico ha muerto durante la cópula, golpeado involuntariamente contra un hierro de la cama. Pero la erección del muerto se mantiene, pues que, como dijera Lenin, «los hechos son testarudos». Y la bella y pura muchacha decide consumir la cópula, hasta conseguir su orgasmo, siquiera sea a costa del falo de un muerto.

Es Drácula al revés.

Si la necrofilia es infrecuente, no lo es, en cambio, el afán, *puro Drácula*, de obtener otros placeres gustativos de la mujer, y esto viene dado por la distancia/desgarramiento, que ya hemos estudiado aquí, entre el sexo y la boca, en el animal humano, como consecuencia de su posición vertical.

La sangre menstrual, la sangre criminal, los excrementos mayores y menores (en sí misma, la orina de la mujer es lírica: «por oírte orinar al fondo de la casa, como

derramando una miel dulce», dice Neruda), son degustaciones habituales del Drácula interior que todos llevamos bajo la gabardina.

El falo/Drácula es la situación/límite del falo ausente: el falo de un muerto. Pero he aquí que las prácticas gustativas, los erotismos orales de ese muerto son muy semejantes a los de los vivos. Incluso el erotismo del crimen.

Drácula somos nosotros.

Parece, por el anuncio de *Interviú* que damos en este capítulo, que hay una España incorrupta. Del brazo de santa Teresa a la leche de María Santísima. Pasando, añadiríamos nosotros, por el falo del arcángel san Gabriel que se guarda en alguna ermita nacional. Precisamente el catolicismo ha llevado a mayor sacralidad los signos y símbolos sexuales, bajo capa de santidad.

16. EL FALO SAGRADO

entreviu

- ¡Escándalo!
COMPRA-VENTA DE ORO ROBADO.
Red internacional de funcionarios, joyeros y fundidores.
50.000 millones de pesetas botín de un año.
- Masonería:
Desvelamos sus archivos secretos.
- Las fotos golfas de Joan Crawford.
- **La España Incorrupta.**
Del brazo de Santa Teresa a la leche de María Santísima.

Nº 415, del 25 de abril al 1 de mayo

La sangre de san Pantaleón, que se licúa todos los años, a fecha fija, en un convento madrileño, menos cuando mandan los rojos (es una sangre contestataria). El corazón de santa Gema Galgani, que motiva largas colas de personal en la calle Doctor Arce, de Madrid. El brazo de santa Teresa, que Franco llevaba en portafolios y que ahora descansa de haberle escrito tantos discursos, en un convento teresiano, que era lo lógico. La leche de María Santísima, que es una alusión erótico/maternal muy directa. En las religiones, no sólo el falo se vuelve sagrado, claro, sino también todas las vísceras sexuales o sentimentales de la mitología correspondiente.

La incorruptibilidad de un miembro humano, sea un miembro sexual o no, supone un culto de la carne, una involuntaria trampa que la religión se tiende a sí misma. La carne de los puros se salva, se vuelve incorrupta. Luego *la carne es lo que hay que glorificar*. ¿Qué valor tendrían estas piltrafas incorruptas si de verdad creyésemos en el alma?

Falos incorruptos hay pocos. El de Cristo en una ermita italiana y el de san Gabriel en una ermita española.

Parece como si el falo fuese especialmente corruptible. El falo, tan sensible a enfermedades venéreas, no ha sido consagrado en la medida que otras piltrafas de la anatomía divina. La sacralización del falo, como más o menos queda explicado en este libro, es de carácter laico, interior, y tiene una capilla en cada alma o cada vagina de mujer.

El brazo de santa Teresa, que ha escrito las páginas más eróticas de mil años de castellano, ha sobrevivido a la utilización ordenancista que Franco hizo de él. La leche de María Santísima tiene todo el dulce y cálido erotismo de la leche de mujer. Aquí habría que decir que la leche femenina de las lactancias es una respuesta dulce y mórbida a las violentas lechigadas masculinas de las eyaculaciones, pero sabemos —y me parece que he dejado constancia— que el semen es rico en nutrientes, para el que

lo almacena como para la que lo recibe —el riego espermático—, de modo que ambos sexos se enriquecen incluso somáticamente, uno al otro, como los gatos, lamiéndose, obtienen sustancias nutritivas de su propia piel o de la piel de su compañero o compañera.

La caricia lingual del gato es alimento al mismo tiempo que caricia, incluso cuando mi gata me lame una mano, y aquí se confirma una vez más, humildemente, un como economicismo sexual que rige las relaciones de todas las especies y que no nos impide —ay— soñar, pero nos contabiliza el sueño.

Los paganismos acertaron a sacralizar el falo mejor que el cristianismo. Dentro de una sociedad cristiana de dos mil años, la sacralización del falo es interior, secretamente icónica, femenina y, más que pagana, organicista y casi ecologista.

«El falo es bueno, el falo es bello.»

17. EL FALO NOCTURNO

La abogada del violador

Me he enterado de que Ana Milá justificaba su condición de abogada defensora del llamado *violador de Gracia* en razón del principio democrático de que todo delincuente tiene derecho a ser defendido, y sé que está sorprendida de que las feministas estén indignadas por ello cuando —según sus palabras— el ejercicio del derecho de defensa no puede constituir una cuestión de sexo. Soy la primera en defender el principio democrático del derecho a ser defendido, pero eso no tiene nada que ver con que algunos delitos —y algunos delincuentes— sean especialmen-

Fragmento de *Carta al Director*. La totalidad, inevitablemente, la firma Lidia Falcón. Si anteriormente hemos hablado del falo/Drácula, como falo *ausente*, entre otras cosas, ahora habría que hablar de otros falos nocturnos que nada tienen que ver con el de Drácula, pues que están y se hacen presentes.

Un suponer, el falo que defiende «la abogada del violador», en el fragmento de carta que antecede. Ana Milá ha defendido su condición de abogada del *violador de Gracia*, y a uno le parece que esto es el verdadero feminismo: no el feminismo fácil y demagógico de Lidia Falcón (que por cierto suele llevar las uñas verdes, como cualquier vampi tradicional/convencional), sino el feminismo *científico* de la profesional del Derecho que trata de comprender las necesidades y —lo que es más importante— las aberraciones de un violador nocturno.

El falo nocturno, a no ser que se trate del falo matrimonial, se da siempre por entendido que es un falo culpable, delincuente, de Drácula al violador de Gracia.

La abogada del violador parece que trató de entender las razones del ser humano en el ser *deshumano* del violador. Eso es humanismo salvador y no feminismo y machismo fanáticos. Lo que nos constriñe es el contexto, y sin el análisis del contexto, análisis marxista o no, nos quedamos en el reducto doméstico de Freud, que no traspone sus teorías del clan a la sociedad toda, por miedo de que se le desmoronen los edificios mentales y mítico/pequeñoburgueses.

Ana Milá sostiene —cuando escribo esto, el caso está en su apogeo—, que todo delincuente tiene derecho a ser defendido, pero la rama más violenta del feminismo piensa que el hombre, violador o no, no tiene derecho a nada.

Así no se hace justicia. Así sólo se hace demagogia y revuelta. Las feministas se le encampanaron a Ana Milá. Las feministas de profesión son unas racistas del nuevo racismo del sexo. Se entiende, se comprende y se ama a una sáfica no comprometida. La comprometida es eso antes que nada, y el amor se le seca en odio. Lidia Falcón, de cuya escasa prosa (escasa en calité, no en folios) tenemos prueba incluso excesiva, cree, más o menos, que al violador de Gracia habría que castrarle, siquiera simbólicamente, por mano de la justicia, si la justicia no fuese *machista*.

Así es la *donna*.

El falo nocturno (aparte las fantasías aristocratizantes de Drácula) es el falo indigente, el falo desesperado, el falo hambriento, el falo vindicativo. Culpable, por supuesto, y delincuente, pero habría que considerar en qué medida la mujer burguesa, la mujer proletaria cualificada (gracias a la actividad laboral del marido), la mujer de la jet/set, están proponiendo al mundo una oferta sexual continua e irritante/excitante, a través de la Prensa del corazón y de la vagina, a través de su mera presencia. Y la respuesta nocturna a esa provocación diurna son las violaciones de Gracia y de tantos sitios.

El falo nocturno, el falo noctámbulo, noctívago y nocherniego (que nada tiene que ver con el falo cónyuge, de erección/penetración fugaz antes del sueño: lo que Cernuda llamaba «el aguachirle matrimonial»), es un falo lumpen (luego hablaremos del falo/lumpen) que sale a vivir su aventura con desesperación y rencor.

Ignorar los apetitos y las razones de este falo nocturno es ignorar todo el contexto social y sociológico en bien de una mera reivindicación femenina que, como tal, se queda en pequeñoburguesa.

La oferta sexual femenina, digamos, en la calle, es casi superior a la demanda masculina; lo que pasa es que se queda en una *falsa oferta*, ya que esas muchachas de minifalda, camisa transparente que potencia la fascinación oscura de sus pezones, pantalón ceñido a los glúteos y pies desnudos, donde la única sandalia es la tira del tobillo, como en la moda de Adolfo Domínguez, esas muchachas, digo, salen ya a la calle con destinatario, y aquí viene bien, con perdón, el exabrupto del obrero que cava una zanja en el asfalto en agosto, y las ve pasar:

—Ya están empezando a jodernos las de las blusitas...

Es mucho más que un rasgo costumbrista.

Es la protesta sorda y no formulada del hombre que está constreñido, por la estructura social, a una sola mujer (ya fea y vieja) para toda su vida, mientras asiste de lejos a la girándula de las mujeres y los hombres, en las clases y castas inmediatamente superiores.

Lo menos que puede temerse de estos «falos nocturnos» es alguna violación de solar (que encima no suele ser cosa de ellos, sino de adolescentes aburridos). Lo natural sería que troceasen minuciosamente a la pequeñoburguesa que en mis tiempos, los chicos, llamábamos «calientapollas», y que luego la violasen trozo por trozo.

Quiero decir que no se puede pasear una oferta sexual, durante todo el día, en verano, por la ciudad, cuando la oferta es falsa y va dirigida a un personal muy sectorializado. El otro personal, el no seleccionado, no entiende la discriminación, o la entiende demasiado, y, entonces, el falo nocturno se toma su venganza, que ni siquiera es tal, sino mero desahogo para no enloquecer.

Lo que hay en el fondo de esto es una ignorancia, una deseducación sexual. La mujer no puede ni sabe calcular las reacciones del macho, no conoce la rapidez de su reacción erótica, que ella provoca con irritante ingenuidad. Lo que hay entre la adolescente de ropas inconsútiles y transparentes y el obrero que cava la zanja, es una profunda zanja social, antes que sexual, un sistema de castas, como en la India, contra el cual toma venganza el falo nocturno, cuando puede y como puede. Las actuaciones del falo violador y nocturno no nacen del lujo, ni siquiera de la lujuria, sino de la necesidad. Violada y violador son víctimas de un sistema que patrocina el sexo indiscriminadamente por dos razones espúreas: por vender y por fingir una felicidad global de la sociedad.

Se sabe que estas violaciones azarosas y casuales casi nunca engendran. Un motivo más para redimirlas. Como el alguacil alguacilado de los clásicos, como el regador regado del cine mudo, el violador nocturno resulta violado casi físicamente por un sistema agresivo, mercantil y vulgar que le utiliza involuntariamente como fuerza de choque.

El sexo está en la calle.
Eso vende.

18. EL FALO MUSEAL

Torsos masculinos, atléticos, con el falo perdido. Torsos de mármol que conservan la voluta del vello y la pesantez de los testículos, en el aire limpio del museo, pero han perdido el falo. Cuerpos esbeltos y mutilados.

Museo Arqueológico de Sevilla

UNA HISTORIA DE MUTILACIONES

Museo Arqueológico de Sevilla. Estatuas romanas a las que el cardenal Segura, en los cincuenta, arrancó el pene a escoplo, aunque el informador, finamente, en su día, dijera «a cincel». Ocho esculturas mutiladas por el obispo.

El gran fotógrafo Alberto Shommer hizo el descubrimiento. Y dejó testimonio gráfico. Luego se encontraría una caja conteniendo los «genitales», debidamente etiquetados, en el sótano del museo.

Por la perfección de las *exacciones*, se comprende en seguida que no han sido obra casual del tiempo, como la nariz rota de la diosa griega. Se ha hablado en este libro del falo ausente, poniendo, entre otros ejemplos, el de la escultura clásica que ha perdido su falo por rotura. Ahora se trata del falo museal y mutilado, que no es lo mismo, sino todo lo contrario. El falo museal, como todo lo museal, queda congelado por el contexto. Todo museo, incluidos Louvre y Prado, no es sino un inmenso frigorífico para la pintura, para el arte (y no me refiero, claro, a las condiciones ambientales). El falo museal sólo vuelve a ser *falo* cuando un obispo lo tala a escoplo.

Hemos hablado en el capítulo «El falo ausente» de falos y de dioses. Un dios, una diosa que han perdido el falo o la nariz estatuarios, a través del tiempo, vuelven a deificarse, precisamente, por esa rotura, por esa precariedad. Ya que no otra emoción, sí, nos hacen llegar la emoción arqueológica del tiempo, que les devuelve un poco de su palpitación humana y divina.

“
*Allí estaban los huecos
perfectamente geométricos que
había dejado en el mármol el
cincel, arma empleada para la
incomprensible mutilación.*
”

Luego, el clima museal cicatriza esas heridas y los huecos, las ausencias, vuelven a formar parte de la *sacralidad* de la cultura. Otra vez el falo ausente.

En el caso de las mutilaciones de Sevilla, el cardenal Segura consigue todo lo contrario de lo que se propone. El falo museal de las estatuas romanas, al ser cercenado, adquiere todos sus prestigios de *víctima*. Es, ya, no sólo un falo *presente*, sino un falo

vivo, actuante, que todavía puede inquietar a un obispo; un falo susceptible de castigo y cárcel —falos archivados—, susceptible de silencio. El cardenal Segura, queriendo suprimir toda una cosecha de falos, les devuelve la vitalidad, el riego y la fuerza que tuvieron los modelos vivos de las estatuas. Ya no son falos museales, sino *delincuentes*, de los que se ha hablado aquí en otro sentido. Delincuentes, ahora, por encerrados, por suprimidos, por prisioneros. Por prohibidos. (La supresión/prohibición hace al delincuente, y no al revés.)

1. Mercurio. Copia romana de original. Helenístico. Itálica (5).

2. Niobide. Sur de Italia (siglo IV a. de J. C.). Donación del duque de Medinaceli (5).

3. Torso emperador deificado (Itálica). Siglo I (9).

4. Meleagro. Copia romana de original. Helenístico. Itálica (4).

5. Mercurio. Copia romana de original. Helenístico. Itálica. Siglo I.

6. Atleta. Copia romana de original del siglo V a. de J. C. Itálica.

7. Supuesto torso de Adriano (Itálica). Siglo II.

8. Trajano. Itálica. Siglo II.

El falo museal se hace real cuando se le brutaliza. También el *dolor* da vida, y más vida que el placer, y más placentera.

¿Por qué aquellos dioses, emperadores y atletas fueron representados con sus genitales al aire? El paganismo, claro, la deificación total del hombre. El falo, quizá, como cetro y centro de esa deificación.

El culto al falo ha sido «cívico» en el paganismo y secreto o hipócrita en los cristianismos (falo icónico). Hoy diríamos que el culto del falo y de todo lo sexual es casi ecologista. «El sexo es bello.» En las minorías liberadas de las últimas inercias religiosas, sociales, morales, culturales, incluso de las últimas inercias *sexuales*, el falo ya no es Dios ni el Diablo, ni un cetro ni un icono.

Estamos, ya se ha dicho, en el falo metafórico. Y no sólo porque tantos objetos y actitudes, en torno, adopten una banal o comercial actitud de falo, sino porque cualquier cosa, cuando deja de ser el rehén de un símbolo —mujer/inspiración, espiga/abundancia, etc.—, se reconvierte en sí misma, expande sus naturales significaciones, no las que le ha asignado la cultura. Y ya hemos dicho, más o menos, que las cosas se tornan metafóricas, no tanto por su *parecido* con otras cosas como por *su afán de parecerse*.

El falo deificado, el falo simbólico de los dioses, emperadores y atletas que mutiló el cardenal franquista/antifranquista, sólo se liberó de su condición de rehén de un símbolo para entrar en la triste y fría condición museal. Esta es la lenta y tediosa historia de sus veinte o veinticinco siglos. Otro Dios (aunque los dioses siempre son los mismos) les da por fin vida verdadera, la vida de la muerte: la única que pueden dar los dioses.

Hay que suponer que esos falos museales han sido restaurados a/en su origen, o lo

serán, pero ahora, en una caja de cartón de un sótano, es cuando están más vivos, como los genitales que en las guerras más primitivas o más «civilizadas» se le cortan al adversario. Estos falos de estatua están sangrantes de tiempo y de violencia. Pero el falo museal no está solo en los museos. La condición museal del falo, como de todo el desnudo humano, es la paralización de la vida en forma de cultura. Entre vivir y hacer *como si*, hemos preferido hacer *como si*. Dice Roland Barthes que toda la clave de Kafka está en escribir *como si*: como si él fuera una araña, como si él fuera un procesado. La cultura, en este sentido, es el inmenso *como si* de la vida. Hasta que llega un obispo español, bárbaro y en campaña, y, queriendo castrar unas estatuas, les devuelve la vida que nunca tuvieron.

19. EL FALO SURREAL

André Bretón, queriendo mostrar, mediante la escritura automática, «el mecanismo real del pensamiento», lo que nos muestra, a través de sí mismo y de sus discípulos, es el mecanismo real, secreto o manifiesto, del sentimiento y del instinto. Por eso todo el surrealismo es un erotismo, de la *Historia del ojo*, de Bataille, al constante retorno del Gran Masturbador en la pintura y la escritura de Dalí.

Salvador Dalí, según Santos Torroella, vive tres ciclos fundamentales en su arte, antes de «convertirse» irónicamente a los inmanentismos/esencialismos de la derecha en general y la derecha española en particular. Estos ciclos son los siguientes. El ciclo Ana María, en que Dalí utiliza una y otra vez, como modelo, a su hermana. ¿Porque es el único modelo femenino que tiene a mano en su adolescencia? ¿Porque realiza así una especie de incesto pictórico, no expresado íntimamente? En esto no parece que hayan entrado nunca los tratadistas. El ciclo lorquiano: gran amistad de juventud con García Lorca, divergencias estéticas entre ambos, intento de reconversión sexual de Dalí por parte de Lorca, con las naturales resistencias del catalán: «Yo no soy invertido, y además me dolía». Tras la frustración sexual, se enfría la amistad. Época freudiana: un poco lasa, esta denominación, desde el momento en que Freud es padre involuntario de todo el surrealismo. Y hay una cuarta época, que Santos Torroella no cita, no determina como tal, aunque la describe ampliamente: la época Gala.

Gala, como Freud, también es toda una vida, para Dalí (y puede que incluso una solución freudiana para sus problemas sexuales). Con o sin Gala, la obra entera de Salvador Dalí, profundamente pregnada de erotismo, es el más vasto ejemplo de «falo ausente» que puede encontrarse en la pintura universal. Del Gran Masturbador (personaje sin duda autobiográfico), vemos aquí una gran mano (*vivía amancebado con su mano*, otra vez Quevedo), allá un hombre/ameba, monstruoso y dormido, post/masturbado, sin duda. Lo que no vemos nunca es el falo, ni en ceremonia de masturbación ni en oficio de penetración.

Toda la pintura de Dalí es un homenaje al falo ausente, como consecuencia de los terrores fálicos —vampirismos del falo— que el artista sufrió desde muy pequeño. La leyenda de los círculos dalinianos dice que Gala le encontró a Dalí —masturbador con horror a la penetración en vagina— una solución intermedia: le masturbaba ella misma, con la mano o la boca.

Por eso fue la mujer de su vida, sin haberla poseído nunca. Porque le proporcionó el necesario comercio con hembra, evitándole el horror de la penetración.

Porque Gala, rusojudía francesa, acertó a fundir en un solo acto —felación o masturbación— los dos tirones profundos de Dalí: el de la cópula y el masturbatorio/infantil.

El falo surreal, pues, es en principio un falo ausente —no aparece *nunca* en la vastísima obra del pintor—, y esta ausencia queda subrayada por la presencia constante del Gran Masturbador, a quien jamás vemos masturbarse.

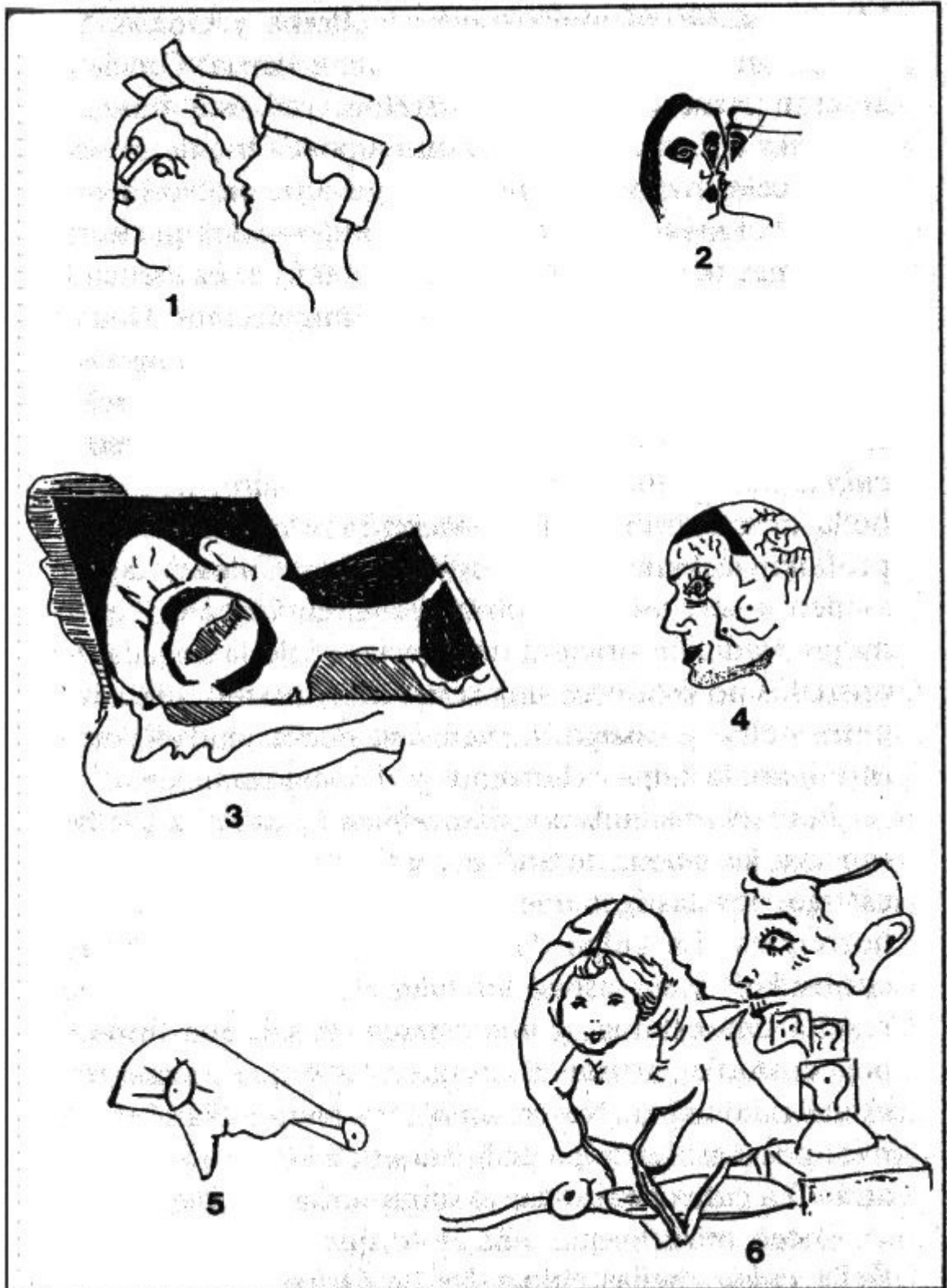
El movimiento surreal, que aspira al automatismo y se queda (felizmente) en el metaforismo por libre, podemos resumirlo en Dalí mediante las tres etapas biográficas y creadoras que le señala RST, más la época Gala, toda una vida, que le añado yo. Época Ana María: incesto jamás realizado, que sólo adquiere formulación en la pintura. Época Lorca: tentación homosexual que fracasa. Época Freud: difusa, por presente en la obra toda, o casi, del pintor. Época Gala: el Gran Masturbador, tema autobiográfico y recurrente por excelencia, se va transmutando en el tema Gala, desde sus desnudos mondaines hasta la beatificación como Madonna. Gala ha remediado su sexualidad como la Virgen María absuelve o sublimiza la de los religiosos marianos. El falo surreal perdura en el mayor pintor surrealista como falo ausente.

La metamorfosis de Narciso, cuadro y poema de Salvador Dalí, evidencia un aspecto cultural y psicológico del falo —o las maneras de vivirlo— que podemos contraponer a

otro aspecto —los vampirismos del falo— tratado ya en este libro. Narcisismo y vampirización o autovampirización fálica son una misma cosa, evidentemente. O el *sí* y el *no* de esa cosa.

El narcisismo es el gran mito autofálico. La vampirización de un hombre por su falo, presentada como deificación. El narcisismo es un vampirismo hacia arriba, sublimado dentro de la tendencia general del mundo antiguo a lo que uno llamaría *los castigos bellos*.

SERIE B: Origen y desarrollo del perfil de «El gran masturbador»



Entiendo por castigos bellos los que pasan de Oriente a Occidente a través de Persia y Grecia. Lo decía André Bretón: «Persia, siempre Persia; Grecia es el gran error». Potenciaba Bretón, con esta frase, la apertura o disolución del yo que supone Oriente, contra las cárceles racionalistas que ese yo sufre en Occidente. Incluso el máximo castigo —la muerte—, del que todos los demás no son sino anticipo o metáfora, es atenuado en Oriente por la teoría de las transmigraciones. Una de las herencias orientales de Grecia, que nunca he visto estudiada, es ésta de los castigos bellos —Narciso, Edipo, Ulises—, que suelen corresponder, asimismo, a *culpas bellas*: fornicar con la propia madre, huir de la bella esposa hacia la bella aventura y la bella libertad, profanar la belleza del propio cuerpo. Culpa y castigo vienen a ser, así, una misma cosa, en Oriente y en la mejor tradición oriental de Grecia. (Sólo la llegada del cristianismo establece una separación cruenta, decisiva, entre culpa y castigo, o bien una nueva unidad por el otro lado: la culpa es horrenda y el castigo también.) Pero el cristianismo, naturalmente, es fiel a sus herencias: las culpas de Sodoma y Gomorra son bellas. El castigo, los castigos que caen sobre estas ciudades son horrendos. La culpa de la mujer de Lot es bella (la curiosidad) y su castigo también es bello, ya que de él resulta una estatua, y una estatua de sal, que firmaría hoy cualquier artista de vanguardia y que es casi una estatua daliniana. No en vano Dalí pinta a Narciso y le hace poemas. La culpa de la mujer de Lot es mirar hacia atrás. La culpa de Narciso es mirar hacia adentro.

Orfeo mira lo que ama, y lo que ama desaparece. Bella culpa, bellas culpas las de Orfeo: bello castigo.

Pero el cristianismo, como queda dicho, una vez secularizado, no admite culpas bellas. Ni castigos bellos. Viene, sí, a igualar culpa y castigo por el otro lado, pues que en realidad son la misma cosa, y esta es la universal metáfora de Dante en su *Infierno*: todos son castigados con un exceso de lo mismo que les dio placer, o con una poética contrafigura de lo que fue su placer en la vida.

Salvador Dalí, que ha vivido la masturbación como culpa, y como tal la expresa en la mayor parte de su obra (culpa horrenda: imagen recurrente del Gran Masturbador), acierta alguna vez a expresarla como bello castigo: Narciso.

*Bajo el desgarrón de la negra nube que se aleja
las balanzas invisibles de la primavera oscilan
en el flamante cielo de abril.*

Esas «balanzas de la primavera» son ya un acierto poético que nos da la cadencia del paisaje y del universo. Es el paisaje en que va a aparecer Narciso como culpa/castigo, como un todo muy bello. Pienso que el estanque es a Narciso lo que Gala a Dalí: un reflejo redentor o, finalmente, una invención (redentora) del propio Narciso/Dalí.

El falo surreal, pues, es falo ausente porque en sí mismo, con o sin masturbaciones, es culpa horrenda. El surrealismo, estilización poética del psicoanálisis: el psicoanálisis, secularización judía de la culpa metafísica en culpa *física*. Rechazo del falo o entendimiento del falo como culpa. Culto (teórico) a la mujer única, con vagas resonancias del culto a la Virgen María: Nadja de Bretón, Elsa de Aragon, Gala de Dalí, bellas mujeres desnudas de Delvaux, en la doble negrura de las estaciones nocturnas, expuestas al tren fálico que no llega (falo ausente).

No sólo Dalí, pues, sino el surrealismo, como lectura lírica de Freud, expresa/no expresa el falo como culpa.

20. EL FALO/MERCANCÍA

El falo ausente tiene una presencia precaria y primera en el *falo/mercancía*. Y digo primera porque muchos hombres hemos debutado en el sexo mediante las meretrices (eso está ya saludablemente superado), y, en las casas de lenocinio, la cotización del falo es nula.

Lo que se cotiza es la vagina.

El adolescente, el hombre sin suerte, el soldado, el borracho, encuentran, en sus primeras experiencias sexuales (siempre son primeras, incluso las de madurez, en el sentido de *primitivas*), con que su falo no vale nada. Es una cosa despreciable que la profesional del sexo sólo admitirá en sí mediante dinero.

El falo/mercancía, el falo como mercancía, en una visión economicista del tema, es un objeto sin valor, y en estas nociones defectivas educa la vida al hombre, cosa de la que dejo constancia ante la contumacia (muy justa y oportuna, por otra parte) en denunciar lo represivo de la educación femenina. Una casa de lenocinio educa más que todos los colegios de monjas hipócritas, porque educa con la *verdad* de la experiencia.

Lo que se cotiza, en la economía del sexo, es la vagina. El cuerpo de la mujer. El desnudo del hombre resulta ridículo y su falo no es más que un proyecto de inversión. Hemos visto, en el capítulo anterior, el tema de la masturbación a través de Salvador Dalí. Es decir, el falo como culpa, como cosa despreciable. A la vida de Dalí llegó una mujer, Gala, que le dio confianza en su falo, que se lo enalteció de alguna forma, y, a partir de entonces, comienza Dalí a ser un hombre y un artista seguro de sí mismo.

Incluso excesivamente seguro, como todos sabemos.

El hombre debe encontrar a tiempo su Gala para que su falo/mercancía deje de ser espanto de colegialas y cotización misérrima de las putas.

¿Y cómo ha llegado el falo, un atributo sexual tan sacralizado como los gatos, las águilas y los leones en las culturas anteriores y más cultas, a esta baja cotización? Por el cristianismo, claro, que ve en el icono del falo la negación de todos los iconos religiosos, incluso, quizá, la negación de la cruz. (Sólo el travesaño horizontal salva a la cruz de su carácter fálico.)

El poder icónico del falo, tan fuerte en tantas culturas, es abolido por los cristianismos (creo que deben citarse siempre en plural, ya que son tantos), como el enemigo primero a combatir, que representa una fuerza real —placer, fecundación—, frente a las fuerzas meramente simbólicas o alegóricas de todos los sistemas irónicos.

Al niño se le educa en la vergüenza de su falo, como queda dicho repetidamente aquí, y, sobre todo, el niño tiene la experiencia primera del falo ausente, esa cosa de la que nadie habla en sociedad y por ninguna parte aparece. (Cuando aparece, en revistas porno, es negativamente, por el propio carácter de la publicación, y cuando aparece en revistas o tratados de medicina es como falo enfermo o generador de enfermedades: otras formas de *desaparecer*). Pero el niño tiene un falo, algo que los demás parecen no tener. (Recuérdese, en *El príncipe destronado*, novela de Miguel Delibes, los esfuerzos ridículos del padre por ocultar su falo al niño, cuando éste le sorprende orinando en el baño.)

Cuando se tiene una cosa que los demás *no tienen*, esa cosa, por carísima que nos sea, se vuelve monstruosa y —vampirismos del falo— nos torna monstruos a nosotros mismos, sus poseedores. Esta es la verdad del falo ausente, cuya primera consecuencia fáctica vive el púber como falo/mercancía, en las casas de lenocinio.

En el juego oferta/demanda del falo/vagina, el falo no vale nada. El falo debe pagar por cumplir sus funciones naturales (hasta se pagaba, antiguamente, en los urinarios públicos: claro que, por supuesto, también pagaban las mujeres). Y unas funciones naturales que han de pagar por cumplirse, dejan de ser naturales, se tornan *antinaturales*, como lo torna todo el dinero, *culturales*, comerciales, mercantiles. El falo/mercancía o mercadería sufre crudamente el juego capitalista oferta/demanda. Hay

más oferta que demanda de falos. Hay más demanda que oferta de vaginas (la meretriz que nos gustaba, solía estar *ocupé*: lo decían así, que hacía más internacional y más canalla al mismo tiempo).

Pasados los ensayos de pubertad y las casas de lenocinio, el hombre entra, en el juego social, a ser mercancía de compraventa matrimonial, según le vayan los negocios, las carreras, los empleos, los cargos, los honores.

El falo ausente es lo que él tiene más presente, a no ser que se trate de un ciudadano completamente tonto. A él se le valora por lo que gana o lo que representa. La valoración física —falo ausente— es algo a lo que sólo se alude, en sociedad, con una malicia inocente y boba. El falo/mercancía sufre su segunda experiencia defectiva. No cuenta para nada. Un falo no vale más que otro falo. Los abogados del Estado y los grandes ejecutivos raptan en matrimonio a las vírgenes de la tribu/*chic*. El falo —puntada fundamental de una pareja— no entra en cotización ni en subasta. Las vírgenes de la tribu se dan por títulos y orlas.

No vamos a hacer aquí la glosa costumbrista de *El sí de las niñas*, sino a manifestar lo que nunca se hace manifiesto: que el hombre tiene conciencia/mala conciencia de estar en posesión de un instrumento repulsivo, con el que la mujer sólo accederá a tratar si el contexto es digno, gratificante y disfruta de la aprobación social. En los saraos elegantes, como en las casas de lenocinio, anteriormente, el falo no vale nada.

El falo/mercancía, el falo como mercancía, es un desastre.

La pequeña burguesía vive mimetizando a la alta burguesía (que a su vez ha sustituido, socialmente, a la invisible o dispersa aristocracia), pero entre las clases populares todo este juego cambia de sentido. Los intereses de clase son menos, son menores, y, por tanto, el juego de las pasiones queda como más en libertad.

Un joven obrero está más seguro de sí y de su falo, curiosamente, que un alto ejecutivo o un gran burgués. En principio, porque las perversiones culturales no le han dañado tanto en su confianza fálica. Y luego, porque el revestimiento social no llega a suponer, para él, una ausencia del falo. Pero el falo/mercancía sigue siendo un móvil fundamental en la industria de nuestro tiempo. El falo como consumidor de mujeres, de porno, de viajes (siempre incentivados turísticamente por la aventura sexual, vagamente sugerida incluso en los posters de las agencias de viajes), de comidas (la cocina erótica), de deportes: gustará usted más, estará usted en forma para *cumplir* mejor con sus amantes.

Tenemos, así, que el falo/mercancía pasa, de no tener apenas tasación, a convertirse en el gran consumidor sexual, en el gran penetrador comercial, no ya sólo de vaginas, sino de filmes, restaurantes, bebidas, geografías, cronologías. No hay edad para el falo si está usted en forma. El falo ausente es el gran consumidor presente en la sociedad de consumo. Hay que estimular al hombre, que es el que gana y gasta en una sociedad patriarcalista. La gran mayoría de las ofertas comerciales y publicitarias son ofertas al falo: desde el automóvil deportivo que lo simboliza hasta el menú picante que lo inerva.

El falo, como queda dicho, en nuestra educación, tan refinada y tan brutal, pasa sin transición de no valer nada a valerlo todo, a pagarlo todo. Si usted es agresivo y gana dinero, tendrá a su falo contento. Todo le estimulará el falo, entre los treinta y los sesenta años, desde la nueva cocina o las cocinas exóticas hasta el erotismo refinado de las comedias inglesas. Y las muchachas de *Penthouse* y *Playboy* escaparán de su couché para insinuársele a usted en un avión o un autoservicio. Es brutal, ya queda dicho, este paso del falo/mercancía (con cotización bajísima en casas de lenocinio y bodas de sociedad) al falo/consumo, que es asimismo un falo burlado (otra forma de falo ausente), ya que todas las ofertas que recibe son interesadas, cínicas y comerciales. El falo, pues, *nunca tiene su momento* en la sociedad actual. No se ha reservado un espacio de tiempo real para él. Sólo los tiempos ficticios del masaje más o menos tailandés.

Unicamente el falo/lumpen, el falo marginal, se realiza y devuelve al hombre toda la identidad y la reconciliación consigo mismo. Los jóvenes, las nuevas morales amorales propugnan, o más bien realizan directamente, una libertad sexual en la que un falo vale por lo que es. Hay que estar al margen de la moral sexual establecida, no ya porque sea teológica y convencional, sino porque es destructiva para la integridad del varón. No es sólo que exista un falo/lumpen, que siempre ha existido, sino que el falo sólo se cumple, realiza y satisface como *lumpen*.

21. EL FALO LUMPEN

Según el cuadro que más o menos hemos descrito en el capítulo anterior, sólo el falo lumpen se salva de esta discriminación económico/social que lo mantiene a distancia, inexistente. Carlos Marx acuñó el término *lumpenproletariat* para designar a los obreros que, sin conciencia de clase, o con exceso de lucidez, se marginan de los procesos de la explotación y la producción para vivir su vida: vagabundos y otras especies.

La idea no es nueva, y viene de las ciencias naturales. Entre las bandas de primates hay siempre unos cuantos individuos que viven a la orilla de los ríos, ajenos a las pautas de la comunidad, y que sin duda son lo más humano de esa especie que dio vida al hombre.

En la física, esto tiene su equivalente en los átomos atípicos de que nos habla Einstein, y que son los que alteran la materia con su conducta irregular, dando ocasión, quizá, a importantes transformaciones y, en todo caso, salvando al mundo de la entropía.

Don Juan y Casanova son, quizá, los máximos ejemplos de falo lumpen, y hoy sólo podemos entender a estos personajes —el uno mítico, el otro real— como terroristas del sexo. Como revolucionarios.

Dice Rubert de Ventós en su último libro, *Filosofía y/o política*, que la necesidad de tener el mundo en orden, de poner orden en el mundo, desde los astros a los enseres de cocina, es una necesidad *primitiva*, una necesidad de los primitivos, nacida, naturalmente, de la inseguridad. Dice Ana Belén en una reciente entrevista: «Me da mucho miedo la gente que lo tiene todo claro».

O sea, que los grandes filósofos, hasta Hegel o Marx, no hacen sino moverse dentro de una inercia primitiva, *religiosa*, que les lleva a poner orden en lo desordenado. Hacen, así, como el niño que, según el psicoanálisis, sustituye a la madre ausente, durante la noche, *haciendo él de madre* para con el osito de trapo. Obviamente, el osito es él mismo. Necesita tanto a la madre que se constituye en ella. Los filósofos necesitan tanto a Dios que se constituyen en él, una vez perdida la fe. Nos explican un mundo que ya no puede explicarse por la palabra *Dios*.

Los grandes ateísmos son religiosos.

El falo es una religión, es un icono para las culturas primitivas. Cuando se empiezan a saber cosas del falo, de Dios, de la filosofía, de Hegel, del osito de trapo y de la madre, caen las grandes seguridades. Comienza la modernidad. O la postmodernidad, que no es sino el proyecto que se hace a partir de la carencia de proyectos que es la modernidad/inseguridad. La modernidad/relatividad. El relativismo científico de Einstein ha tenido más éxito en sociedad que en ciencia.

A nuestra hermosa actriz y cantante «le da mucho miedo la gente que lo tiene todo claro».

Al falo le dan mucho miedo las mujeres que lo tienen todo claro: liberadas, feministas, ninfómanas, donjuánicas, casaderas, tobilleras, niñas de Serrano y meretrices.

El falo es un pez que sólo navega a gusto aguas de intimidad. Lo último que se ha descubierto en cibernética es «la arteriosclerosis de las máquinas». Una mala noticia para quienes pensaron en los robots como en unos epsilones que nos iban a redimir de toda tarea. Me lo dice en un cóctel mi amigo Vasallo, madrileño con quien hice gran amistad en Estocolmo, cuando él andaba recorriendo el final de las embajadas:

—En Estados Unidos, Umbral, los escritores trabajan ya con procesador de datos. Le dan a una tecla y les salen todos los sinónimos que necesitan.

—Grave error, porque en el inglés, como en el castellano, no hay sinónimos.

Trasantaño, los sistemas filosóficos cerrados, hoy los procesadores de datos, no son sino recursos para remediar la impotencia creadora del hombre. Pero los procesadores están ya tan arterioescleróticos como los filósofos. El hombre vuelve a encontrarse a solas consigo mismo. Después de los dos Ellis, después de Freud, de Reich, de

Masters y Johnson, después de Margaret Mead, después de la industria del sexo, después de la química artificial del sexo, el hombre lúdico/erótico, el hombre del olvidado Marcuse, vuelve a encontrarse a solas consigo mismo y con su falo. La magia del falo funciona cuando funciona, como la magia de la prosa. No hay procesadores que valgan. Más que todos los sistemas de seguridad, lo que vale es quedarse sin sistema y a ver qué pasa. Don Juan y Casanova, los dos máximos ejemplos —renacentista/romántico el uno, *ilustrado* el otro— de falo lumpen que hemos puesto al comienzo de este capítulo, no contaban con los estímulos de Masters y Johnson. Se limitaron a utilizar el sexo como escándalo, como provocación, como transgresión, como anarquía, como terrorismo, como revolución, dentro de unas sociedades cerradas que hicieron saltar. Su revuelta, claro, es personal.

El falo lumpen es el falo que ha tomado conciencia de las represiones/convenciones sociales, del economicismo sexual que le ignora o degrada, y entonces decide actuar «como un cuchillo, como una flor, como absolutamente nada en la vida», por decirlo con palabras del también olvidado Saroyan. Es el falo marginal.

Las nuevas mocedades occidentales viven ese falo marginal, con lo que, aparte de realizarse sexualmente, rompen los vampirismos del falo, invierten el juego y se convierten, ellos y ellas, en los dueños del falo, que ya no les tiraniza. El falo lumpen, que hoy se identifica casi completamente con el falo adolescente, es la última defensa contra una sociedad «procesada» (en los dos sentidos de la palabra). Lo dijo Luckács: «He ordenado la historia de la literatura, pero no sé qué hacer con Baudelaire». Aquí hemos hablado del falo/Baudelaire, que es en buena medida el falo lumpen. El pez que «pescará» siempre en aguas inopinadas. El «margen residual» (Pániker/Rubert) en que aún se puede vivir el sexo en libertad.

O la libertad como una conquista de la sexualidad.

22. EL FALO/CONSUMO

El falo/consumo, de que ya se ha hablado aquí, es un falo ausente que, en efecto, se hace presente porque consume, porque responde a los plurales estímulos de la propaganda, la publicidad, el consumo, el superconsumo, el comercio y la pequeña y mediana industria.

El falo consume, hoy, no sólo porque las ofertas múltiples le despiertan —una tailandesa en Tailandia, un desnudo femenino en la película de calité, un top/less en el pub, con los senos ondulantes sobre el whisky que se nos sirve—, sino, también y ante todo, porque consumiendo se hace presente, se *aparece*, se nos aparece en la vida cotidiana.

El falo socialmente ausente, así, se compensa y recompensa de silencios infantiles: el hombre entra en los sex/living y en los cruceros de placer diciéndose interiormente: «Todo esto se ha hecho y pensado para mi falo; luego mi falo existe». La existencia del falo, que la moral nos negaba, no nos la devuelve la moral, sino el comercio, la industria y la cultura/incultura del ocio.

La sociedad no ha avanzado nada, moralmente. La sociedad aún puede armar caballeros (un cruzado de Santiago o un viajero espacial), pero no puede ni sabe devolverle al hombre la confianza en el falo perdido, la confianza perdida en su falo.

La sociedad consumista, situación/límite del capitalismo no agresivo y sus contradicciones (luego vendrá el capitalismo agresivo, que los más radicales llaman fascismo), en su busca incesante de mercados, ha descubierto la China y el falo. La China la descubrió Nixon, el primer presidente USA que consideró a China, antes que como un peligro, como un cliente. El falo lo ha descubierto toda la cultura sexual de nuestro tiempo, de Freud a los anuncios de masajes por palabras, pasando por Reich, Sade, Sacher-Masoch, los ballets rosa, H. Hellis y A. Hellis, Masters y Johnson, Susana Estrada y don Manuel Fraga Iribarne, con sus uterinas salas de Arte y Ensayo.

El falo es un buen cliente y, gracias a eso, por fin existe en nuestra sociedad, aunque sólo exista como cliente, como consumidor, o sea que sigue sin existir, sigue siendo un falo ausente. Sólo existe mientras se *realiza* y cotiza. Más allá de la caja registradora, sería una vulgaridad hablar de él.

«Hágase el milagro y hágalo el diablo», decían nuestras abuelas más heréticas. El diablo del falo ha hecho el milagro de *aparecerse* en una sociedad puritana y obscena que lo ignora. Que lo ignora, asimismo, por razones economicistas, como hemos visto en el capítulo anterior. El falo es un estorbo para las uniones de familia, de conveniencia, de Estado, de sangre, de clase, de casta. El falo es *El Estorbo*.

Y lo sigue siendo.

De niños, como aquí queda dicho, teníamos que pensar el falo para que existiese. Reprimido por todo y por todos, desde la religión al deporte, nuestro falo sólo existía cuando lo pensábamos. O cuando nos masturbábamos, que era la manera más eficaz de *pensarlo*.

De adultos, encontramos que nuestro falo sólo existe cuando consume: una mujer, un viaje de posible terminal erótica, una película, una ropa de publicidad subliminalmente sexy, algo que queda sutilmente *macho*.

Pero no es sólo que el falo se realice consumiendo lo que le está destinado, sino que el mero hecho de consumir, de gastar un dinero fálico, propio, agresivo y competitivo, se convierte en realización fálica.

El falo/consumo, pues, existe por lo que consume y, más apretadamente, *existe porque consume*. El dinero, tradicionalmente usufructuado por el hombre (las mujeres no lo ganaban o «no sabían de cuentas»), es ya un instrumento de realización masculina. El acto de pagar es un acto masculinista, patriarcalista, en que el hombre, exteriormente, ante el mundo y ante la mujer, se afirma/reafirma. Pero, interiormente, no es sino una tímida epifanía fálica. De ahí que los hombres menos seguros sean los

que más pagan.

Y los menos fálicos, quienes más gastan en sí y en los demás. Regalar (un perfume, un libro) es *penetrar* suavemente en la intimidad de otra persona y en sus gustos. (De ahí que los novios y amantes se regalen tantas cosas). El regalo, más valorado cuanto más íntimo, es una forma de penetración en el otro. El gasto, pues, incluso en su aspecto más banal —el regalo—, supone/resulta un acto fálico.

Es muy fácil relacionar falo con gasto, ya que el falo es pura pérdida, derroche: todos esos espermatozoides que se pierden, por uno que, de tarde en tarde, realiza su trabajo hasta el final. El falo es gasto inútil, derroche, y por eso se afirma derrochando (se afirma el hombre que derrocha). El consumismo sexual supone, así, una tautología y una sobreexcitación, ya que el hecho de gastar, en sí, es fálico, y no hay por qué añadirle connotaciones sexuales a la mercancía objeto del gasto. Como hemos dicho, la forma más sutil de esta elemental realidad —el gasto como afirmación masculina del poder— es el regalo. Regalarle a una mujer *su* perfume, *su* poeta preferido, *su* joya destinada, es una forma de *penetración* sensitiva en la intimidad femenina.

Un arte tan delicado que, naturalmente, lo ha inventado la mujer. Es la mujer la que se regala a sí misma, a través de un hombre, como goza de sí misma, a través de un falo, y el ritual de los regalos —gasto banal, y por tanto fundamental, gasto estilizado— no hace sino prevenir el ritual de las *penetraciones*: sexuales, psicológicas, sociales, familiares, ideológicas.

El falo/consumo se hace presente consumiendo. Hoy se le facilita la mercancía más idónea al consumo fálico. La meretriz, estilizada telefónicamente en *call girl*, supone la más directa relación entre falo y consumo. El regalo íntimo, *penetrativo*, la más sutil.

Desde las culturas primitivas, los regalos nupciales —rebaños enteros— suponen una compra apenas disimulada de la virgen. Se trataba del regalo/permuta. Guardando un ritual, se efectuaba un negocio sexual. Hoy, el regalo ya no es groseramente una inversión. Se ha estilizado en una *penetración*. El falo trabaja de otra forma.

Aparte los ritos de la boda en Los Jerónimos, de la jet/set, que son una sutilización de usos tribales, hay un rito previo y sostenido —para la boda, para el romance, para el ligue, para la aventura, para la «seducción»—, que es el regalo. El hombre que acierta a hacer regalos más penetrativos, más penetrantes, es el que tiene más posibilidades. En el ritual de los regalos, las flores son sexos femeninos y los diamantes son sexos masculinos, por su dureza, fijeza y perpetuidad. Hay toda una poética del regalo que se ha desarrollado y afinado paralelamente a la tradición de las grandes dotes de conveniencia —fincas, fortunas—, pues que la fusión de bienes desarrolla el carácter social de la unión, mientras que el cruce interpersonal de regalos mantiene su carácter *lírico*, como un cruce de metáforas entre Romeo y Julieta, en el balcón de Verona, bajo las mitologías del comercio, la industria, la riqueza o la abundancia.

El falo consumista viene a ser algo así como el nuevo rico de todo esto.

23. EL FALO RENACENTISTA

Leo Steinberg ha publicado una monografía, *The sexuality of Christ in Renaissance Art and in Modern Oblivion*, donde señala la importancia que la iconografía sagrada renacentista atribuyó con intención simbólica a los órganos genitales de Jesús.

El cristianismo es una religión masculinista que discrimina claramente a las mujeres, tanto desde sus herencias (Viejo Testamento) como desde la actuación de Cristo (Evangelio).

Las feministas norteamericanas llegaron hace poco al esperpento contestatario de inventarse una *Crista*. Ya casi antiguo es el plurieslogan «Dios es *negra*». Los dioses orientales, tan ambiguos sexualmente, o tan asexuados, molestan menos en este sentido y admiten más lecturas por parte de las juventudes actuales, que tanto han viajado a China y la India.

En el Dios Padre de las Escrituras están todos los caracteres patriarcalistas del mosaísmo. Cristo es hombre solitario entre meretrices y pescadores. Los diversos cristianismos que han triunfado en Occidente se caracterizan de modo unánime como grandes ausencias del falo. La fidelidad matrimonial exigida al pastor protestante es tan asexual como el celibato del cura católico. Incluso diríamos que el pastor protestante encarna un caso más «escandaloso» de falo ausente, ya que siendo —cuando lo es— un hombre casado y con hijos, su falo queda talado por el traje *talar*. El pastor protestante engendra como los ángeles, mediante un rayo de luz. Del cura católico, cuando menos, se sabe que ha vivido épocas históricas de gran licencia. Leo Steinberg escribe sobre la sexualidad de Cristo en el Renacimiento y la Edad Moderna. Cristo, históricamente, no empieza a tener un valor fálico hasta la «desamortización» de toda la Antigüedad que supone el Renacimiento. El cristianismo, que discrimina a la mujer, por otra parte ignora el falo.

Nosotros, herederos de todo eso, hemos vivido la experiencia: el falo católico pasa de falo ausente a falo culpable. Sólo tiene su plenitud en la fecundación, en la reproducción, pero esa apoteosis es entregada de inmediato a la Madre, a la madre, a las madres. Madre, en una lectura católica, es la mujer desexualizada por la maternidad.

La maternidad, en fin, tiene en el cristianismo, no sólo un fin más allá del individuo (la multiplicación de las almas para el cielo), sino una función referida al individuo mismo, a la madre: es una purificación. La mujer, impura desde el Paraíso, sólo se purifica pariendo, dando de sí un macho (o una hembra, que sólo es un mal menor, una alternativa, una concesión al segundo principio de la termodinámica: entropía: equilibrio).

El hombre que, en el cristianismo, no tiene derecho a su falo, sólo lo recupera en forma de niño. La mujer ha recibido en sí la herramienta misma del demonio, el falo, y la transmuta y devuelve en forma de ángel niño, de alma para el cielo.

La reproducción es, así, no sólo una justificación del acto sexual, sino una purificación de la pareja y su doble pecado: el de la especie y el personal, de lujuria y lascivia.

El falo católico es un falo ausente que sólo se hace presente para redimirse mediante la fecundación, y que, al redimirse, vuelve a ausentarse. *Sólo existe a condición de no*

existir. El Renacimiento, deificando los órganos sexuales de Cristo, nos devuelve el falo a todos los hombres, a toda la humanidad masculina. Más que consagrar a Cristo también en sus partes más ignoradas, con esta epifanía sexual se nos hace justicia a los varones.

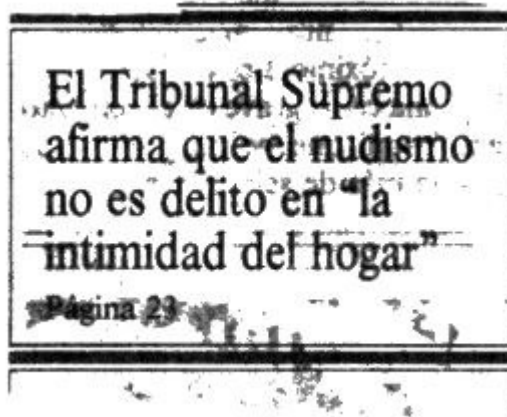
Hay aquí, pues, un símbolo y una función: una cosa más que adorar —el falo de Cristo, de que ya hemos hablado en este libro— y una reivindicación que cumplir. Del Renacimiento para acá, el hombre-con-falo ha hecho más cosas que el hombre antiguo, hombre-sin-falo. El hombre fáustico, el hombre prometeico, el hombre de nuestro tiempo, atenido a sí mismo, atenido a su falo (aunque ya sabemos con cuántas zozobras), es el falo moderno, el hombre/falo. El Renacimiento desentierra diosas de mármol en la campiña romana, con el arado. Pero, sobre todo, devuelve a la humanidad macho, en la figura de Cristo, el falo *ausente* durante siglos. El Renacimiento, así, humaniza la divinidad. Y, lo que es más importante, *humaniza* la humanidad.

El hombre moderno sólo tiene falo a partir del Renacimiento, y es cuando el mundo comienza a conocer las grandes empresas fálicas: descubrimiento de América, circunnavegación de la Tierra, descenso de los dioses, recuperación del mundo y del tiempo natural, relación real con la mujer, la gran desconocida de muchos siglos.

El Renacimiento se resolvería en Barroco: el hombre fálico ha preñado a la Historia.

24. EL CUERPO COMO CONCIENCIA

La frecuencia, la asiduidad con que aparecen noticias en la Prensa sobre incidentes sexuales, fálicos o de desnudismo, supone un mensaje intermitente, o casi continuo, sobre las respuestas del cuerpo humano a las leyes que pretenden *ausentarlo* mediante represión o mediante *liberación racionalizada*. Hoy, el cuerpo —el cuerpo desnudo— obra como conciencia.



Por el anterior recorte de Prensa vemos que incluso los tribunales supremos del mundo pueden caer en lamentables obviedades: «El nudismo no es delito en la intimidad del hogar». ¿Y cómo iba a serlo? Todavía hay que aclarar, finales del siglo XX, en las sociedades llamadas libres, que uno puede desnudarse en su casa. Y puede hacerlo con absoluta tranquilidad, ya que un Tribunal Supremo ha decidido que uno/una tiene derecho. El derecho a nuestro propio cuerpo, todavía nos lo otorga una oficina.

Esto es lo que me lleva a pensar en el cuerpo como conciencia. Como mala conciencia de una sociedad que se siente sistemáticamente agredida por el desnudo. El desnudo individual, de hombre o mujer, remite a cada cual a su propio desnudo, con las culpas, traumas, complejos, frustraciones y ocultaciones correspondientes. El cuerpo de uno obra así como conciencia de todos. Por eso es tan difícil tolerar socialmente el desnudo. Quiero puntualizar, asimismo, que el desnudo colectivo —playas, piscinas, espectáculos— molesta menos, porque en la multitud se diluye la significación *moral* de un solo cuerpo. Es el desnudo en solitario el que se erige en conciencia, involuntariamente. En conciencia colectiva, como hemos dicho. No podemos soportar colectivamente el desnudo como no podemos soportar nuestra verdad interior. Un desnudo entre la gente es un psicodrama (quizá por eso Delvaux pintaba bellos desnudos femeninos en lugares urbanos y concurridos).

El caso de Pontevedra nos devuelve al «escándalo público». ¿Y por qué es escándalo público la naturaleza humana? Porque remite a toda nuestra naturaleza, porque remite a lo humano general (que decía Goethe que se hace entre todos). Nada tan recordado como lo nunca visto: el desnudo de una desconocida.

El Supremo condena a un mes de arresto a una mujer por bañarse desnuda en público

Madrid

Una mujer que se bañó desnuda en la playa de Cangas de Morrazo (Pontevedra) ha sido condenada por el Tribunal Supremo a un mes y un día de arresto y multa de 20.000 pesetas por el delito de escándalo público, informa Efe.

Más de 650 vecinos de Narga y Donon, del citado municipio, denunciaron el 6 de agosto de 1981 "la situación de violencia en que el vecindario se encontraba a causa de que grupos de individuos de uno y otro sexo utilizaban la playa próxima de Barra para practicar el nudismo en sus arenas..."

Al notar la presencia de los policías y guardias civiles que acudieron al lugar, los nudistas se vistieron, salvo ocho personas que permanecieron desnudas. Siete de ellas fueron juzgadas primero, y después lo ha sido María Dolores Doval Avendaño, quien entendía que no molestaba a nadie y persistió en su desnudez "de modo recalcitrante y porfiado".

El Tribunal Supremo dice que la desnudez total de adultos no es delito cuando se verifica en la intimidad del hogar, en vestuarios o aseos, en los talleres o estudios de escultores o pintores o en las clínicas médicas, "como preludeo de reconocimiento o intervención". Cuando el desvestimiento total se haga por razones higiénicas, de helioterapia o como práctica naturista, señala que es irrelevante si se lleva a cabo en solarios, en lugares acotados por la autoridad, donde se puede exhibir la propia desnudez y contemplar la ajena con naturalidad y sin escándalo.

La nudista de Cangas de Morrazo es condenada por escándalo público porque, en pretexto de ese naturismo, "que no resiste la soledad ni el descenso de la columna termométrica", se mostró totalmente desnuda en lugar concurrido por personas que llevaban la indumentaria normal y que se vieron obligadas a presenciar un espectáculo indeseado.

Los vecinos «damnificados» por cierto grupo de desnudistas, que protagoniza la noticia, se encontraron «en situación violenta». ¿Por qué nos violenta el desnudo de los demás? ¿Por qué nos *violenta* nuestro propio desnudo? Porque nadie está reconciliado consigo mismo. Lo que en nosotros hemos clausurado —a veces exhibiéndolo, como ocurre con buena parte del desnudismo burgués y «ecológico»—,

se nos manifiesta en el cuerpo de otros. Tengo escrito que un cuerpo es lo más parecido a un alma. Quizá el cuerpo, siempre oculto, no sea otra cosa que lo que los antiguos llamaron alma.

María Dolores, la heroína de la noticia, tiene un cuerpo «recalcitrante y porfiado». Los hechos, sí, son muy testarudos. Y los cuerpos también. Se puede vestir a una mujer desnuda, pero su imagen ya no se nos irá de la cabeza. La colectividad, una vez que ha vestido/lapidado a la pecadora, experimenta una nostalgia secreta y colectiva del desnudo insólito e inesperado.

Y esto, naturalmente, aumenta la mala conciencia social/individual.

Lo peor del pecado es que crea nostalgia. Uno puede arrepentirse, uno puede autoculparse, pero con la nostalgia no se puede. Persiste. La nostalgia del pecado es su estela. Lo rechazado por el «pudor de clase», que, como dice Tierno Galván, es superior al pudor individual, vuelve individualmente, secretamente. Suspiciosamente.

Es la dialéctica infernal a que nos sometieron los inventores del Infierno, que ahora lo han secularizado, como cuando se moderniza una cafetería, pero siguen destinándonos a él: el infierno, hoy, es la «conducta antidemocrática». En nombre de la democracia y la libertad (la libertad de uno termina donde empieza la del otro) se nos reprime como antes en nombre del Orden. Los «demócratas» de oficio tienen su Orden, que la democracia ignora.

Por lo que el Tribunal Supremo ha especificado en la crónica de Prensa que acabo de reproducir, el desnudo sólo es tolerado cuando es «útil». La *utilidad* del desnudo es lo que a uno le resulta inmoral. El desnudo sólo se absuelve por inútil, por gratuito, por sí mismo. Buscarle utilidad al desnudo, aparte de hipócrita, no es nada nuevo. Los desnudos clásicos se justificaban por la Mitología. Los desnudos renacentistas, por «el hombre nuevo» (y algo había aquí de verdad, como hemos visto a propósito de los órganos sexuales de Jesucristo). Los desnudos modernos y puritanos, por el trabajo: arte, medicina, higiene.

Hay que justificarse por tener un cuerpo. Hay que explicarse. Hay que disculparse. Las sociedades libres tienen miedo de la libertad que se han dado a sí mismas.

Acierta el anónimo cronista al hablar de «un desnudo que no resiste la soledad». Ya hemos dicho aquí que el desnudo solitario, no soluble en la comunidad e indiscriminación de los desnudos colectivos, se convierte inmediatamente en *moral*: el cuerpo como conciencia.

Como conciencia colectiva, sí. Parece que las personas que rodeaban a la mujer desnuda de la crónica, llevaban la indumentaria «normal». ¿Es más *normal* una lana o una seda adquirida y superpuesta que el propio cuerpo? El escándalo de todo desnudo insólito, solitario, de hombre o mujer, es, como queda dicho al principio, que nos remite a nuestro propio cuerpo y sus *pecados*.

Lo que en la mujer desnuda es cuerpo natural, en los espectadores es conciencia moral. No soportamos un desnudo insólito, no *asimilado* mediante la intimidad sexual o la cotidianidad, porque no soportamos nuestro cuerpo. Vivimos nuestro cuerpo como escándalo, para bien o/y para mal. El exhibicionismo corporal de nuestros días no es sino el revés del puritanismo. Una manera de dar salida al *escándalo* interior, ya insoportable. (De ahí que la gente de ideas quietistas se desnude con la misma facilidad que la gente con ideas opuestas o *sin ideas*: todos están purgando en el desnudo la culpa de tener un cuerpo.)

Sólo que esta purga es voluntaria, o mimética, en tanto que la *purga* que nos impone la desnudista espontánea y solitaria es eso: impuesta. Por tanto, se rechaza y se multa con 20.000 pesetas.

El cuerpo (desnudo) como conciencia colectiva que desazona a los demás. El hombre está en posesión de un cuerpo menor, secundario o primario, el falo, que por su condición *desnuda* es siempre escándalo. El falo es como un plus de desnudez en el

cuerpo que imaginamos desnudo bajo la ropa. El falo, además de *ser* desnudez, como el cuerpo todo del hombre o la mujer, *significa* la desnudez, es el signo de lo desnudo. Y así como el cuerpo desnudo en solitario, sin convencionalismos, se torna conciencia, el falo es pura *referencia*, no se toma nada. El falo es referencia sexual. Y nada más. Ni siquiera tiene la función *moralizante* (atribuida) del desnudo femenino: por rechazo. El falo es un arma cínica. Ya lo hemos dicho, con palabras del olvidado Saroyan: «Como un cuchillo, como una flor, como absolutamente nada en la vida». El falo, que ha simbolizado tantas cosas, y en este ensayo queda constancia, puede tener una aparición subitánea, relampagueante, quizá tan sólo mental, que, antes de la metáfora y el símbolo, es sexo y sólo sexo.

Contras estas epifanías del falo tiene mala defensa la mujer o la sociedad. Ese objeto lujoso y homicida (*homicida* en cuanto que *mata* al niño que no engendra), está ahí, no se le puede obviar. Toda la cultura del falo ausente le hace, al fin, más presente.

El cuerpo como conciencia. El desnudo como escándalo y el falo, al margen de todos estos procesos morales y psicológicos, magníficamente solo, injustificable, ahora más que nunca.

Delincuente.

25. LA MUJER FÁLICA

No va a tratarse aquí, naturalmente, de las lesbianas, sino del caso más complejo y completo de las «mujeres fálicas», como gusto ahora de llamarlas, y que tienen sus prototipos nacionales en Sara Montiel y Lola Flores, dos mitos femeninos que aparecen reunidos en la crónica de Prensa que reproducimos.

Entiendo por mujer fálica aquella que ha invertido su papel en la sociedad, que ha decidido pasar al ataque, no por un concienciamiento feminista, sino por un sentido muy *macho* —y muy femenino, al mismo tiempo— de la feminidad. Son mujeres que no engañan en cuanto al poder social/sexual de la hembra, que no juegan el juego de la debilidad o la ingenuidad.

Las ha habido siempre, desde la Tirana y la duquesa de Benavente, o desde Isabel la Católica o María Luisa, hasta la ejecutiva que hoy preside consejos de administración. No diremos, freudianamente, tópicamente, que sean mujeres con nostalgia del falo, ni mucho menos. Son, simplemente, mujeres que viven la feminidad como individualidad. O, dicho de otra forma, mujeres en quienes puede más el individuo que la especie o el sexo.

La conducta fálica de estas mujeres quizá descienda directamente de las Amazonas legendarias. Uno prefiere creer que son mujeres en quienes la feminidad se ha realizado plenamente, en su variante agresiva, y que acaban así con el tópico de la *pasividad* femenina.

La cupletista y la faraona

KARMENTXU MARÍN, **Madrid**

El primer toque de la noche lo dio Sara, que para eso actuó antes, porque Lola estaba en directo en televisión. Fue a la altura de *La bien pagá*, cuando anunció que iba a cantar a su aire porque "ya sabeis que yo no soy ni gitana ni flamenca... aunque me gusta muchísimo".

Sara Montiel y Lola Flores, *reina del cuplé y faraona*, pusieron ayer en pie el Palacio de los Depoertes. Sara había salido esplendorosa —tras la actuación, inevitablemente telonera, de Chiquetete— vuelta en plata refulgente cuando se arrastró por las alfombras negras y...

La cupletista Sara Montiel prolonga indefinidamente su juventud. Esto ya es una hazaña fálica, pues que la mujer, tradicionalmente, se ha «retirado de la vida» (y no digamos de la vida artística) en cuanto ha perdido la primera juventud. Greta Garbo es el ejemplo más insigne de esto.

La mujer que sustituye juventud por personalidad está realizando una operación tradicionalmente masculina (el encanto de los maduros). Según la crónica, Antoñísima cantó *La bien pagá* en la noche madrileña. *La bien pagá* es el tema de la mujer que, efectivamente, ha recibido dinero a cambio de su amor, pero que, realmente enamorada, se torna irónica y amarga por haber cobrado lo que sólo en su corazón tenía precio.

El director de cine Basilio M. Patino, en su filme *Canciones para después de una guerra*, nos brinda un documental del hambre y las colas de los cuarenta, con muchas mujeres, y le pone como fondo musical —que es mucho más que un fondo— *La bien pagá*. Así fueron pagadas las mujeres españolas y así fue pagada España. La heroína de esta canción es una criatura resignada e irónica, amarga, ya está dicho.

Todo lo contrario de una mujer fálica. Todo lo contrario de su última intérprete, Sara Montiel.

Bien *pagá* es la mujer española que se entrega en matrimonio de conveniencia. Bien *pagá* es la meretriz que se enclaustra como una monja del sexo, para vivir de su

cuerpo, precariamente, soñando el sueño juvenil de fascinar a los hombres, sueño que se le va desvaneciendo con los años.

Los hombres pagan y olvidan.

Una sociología femenina de nuestro país nos mostraría a la bien pagá, resignada y víctima, como el polo opuesto de la mujer fálica, de la auténtica bien pagá, que ha recibido o cobrado mucho más de lo que ha dado. Es la mujer que, sin conciencia social ni de sexo, como digo, decide hacer la guerra por su cuenta. La terrorista sexual que asalta la ciudadela del patriarcalismo mediante sus únicas armas: la fascinación erótica.

Lola/Sara son o han sido el lumpen de la revolución femenina. Han trabajado por su cuenta. A Lola Flores se la ha llamado *faraona* queriendo embalsamarla en el tópico vagamente erudito de que los gitanos son unos egipcios erráticos y sin suerte. Ni Lola es gitana ni está claro que los gitanos sean egipcios. Pero lo de *faraona* sirve para metaforizar, y, por tanto, para apresar (hay metáforas inversas, férreas, que en lugar de liberar, encadenan) un concepto de mujer inquietante que siempre se nos ha escapado. Lola Flores, mujer fálica también en lo privado, en lo sexual, o más explícita en esto que la otra, llevó siempre la iniciativa en sus amores, según leyenda. La gran ironía del feminismo español y de todos los feminismos es que las pocas mujeres que realmente se han emancipado, son mujeres sin ninguna conciencia feminista.

Sara Montiel, que ha explotado hasta muy tarde un cierto striptismo moderado, se afirma así fálicamente frente a los hombres. Más que la hembra, el admirador quiere violar el mito, penetrar en el interior del sagrario femenino, siquiera sea un sagrario de teatro. Hay un afán de profanación y transgresión en el enamorado de las artistas míticas, afán que él mismo ignora, generalmente, y que tiene por origen el desasosiego masculino, fálico, frente a lo femenino total, absoluto, máximamente provocador en sus formas más agresivas.

La fecundación de la mujer, mítica o no, como afán fálico, se explica en muchos casos no explicados por la necesidad de destruir el enigma. El hombre fálico no soporta el enigma de lo femenino, y su manera casi *homicida* de resolverlo es destruirlo (también se da el homicidio real, vampírico o no, ya tratado en este libro). La mujer, «lo esencialmente otro» de Machado, a todos se nos ha hecho intolerable por inquietante, por desazonante, y el precario triunfo del falo sobre este enigma es la fecundación. La amazona preñada, la Esfinge preñada, destruida en su perfil hermético, deforme, deja de ser esfíngica. El enigma se resuelve en madre y el falo se queda tranquilo. Ya que no ha descifrado a la mujer, la ha destruido (de ahí que no la descifre jamás).

Mi querida Antoñísima, cantando *A media luz*, saca uno de sus hermosos pechos. Es la *manera fálica* de la mujer. La agresión al público masculino. Luego enseña los dos pechos, para cantar *El relicario* y *El polichinela*. *El relicario*, consagrado en el siglo por Raquel Meller, nos cuenta la historia de un hombre, de un torero que muere soñando la mujer que conoció camino de la plaza. *El polichinela* presenta directamente a los hombres como marionetas de la mujer. Dos versiones del mismo tema (la trágica y la cómica). El tema no es otro que el dominio de la mujer fálica sobre la humanidad con falo: los hombres.

Los homosexuales admiran/imitan a Sara Montiel. Los homosexuales siguen siempre a la mujer mito, a la mujer/falo, con la que, naturalmente, tienen o encuentran oscuras correspondencias. Ninguna mujer ha imitado a Sara Montiel como algunos hombres.

Lola Flores, en su última etapa, se canta preferentemente a sí misma. Es como cuando Don Quijote, en la segunda parte del libro, se vanagloria de ser protagonista de la primera, una novela de éxito popular que anda ya en lenguas. Lola ha venido a ser el tema del arte de Lola, como Dalí lo fue en una etapa de la pintura de Dalí, precisamente la del Gran Masturbador. Lola/Dalí, Lola fálica, cantándose agresivamente a sí misma, cantando su mito como algo ajeno a ella.

Es la masturbación y el narcisismo. Dos actitudes *tradicionalmente* masculinas, fálicas. La mujer fálica, ya está dicho, es un fenómeno intolerable para el falo (muchas veces le causa inhibición). La mujer fálica (no lesbiana, repito, porque entonces estas reflexiones perderían todo valor), tiene su punto débil en la maternidad. Quizá las amazonas legendarias se mutilaban un pecho, no sólo por asentar mejor el arco contra una superficie plana, como explica la técnica de la guerra, sino por mutilar en alguna medida su condición paridora.

Por castrarse, siquiera parcial y simbólicamente.

Frente al enigma de la mujer fálica, situación límite del feminismo enigmático, el falo ejerce la fecundación, como hemos dicho.

No descifra el enigma, pero lo destruye.

26. EL FALO PORNOGRÁFICO

Dice Baudrillard en «Lo obsceno» (*Las estrategias fatales*, Anagrama): «Todas estas figuras, que aparecen como las de una indiferencia exacerbada, de una exacerbación del vacío, la de la obesidad, la del terror, son también las de la pérdida de la ilusión, del juego y de la escena, figuras, por tanto, de lo OBSCENO».

¿El falo es obsceno? Su obscenidad depende del contexto, de la ecología, de la disposición psicológica del personal. El falo no es obsceno cuando se le espera y recibe como agente de la reproducción o del amor. El falo sólo es obsceno en contextos obscenos.

Luego la obscenidad está en los demás.

¿El falo es pornográfico? Lo es en la medida cínica en que deja de ser deseado para ser *contemplado*. La pornografía, la da el cinismo, y el cinismo lo da el distanciamiento. Obscenidad/pornografía son cosa de gentes saciadas. La gente «hambrienta de sexo», encuentra el falo sagrado, la vagina sagrada, los cuerpos sagrados y gloriosos.

Es la saturación, el estragamiento, la curiosidad puramente *mentale*, lo que da la obscenidad y la pornografía. *Obscenidad* es una noción moral, aún. *Pornografía* es una noción funcional. Es pornográfico lo *ereccional*, como dice Luis Berlanga, para el hombre y para la mujer.

del juego y de la escena, figuras, por tanto, de lo OBSCENO.

Pérdida de la escena del cuerpo en el obeso, pérdida de la escena del intercambio en el rehén, pérdida de la escena sexual en la obscenidad, etc. Pero también pérdida de la escena de lo social, de lo político, de la escena teatral. En todas partes una pérdida del secreto, de la distancia y del dominio de la ilusión.

Se ha olvidado completamente esta forma de soberanía que consiste en el ejercicio de los simulacros en tanto que tales. Ahora bien, la cultura nunca ha sido otra cosa: la división colectiva de los simulacros, a la que se opone actualmente para nosotros la división forzada de lo real y del sentido. La única soberanía está en el dominio de las apariencias, la única complicidad está en la división colectiva de la ilusión y del secreto.

Todo lo que olvida esta escena y este dominio de la ilusión para ir a dar en la simple hipótesis y dominio de lo real cae en lo obsceno. El modo de aparición de la ilusión es el de la escena, el modo de aparición de lo real es el de lo obsceno.

Existe un terror, al mismo tiempo que una fascinación, por el engendramiento perpetuo de lo mismo por lo mismo. Esta confusión es precisamente la de la naturaleza, es la confusión natural de las cosas, y sólo el artificio puede terminar con ella. Sólo el artificio puede conjurar esta indiferenciación, este acoplamiento de lo mismo con lo mismo.

No hay nada peor que lo que es más verdadero que lo verdadero. Como el ser clónico, o el autómatas en la historia del ilusionista. En este último caso, lo que resulta terrorífico no es la desaparición de lo natural en la perfección de lo artificial (este autómatas fabricado por el ilusionista imitaba a la perfección todos los movimientos humanos, hasta llegar a ser indiscernible del propio ilusionista), sino al contrario la *desaparición del artificio* en la evidencia de lo natural. Se produce ahí una especie de escándalo que es insoportable. Esta indiferenciación nos remite a una naturaleza terrorificante. A ello se debe que el ilusionista

El falo pornográfico es el falo industrial, utilizado en la industria del sexo y sus derivados para ereccionar hombres y mujeres.

Al margen de las industrias del sexo (ya examinadas en este texto a propósito del falo/consumo), el falo no es obsceno ni pornográfico. Le hace obsceno el contexto *moral*. Lo hace pornográfico la consideración intelectual. Más allá del deseo natural, la imaginación humana (exacerbación de las primarias fantasías de todos los mamíferos) se complace en imaginar actuaciones fálicas. Lo pornográfico está en la historia.

El falo es inocente.

¿El falo es inocente? Hemos visto en este libro que el falo tiene sus propias fantasías, que la fantasía desconoce.

El falo *fantaseado* es el falo pornográfico.

«Pérdida de la escena sexual en la obscenidad», dice Baudrillard. Obscenidad/sinceridad son valores o situaciones que no interesan al intelectual. Se requiere la escena, la magia, para escapar de la nada (para escapar, en realidad, de la especie y sus ciclos).

Obscenidad es todo lo contrario de pornografía. La obscenidad es una epifanía de la realidad cruda y muda, que el intelectual y el moralista detestan: uno por ética, el otro por estética.

La obscenidad es la epifanía de lo natural, que el intelectual detesta. La pornografía es la intelectualización de lo natural, el consumo intelectual de realidades naturales que han dejado de serlo, por saciedad.

El falo, ni es pornográfico ni deja de serlo. El falo es un acontecimiento imprevisible en la genitalidad, ya que el pensamiento del hombre ha poblado de fantasías esa «torre de Dios». Cuando hemos demostrado —o querido demostrar— que el falo es inocente, ajeno al insulto de lo natural y a las fantasías de los intelectuales, debemos admitir, por el otro lado, que el falo tiene una identidad insólita, inesperada, violenta y esbelta, que fascina a las mujeres, *más allá* de su necesidad maternal y reproductora.

El falo es la ternera de dos cabezas, el niño univitelino, el caso de los gemelos pegados por la espalda. El falo es *anormal*, y, en este sentido, sí, pornográfico.

El falo del hombre es el falo animal potenciado por la imaginación, por los varios cerebros que se armonizan o desarmonizan en el cerebro humano. El falo, siempre erecto o con posibilidades o ansiedades de erección, ajeno a los ciclos naturales, es esa cosa fascinante para las mujeres y para su poseedor. El falo *rebasa la reproducción*.

Esto es lo que le hace lujoso, como hemos dicho en algún otro momento de este libro, fastuoso e inútil.

El falo es pornográfico en la medida que imprevisible. El falo no es kantiano. Ni siquiera baudrillardiano. El falo no se atiene al cielo ni la tierra.

El falo no es pornográfico, de por sí, pero de por sí es *escandaloso*.

27. EL FALO IRÓNICO

Si hemos deducido que el falo sobrepasa la procreación, viene a resultar que el falo es irónico y hedonista.

Un instrumento de juego. El hombre de antaño tenía un arma, una daga, una herramienta de deshonras. El hombre de hogaño tiene un juguete. El falo, con esto, es más y es menos. El falo, hoy, es irónico porque hace la *pantomima* de la reproducción sin reproducción. O porque ni siquiera hace esa pantomima, sino que la evita como si la ignorase. El falo era el cable de alta tensión a través del cual la mujer gozaba de sí misma, creyendo que gozaba de un hombre. Ahora, el falo se ha vuelto irónico porque dispone de la mujer sin *trascendencia*. El falo generaba familias, conflictos, entorchos del honor y la honra.

El falo, hoy, es irresponsable.

Y, como conoce su irresponsabilidad, resulta irónico.

A la mujer que se ha esterilizado pasajera o definitivamente, ya no le queda la coartada del instinto maternal. Va al falo por el falo. La sexualidad femenina, tan necesitada de coartadas como el caballero medieval de dificultades (sólo mediante *dificultades* progresaba la novela gótica), se abre hoy, por fin, al cinismo de su sexualidad. Al cinismo del placer, que ya no es genitalidad. No es que la píldora las haya liberado de una responsabilidad. Es que no querían esa responsabilidad. Habían sacralizado sus defensas.

El falo, que ya no simboliza nada, lo metaforiza todo. El falo ya no es símbolo de la fecundidad de las cosechas o de las mujeres. El falo ya sólo es metáfora de todo lo fálico que la mujer encuentra en la vida: una naturaleza macho que a cada paso la penetra. (Y una sociedad *macho* que, por haberse empeinado en su machismo, ya no penetra nada ni a nadie.)

El falo, metáfora de todo, símbolo de nada, se torna irónico. Cada mujer lo refiere a sus experiencias personales, infantiles, «pecaminosas» o placenteras. Cada hombre lo refiere a su confortabilidad en la vida. Tiene un falo y las mujeres vienen a hincarse en él.

La mujer como juguete de la especie y el falo como juguete de la mujer. Los papeles se han invertido. O, mejor aún, se han igualado. La mujer, ahora, conoce la sexualidad sin angustia. La sexualidad sin angustia es erotismo. El erotismo, de que algo hemos hablado en este libro, puede que tenga aquí su mejor definición: una sexualidad «desangustiada»: lúdica.

La sexualidad es dramática por cuanto implica entrega, *crimen* (Baudelaire), procreación y sangre. La sexualidad desdramatizada es erotismo. Juego. Y el pivote del erotismo es el falo.

Mis gatos, que ignoran la trascendencia fecundante de su sexualidad, se ponen *dramáticos* para fornicar. Son unos cuando fornican y otros cuando juegan. Quiere decirse que la dramatización de la procreación (y me gusta la cacofonía) está implícita en las especies. Cuando menos, en las especies mamíferas.

La humanidad da un paso más, alejándose de la naturaleza, cuando consigue, no sólo desdramatizar la procreación, sino, incluso, no procrear. Erotismo, repito, es sexo sin procreación (o sin peligro/esperanza de procreación: viene a ser lo mismo). El falo erótico, no procreativo, es un falo irónico (un hombre irónico). Porque ha conseguido burlar las leyes zoológicas —como mediante la música, como mediante la literatura, como mediante todo lo inútil, lujoso y *vacío*, que es ya lo más lleno—, y porque ha conseguido *desenmascarar* a la mujer, despojarla de su *trascendencia*. La trascendencia, el trascendentalismo femenino es histórico, claro, heredado. Se le ha enseñado que entregar su cuerpo es entregar su alma, su vida, su intimidad, su yo: según las religiones, de Cristo a Freud.

Y naturalmente que es así.

La entrega de la mujer sigue siendo trascendente. Pero no por histórica o historicista, sino por todo lo contrario, ahora. No porque, con su entrega, ella siga erigiendo el monumento de su intrepidez, su maternidad y su desgracia, sino porque lo está demoliendo. «Los cuerpos son honrados», como dijo Max Frisch, y, al fin, la sociedad patriarcalista le ha concedido a la hembra el derecho a su propia honradez: ya no tiene que dramatizar. Se entrega porque sí, lúdicamente. El falo, sabedor de todo esto desde hace siglos, se torna irónico.

La irresponsabilidad genital en que nos sitúan los anticonceptivos, viene a liberar a la mujer de las exigencias del honor y la honra calderonianos (cosas en las que quien menos creía era Calderón). La más honesta, en el matrimonio, era la más medrosa ante los peligros del embarazo extramatrimonial (mucho más peligroso que hoy el embarazo extrauterino). Con los anticonceptivos femeninos, ha perdido su valor la virginidad de la noche de bodas, por ejemplo. La mujer ha acostumbrado al hombre a prescindir de una exigencia que antes era fundamental. Dado que las mujeres ponían en peligro su *integridad* en la cama, se les podía exigir fidelidad/castidad absolutas. Era una exigencia basada en un riesgo más que en una sumisión.

Hoy, cuando los anticonceptivos han *banalizado* las relaciones —se disolvieron sin ruido tabúes sociales y religiosos—, la virginidad ha perdido valor, por lo mismo que su caída ya no es un riesgo de nada. La hembra se ha arriesgado menos, mucho menos. Antes, sólo se arriesgaban las más bravas. La píldora las ha igualado a todas en bravura. Y como las exigencias del macho no tenían otra fuerza, en el fondo —y aparte folklore «ideológico»—, que un peligro/castigo, el embarazo o la *deshonra* social, he aquí que el macho se ha *educado*, ha ido transigiendo en silencio, ha ido reconociendo, sin reconocérselo a sí mismo, que la suya, la noche de la boda, «a lo mejor no». A lo mejor no es virgen.

Ultima reacción del machismo andante: mantener relaciones prematrimoniales con su futura. Casarse luego con su amante. *Anticiparse* a lo inevitable. Acceder a la promiscuidad, entrar en ella. Ser, cuando menos, uno más, burlador/burlado, y no el burlado único ante el farallón sin rostro de los burladores.

El falo que no engendra, el falo desdramatizador de la relación sexual, hoy, ha conseguido incluso tornar oscuramente cínicos, ya que no irónicos, a los maridos y prometidos más calderonianos.

Estamos, parece, en el buen camino.

28. EL FALO MÚLTIPLO

Se ha hablado, aquí, más de las funciones sociales/asociales del falo que de su función zoológica fundamental: el gozo, el goce sexual.

Según la zoología, sí, la mujer goza «nueve veces más que el hombre». El falo, así, no sería sino el múltiplo del placer femenino. La respuesta sexual femenina es, por lo general, muy superior a la masculina, al menos en teoría, pero hay un dato que se oculta entre los datos: la mujer que puede gozar de sí misma, consigo misma, con otra mujer o con un objeto, realiza esa multiplicación óptima por nueve cuando el múltiplo es el falo.

La mujer, incluso, prefiere un placer menor, pero fálico, a un placer mayor inducido por otros procedimientos. El factor emocional —penetrativo—, es un factor con el que no se cuenta, y con el que hay que contar. Orgasmos aparte, la mujer necesita, exige ser penetrada, porque esta penetración supone la experiencia total del mundo, el pasar del mundo a través de su cuerpo, experiencia a la que aspiran todos los cuerpos vivos, y que es como la situación límite de la vida, un tenerlo todo en sí, concentrado en algo.

El falo, aparte su función de múltiplo del placer femenino, busca su placer propio, el desahogo, la «expulsión» de algo que es todo placer. (Incluso los placeres inversos de la ingestión: bebida, drogas, que también expulsan algo de nosotros: expulsan el yo angustioso.)

Si hemos dicho en otro momento de este libro que la mujer disfruta de sí misma mediante un falo, también ocurre, contrariamente, que el falo disfruta de sí mismo mediante una mujer. Pero en menor medida. El gozo/goce del falo es fundamentalmente penetrativo, predatorio, indagatorio, el falo es una pregunta por el Otro, por lo Otro, por la otra, y el recorrido casi acuático que hace el falo, hasta el fondo de la caverna femenina, tiene mucho que ver, metafóricamente, e incluso físicamente, con la penetración de Ulises en las grutas del mar, con todas las profanaciones mitológicas, reales, ideales, de los secretos de la tierra, sobre todo en esa zona ambigua, máximamente sexual, líquida, fluida y cambiante que es el territorio en que la tierra y el mar intercambian besos, secretos y caricias, a lo largo de los litorales. El placer del falo es zoológico en cuanto eyaculativo y es poético en cuanto indagativo.

Todo falo es un Ulises penetrando las oquedades, mancillando las playas de la íntima geografía femenina, y podría hacerse una lectura de Homero y su héroe como el hombre fálico por excelencia, el hombre que profana/penetra la inmensa y compleja vagina del Mediterráneo, mar interior, secreto y femenino. *El Mediterráneo, ¿mar femenino?*, tituló Zweig un libro suyo.

Queda escrito en este ensayo, me parece, que el macho, no pudiendo descifrar el enigma femenino, la mujer como enigma, lo destruye, destruye el perfil enigmático de la mujer mediante el embarazo.

Eso le tranquiliza en cuanto al enigma y le ratifica como macho. Pero, cuando es, digamos, un «profesional» de la mujer, sabe que lo vertiginoso que hay en ella es la posibilidad de pasar al otro lado de su alma, como Rilke, en Ronda, en una experiencia místico/lírica, pasa «al otro lado de las cosas». Si el amor va bien, si el sexo va bien, si la mujer entrega su cuerpo como única alma disponible, si se deja llevar por la marea masculina, o su propia marea atrae al hombre a las playas más íntimas, resulta que, de pronto, hemos pasado al otro lado de las cosas, «al otro lado de la mujer».

Esto no quiere decir, naturalmente, que hayamos descifrado su enigma (llamo enigma, sencillamente, a la distancia sinuosa que hay entre macho y hembra). Esto quiere decir que «nos hemos saltado» a la mujer, a la mujer de este lado, y que estamos ya en la otra cara de la luna, sin conocer la de acá. Lo que más nos gratifica sin saberlo, sin saber dónde estamos, es que estamos, después de una cópula lograda y profunda, del otro lado de la mujer.

Tierra incógnita que sospechábamos, pero a la que no sospechábamos llegar jamás.

La mujer, naturalmente, es, cuando menos, dos mujeres, la de antes y la de después del orgasmo/os. El enigma no se ha resuelto, ni falta que hace, pero ha quedado atrás. Las distancias se han acortado, se establece una comunicación real o, cuando menos, una «realidad».

Quiero decir que al fin ocurre —ha ocurrido— algo *verdadero* en la comedia hombre/mujer, algo verdadero/valedero. Y esa verdad, siquiera sea meramente zoológica, comienza a generar de inmediato una realidad, múltiples y menores realidades que hacen grata, extraña y como flotante la convivencia, la intimidad. Por eso toda relación sentimental debe comenzar a partir de la cama, y no convertirse en un largo camino hacia la cama, según las relaciones tradicionales. Porque, en primer lugar, mediante la copulación, nos hemos saltado el *enigma* femenino, tan desasosegante, y porque, en segundo lugar, hemos conocido a la mujer/*otra*, que es con quien realmente deseábamos mantener una relación (quizá de toda una vida: la conyugalidad está más latente en la especie de lo que pensamos, sin perjuicio de la azarosidad sexual, también latente/vigente). Esa realidad del otro lado, o ese otro lado de la realidad (en el sentido en que Rilke decía que «la música es el otro lado del aire»), es el territorio real/irreal de una relación hombre/mujer, de toda relación verdadera. Tengo escrito aquí que la circunnavegación del mundo es una hazaña fálico/renacentista. La circunnavegación de la mujer, también.

Se ha dicho que cada sexo pasa al terreno del otro, en la cópula. Yo diría, más bien, que, antes de confundirse, lo que hacen es mostrar/ofrecer sus continentes ocultos, sus Atlántidas sumergidas, tanto él como ella. «El acto de la posesión, en el que nada se posee», decía Proust. Se posee un continente nuevo.

El falo múltiple (múltiple del placer femenino) es la llave/clave que nos abre el otro lado de la fortaleza sexual, la estancia cerrada de la feminidad, el camino que lleva a la mujer *otra*, a la otra mujer que hay siempre en la que conocemos/desconocemos. Después de los orgasmos, la mujer, el cuerpo de la mujer renuncia involuntariamente a su juego de fascinaciones (fascinaciones, quizá, igualmente involuntarias) y cae en una pureza de cosa lograda, en una inocencia de deseo aplacado que es como anterior al «pecado original».

Lo que tiene de *increíble* el mito del Paraíso y la expulsión de la pareja es —aparte su ahistoricismo, naturalmente—, que va contra la naturaleza de las cosas. El hombre y la mujer, cuando han saciado su deseo, cuando se han saciado venturosamente uno del otro —saciado, no hastiado—, recaen, como digo, en una inocencia original («original» de inédita y «original» de origen), reposan en las playas de un Gauguin que jamás hubiese sido Gauguin, en esa playa que es siempre un cuerpo para otro cuerpo.

La ira de Dios, del Destino o de cualquier otra mayúscula bíblica, va contra la realidad de las cosas, sí. Pasar por el amor es purgarse de uno mismo en el vértigo del otro, de «lo esencialmente Otro», y esto trae paz incluso en los amores mercenarios (salvo los viejos traumas, ya superados, de violaciones y embarazos «por amor»). La Biblia no tenía razón, contra lo que afirma el título famoso. La inocencia no es anterior a la *caída*, sino posterior.

Mediante el falo múltiple (si no hay multiplicación de los orgasmos femeninos no hay paz ni amanece, en la mujer, la mujer/*otra*) se pasa, sí, al otro lado de la mujer y al otro lado de las cosas, un poco como Rilke. Al otro lado de todas las cosas del mundo que hacen nido de paz en el cuerpo desnudo, y de nuevo *inocente*, en el cuerpo de la mujer.

29. EL FALO CORAZÓN

El corazón es, quizá, la más frecuente y universal metáfora del falo: Prensa del corazón, hombres que «le echan corazón» a una hazaña, toma/daca del corazón, en todos los idilios, antes romances, hoy ligues. Mañana rollos.

Ahora que se hacen trasplantes de corazón (acabo de asistir a uno, en Madrid), y no de falo, o con menos frecuencia, vemos con mejor claridad que la metáfora o suplantación corazón/falo era un convencionalismo más convencional que los otros. Me lo decían los médicos y cirujanos de los últimos trasplantes españoles:

—El corazón depende menos, quizá, del cerebro, que del sistema sanguíneo.

Quizá por eso se le puede poner a una niña un corazón de camionero.

Y quizá por eso no se trasplantan falos. El neurólogo doctor Portera me dice que el hombre, sexualmente, y no sólo sexualmente, comienza de los ojos para arriba. El falo sí depende directamente del cerebro. Habría que trasplantar cerebros, antes que falos.

El falo, *ausente* por imperativo de los sucesivos victorianismos de todas las Victorias, odiadores del cuerpo, es una suerte de piltrafa de lo masculino, de la que no se habla. Y, sin embargo, el falo es quizá el miembro de nuestra anatomía más directa y asiduamente conectado con el cerebro. El falo no es autónomo y seguro como un arma —según se ha dicho incluso en este libro—, sino sentimental, sensible y sensitivo como una zanfoña o cualquier otro instrumento musical antiguo.

Al falo le asusta todo, el falo se asusta de todo. Al falo le estimula todo, el falo se estimula solo e incluso estimula al cerebro. El falo sí que es una caña pensante.

En otro momento de este libro, quizá, hemos hablado de las fantasías del falo. Uno cree firmemente que el cuerpo imagina por sí mismo, al margen de la imaginación mental, y el falo sobre todo, sólo que las imaginaciones del falo incendian en seguida la mente. ¿Por qué se ha convertido el corazón en la metáfora universal del falo, en la poesía y en la vida?

El corazón es un músculo y el falo es un cuerpo cavernoso movido por otros músculos. ¿Por qué es más noble una máquina que la otra? Esto no ha sido siempre así. En las culturas primitivas, de las que tanta copia tenemos hoy, el falo es una constante, una obsesión, un símbolo y una metáfora. Un arma y un cetro. Es hacia el Renacimiento cuando el falo, como casi todo, se *ennoblece*, y sólo se nombran sus oscuras y bajas emociones como emociones del corazón. El Renacimiento, en general, es una puesta de largo de la humanidad, una entrada en sociedad de «lo más genital de lo telúrico», como dice el poeta, de manera un poco redundante. El Renacimiento no quiere *renacer* el clasicismo, sino adecentarlo.

Las licencias del Renacimiento son eso, licencias. Los griegos sabían del falo mucho más que del corazón. (Ignoraban el amor interpersonal, que es un artificio renacentista, pero no ignoraban ninguna clase de penetraciones del falo en hombre, mujer o bestia.) Los romanos siguen siendo en esto, como en todo, unos griegos sin «espíritu de fineza», entre otras cosas, porque Pascal y el espíritu de fineza aún no habían nacido. La Edad Media sabe más del cuerpo en general que del falo y la vagina en particular. Santa Teresa llama «asnillo» al cuerpo. San Agustín, en la antigüedad, había creído, con su natural rudeza africana, que los animales son máquinas. Quien ignora al animal ignora el falo, que es lo más lúcida y estilizadamente animal que llevamos en la animalidad de nuestro cuerpo. En toda la literatura erótica de la Edad Media y el Renacimiento, e incluso del Barroco español, la picaresca, etc., las funciones sexuales son descritas atropelladamente, así como en Oriente se las transmuta en lirismo. Tanto el lirismo como la chapuza narrativa se deben, no tanto a pudor, censura o buen gusto, como a ignorancia «técnica». Los templos hindúes y los grabados japoneses nos manifiestan, por el contrario, que estas culturas han llegado a un virtuosismo del falo. Pero templos y grabados son la pizarra mediante la cual una aristocracia, «un magisterio de costumbres», pretende ostentar ante el pueblo inmenso (o aleccionarle)

un uso correcto, múltiple, complicado y placentero del falo. Estos documentos prueban que la masa vivía genitualmente a nivel zoológico.

Hay una aristocracia del falo, que es, precisamente, la que se expresa en templo hindú o grabado japonés. El pueblo no lee el Kama/Sutra. Los juglares medievales que cantan como paragüeros bajo el balcón de las damas, han encontrado la fórmula occidental para hablar del falo. Han encontrado la metáfora. Todo es un problema de expresión.

Oscar Wilde dice: «En estos tiempos se ha perdido el antiguo respeto de los padres a los hijos». Está invirtiendo el tópico tradicional del respeto a los mayores, pero no sólo por hacer una paradoja, sino por destruir definitivamente el respeto puritano a la familia. ¿Por qué? Porque su peculiaridad sexual necesita prescindir de los padres. Y no sólo de los padres genitales, sino de la sociedad patriarcalista. Un siglo más tarde, Jean Cocteau lo expresaría más directamente:

—¿Qué sería de los niños sin la desobediencia?

Hemos tardado siglos en sustituir la palabra amor —creación renacentista, sí— por la palabra sexo. Y, aun así, todo lo relativo a la sexualidad se enmascara hoy de una consideración científica o una «teología de la liberación» laica, porque lo que no acaba el hombre de tolerar —ni mucho menos la mujer— es que la fornicación valga por sí misma.

Al falo se le dice «corazón».

Y con esto llegamos al problema central, al nudo crucial de este libro. De la fábula del falo (falo ausente, falo imaginario, falo inexistente, como en el engendramiento de la Virgen María: alguien dice que los ángeles católicos son «transparentes», no existen), al falo corazonal, al corazón como metáfora del falo. De eso hemos vivido desde el Renacimiento hasta hoy. En este libro se ha hablado de los vampirismos del falo y del falo/Drácula. A más de todo eso, el falo ha necesitado siempre disfrazarse o que lo disfracen. El disfraz moderno, renacentista, fue el corazón. Al corazón, solitario músculo mecánico, se le atribuyen todas las emociones y erecciones que son puramente fálicas. ¿Por qué la humanidad, bajo cualquier cultura o religión, no soporta el falo? (Las civilizaciones priápicas lo sacralizan, y esto no es sino otra manera de evitarlo.) La humanidad no soporta el falo, quizá, porque es el cuchillo zoológico de la reproducción y del placer, porque la mujer vive una secreta religión del falo que siempre ha revestido de otra cosa, como la que se queda «para vestir santos». Para vestir el falo de los santos.

El acallamiento —¿acallamiento/acanallamiento?— del falo es una tarea femenina. La mujer jamás ha querido descubrir su icono más secreto, del cual vive, para el cual vive. Cuando la mujer se hace presente en la ciencia (Masters y Johnson), el falo ya no tiene su metáfora en el corazón, sino en el cerebro. Ya no se trata de trasponer las emociones falo/vaginales a un lenguaje corazonal, sentimental, sino a un lenguaje intelectual, científico. Viene a ser lo mismo. El caso es que se *enfríe* la pasión femenina, la devoción femenina del falo. O se sublima en sentimiento cordial (juglares), o se rebaja a mecanismo mental (Reich y otros).

Ése es el rollo en el que estamos ahora. Nos explican la mecánica (como antes la lírica) del falo, para así escamotearnos el falo mismo. La hembra vive esclava de la realidad del falo hasta niveles en los que se pierde el nivel. La mujer puede (y suele) concentrarse toda ella en oreja, nariz, ano, vagina, boca, hacerse toda ella sexo para recibir el falo, lo cual resulta oscuramente deslumbrante y hermoso, por cuanto escapa a la simplista zoológica. Pero la mujer lucha aquí con su condición sinuosa, con su pensamiento no esquemático, sino espiral.

La religión del falo es tan fuerte (mucho más que una fábula), que tiene que revestirse de otra cosa: falo/alma, falo/corazón, falo/cerebro. La sociedad (siempre matriarcalista en estas cosas: rehenes de la mujer, niños), sólo acepta la religión, el fanatismo del

falo como carnalidad inevitable, como momento no expresable de un sentimiento superior, o (últimamente) como solución higiénica a un problema de nervios.

El falo como terapia. Cuánto ha descendido el falo en su cotización cultural. Aquí hemos hablado del falo/mercancía, del falo como piltrafa masculina sin cotización en los mercados sexuales (prostitución, bodas de conveniencia). Aquí hablamos ahora del falo como «realidad» social: es un accidente precario para el feminismo, ala extrema, y un incidente cerebral para la ciencia.

La realidad del falo, obscena por su conjunción zoología/mitología (uno de los dos términos, por sí solo, no resulta obsceno), es algo que ninguna cultura ha aceptado aún plenamente. En la pintura hay millares de desnudos femeninos donde se dibuja el «triángulo hirsuto». Sólo muy determinadas épocas han practicado/soportado la reproducción artística de los órganos sexuales masculinos.

¿Y esto por qué? Porque son *externos*. La mujer, presentando/no presentando unos órganos sexuales internos, y un centro del placer (el clítoris), incluso difícil de encontrar (sólo hoy lo da con nitidez la fotografía porno), parece atenerse a unas normas sociales, a una consigna de *interiorización* que es general en el espacio y en el tiempo, en el pensamiento y las costumbres.

El hombre, el macho, resulta indeciblemente más obsceno que la mujer, y esta realidad rudamente zoológica (exterioridad de los órganos de reproducción y placer), aún no la ha asumido ninguna cultura. Por eso el falo/corazón (y apenas hablamos en este libro de los testículos, tanto o más *provocadores* que el falo) es el *momento* del falo, su gran momento cultural (de sublimación/negación), como hoy, de acuerdo con los tiempos, lo es el falo como mero agente cerebral.

El terror a la autonomía del falo (si lo rige el cerebro, no se sabe cuándo, ni cuánto, ni cómo ni por qué), es, sencillamente, el terror al *Mal* desatado, a la serpiente fálica del Paraíso, y de ahí que sólo se haya permitido la exhibición del falo en reposo, nunca erecto, desde Miguel Ángel a *Oh, Calcutta*.

El falo en reposo queda casi infantil y provoca, en la mujer, una gama de reacciones que van de la burla a la ternura. El falo erecto es tan intolerable como el cuchillo del asesino o el hacha del predador sexual primitivo.

El falo sigue siendo *prehistórico*, y ésa es su grandeza.

EPÍLOGO: FÁBULA DEL FALO

El falo como un ave que penetra otros cielos,
el falo como un hacha que derriba otros templos,
el falo como un clavo que nos clava a otras puertas.
Falo, cielos, templarios, clavo, pájaro y hacha.
El falo como fábula que se escribe en la hembra.
El falo es el *estilo* que nos novela un hijo,
el falo es la falúa que nos lleva en la vida:
Amazonas del cuerpo, Mississippi de la hembra;
el falo es una góndola, fállicos gondoleros.
El hombre va en su falo, lo cabalga temprano,
potros de honda manada corren bajo su prisa.
El hombre mata a falo, como otros a pistola,
y en su crimen hay siempre una huérfana pura.
El falo de la infancia, tiza de los colegios,
que lentas colegialas encendieron por mayo.
El falo de la infancia, como una raíz de hombre,
lo que manos de monja comulgaron el sábado.
Falos de adolescencia, violentos como espadas,
motín de las mujeres, silencio de los coitos.
El falo, pez difícil, mares/sal de la hembra,
navega como un alma, bogavante dulcísimo,
Moby Dick en las aguas templadas de la vida,
ballena blanca, pura, tímido ballenato
penetrando el secreto de capitanes hembra.
Falo, buque fantasma de muertos venideros,
en los fondos profundos donde gime la especie.
Mujer encadenada con cadenas de agua,
Prometeos menstruales fornicándose a un buitre.
Angeología del agua, angeología del falo,
el arcángel le anuncia a la Virgen un polvo.
Utilidad del falo, puntada de la vida,
usura de los falos, punzada de la muerte.
La religión del falo, quieta y tan femenina,
arde en cien mil iconos ciegos, no confesados,
y hay una cera virgen de semental yacente
que alumbra desde abajo la gracia de la novia.
Arden falos, y cantan, en la ermita/mujer,
pasan como violines por la cintura tenue
de las muchachas puras en las que engendra el cielo:
eucaristía de llamas blancas y derramantes
que ellas comulgan pronto, en el claustro del año.
El falo es una fábula, el falo no ha existido,
sino que suena a tuba cuando lo sopla moza,
el falo es ese sueño que la mujer angélica
compone con la nieve y el sol que la penetra.
El falo es una historia, una mitología
en la que vive el hombre, pintado como al temple.
Nunca dirán mujeres su devoción del falo
ni escribirán poemas por donde cruce el falo.
El falo, que no existe, porque es lo que se calla,
pone grapa a los sexos, cose despacio el tiempo,

va enhebrando mujeres en su costurería
y la historia del falo, recibido en la sombra,
es la de una ballena que fecunda los mares.

Madrid, octubre 84.



FRANCISCO UMBRAL (Madrid, 1932 - Boadilla del Monte, 2007).

Fruto de la relación entre Alejandro Urrutia, un abogado cordobés padre del poeta Leopoldo de Luis, y su secretaria, Ana María Pérez Martínez, nació en Madrid, en el hospital benéfico de la Maternidad, entonces situado en la calle Mesón de Paredes, en el barrio de Lavapiés, el 11 de mayo de 1932, esto último acreditado por la profesora Anna Caballé Masforroll en su biografía *Francisco Umbral. El frío de una vida*. Su madre residía en Valladolid, pero se desplazó hasta Madrid para dar a luz con el fin de evitar las habladurías, ya que era madre soltera. El despego y distanciamiento de su madre respecto a él habría de marcar su dolorida sensibilidad. Pasó sus primeros cinco años en la localidad de Laguna de Duero y fue muy tardíamente escolarizado, según se dice por su mala salud, cuando ya contaba diez años; no terminó la educación general porque ello exigía presentar su partida de nacimiento y desvelar su origen. El niño era sin embargo un lector compulsivo y autodidacta de todo tipo de literatura, y empezó a trabajar a los catorce años como botones en un banco.

En Valladolid comenzó a escribir en la revista *Cisne*, del S. E. U., y asistió a lecturas de poemas y conferencias. Empezó su carrera periodística en 1958 en *El Norte de Castilla* promocionado por Miguel Delibes, quien se dio cuenta de su talento para la escritura. Más tarde se traslada a León para trabajar en la emisora *La Voz de León* y en el diario *Proa* y colaborar en *El Diario de León*. Por entonces sus lecturas son sobre todo poesía, en especial Juan Ramón Jiménez y poetas de la Generación del 27, pero también Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna y Pablo Neruda.

El 8 de septiembre de 1959 se casó con María España Suárez Garrido, posteriormente fotógrafa de *El País*, y ambos tuvieron un hijo en 1968, Francisco Pérez Suárez «Pincho», que falleció con tan sólo seis años de leucemia, hecho del que nació su libro más lírico, dolido y personal: *Mortal y rosa* (1975). Eso inculcó en el autor un característico talante altivo y desesperado, absolutamente entregado a la escritura, que le suscitó no pocas polémicas y enemistades.

En 1961 marchó a Madrid como corresponsal del suplemento cultural y chico para todo de *El Norte de Castilla*, y allí frecuentó la tertulia del Café Gijón, en la que recibiría la amistad y protección de los escritores José García Nieto y, sobre todo, de Camilo José Cela, gracias al cual publicaría sus primeros libros. Describiría esos años en *La noche que llegué al café Gijón*. Se convertiría en pocos años, usando los seudónimos Jacob Bernabéu y Francisco Umbral, en un cronista y columnista de prestigio en revistas como *La Estafeta Literaria*, *Mundo Hispánico*(1970-1972), *Ya*, *El Norte de Castilla*, *Por Favor*, *Siesta*, *Mercado Común*, *Bazaar*(1974-1976), *Interviú*, *La Vanguardia*, etcétera, aunque sería principalmente por sus columnas en los diarios *El País*(1976-1988), en *Diario 16*, en el que empezó a escribir en 1988, y en *El Mundo*, en el que escribió desde 1989 la sección *Los placeres y los días*. En *El País* fue uno de los cronistas que mejor supo describir el movimiento contracultural conocido como *movida madrileña*. Alternó esta torrencial producción periodística con una regular publicación de novelas, biografías, crónicas y autobiografías testimoniales; en 1981 hizo una breve incursión en el verso con *Crímenes y baladas*. En 1990 fue candidato, junto a José Luis Sampedro, al sillón F de la Real Academia Española, apadrinado por Camilo José Cela, Miguel Delibes y José María de Areilza, pero fue elegido Sampedro.

Ya periodista y escritor de éxito, colaboró con los periódicos y revistas más variadas e influyentes en la vida española. Esta experiencia está reflejada en sus memorias periodísticas *Días felices en Argüelles* (2005). Entre los diversos volúmenes en que ha publicado parte de sus artículos pueden destacarse en especial *Diario de un snob* (1973), *Spleen de Madrid* (1973), *España cañí* (1975), *Iba yo a comprar el pan* (1976), *Los políticos* (1976), *Crónicas postfranquistas* (1976), *Las Jais* (1977),

Spleen de Madrid-2 (1982), *España como invento* (1984), *La belleza convulsa* (1985), *Memorias de un hijo del siglo* (1986), *Mis placeres y mis días* (1994).

En el año 2003, sufrió una grave neumonía que hizo temer por su vida. Murió de un fallo cardiorrespiratorio el 28 de agosto de 2007 en el hospital de Montepríncipe, en la localidad de Boadilla del Monte (Madrid), a los 75 años de edad.